

NO CERRÉIS MI TUMBA

UN EXTRAÑO CASO EN KANSAS
PARA ETHAN BUSH



ENRIQUE LASO

Más de un millón de lectores

NO CERRÉIS
MI TUMBA

No Cerréis Mi

Tumba

Enrique Laso

© Enrique Laso, 2017

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

No deseamos hacer caso a nuestra intuición, a las alarmas que eso que denominamos sexto sentido nos transmite. Nos aferramos a la idea de que el peligro no nos acecha y a la sensación placentera de que estamos seguros, rodeados de la gente que nos ama y nos protege.

Pero en realidad los que más deben inquietarnos son esos que tan cerca tenemos, y que de un día para otro pueden convertirse en los monstruos que pongan fin a nuestros sueños para siempre.

Más libros en
www.DESCARGASMIX.com

ÍNDICE

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[LOS CADÁVERES NO SUEÑAN](#)

[LIBÉLULAS AZULES](#)

[NIÑOS SIN OJOS](#)

[NOVELA REGALO – CRÍMENES DIABÓLICOS](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

Capítulo I

No siempre se puede hacer lo que uno desea. Ni siquiera un *niño mimado* como yo tenía libertad absoluta, y Peter Wharton, con tacto, me marcaba ciertos límites. La llamada de mi colega Tom, que había abandonado el FBI para convertirse en detective de homicidios en San Francisco, la ciudad que me vio nacer y en la que pasé toda mi juventud, proponiéndome reabrir el caso de la muerte de mi padre, atropellado mientras entrenaba por el arcén de una carretera próxima a nuestro hogar, me

había emocionado. No saber quién había acabado con su vida, dándose a la fuga, dejándolo desangrarse como un animal, me mortificaba. Tom lo sabía y al poco de llegar a San Francisco se había empeñado en reabrir una investigación a la que se le había dado carpetazo con demasiada prisa.

Sin embargo el destino me tenía reservadas varias sorpresas y me vi obligado a declinar el ofrecimiento de Tom, que pese a todo me comunicó que él seguiría compaginando su trabajo cotidiano con la investigación, en paralelo, del homicidio de mi progenitor. Por entonces yo estaba enojado con él, por haber abandonado el FBI, pero todo mi disgusto se disipó con

aquel gesto, propio de un amigo de los de verdad, de los que deseas que estén a tu lado hasta el fin de los días.

La cuestión es que hacía poco que Peter me había ascendido, y con 33 años era jefe de una pequeña unidad dedicada a combatir los crímenes violentos contra adultos. Aquello me permitió tener más personal a mi cargo, pero también me obligó a fajarme con aspectos burocráticos de los que, hasta la fecha, me había librado. Varios casos muy delicados me tuvieron casi sin tiempo para respirar durante tres meses. Tres meses en los que no pude disfrutar del hijo que Liz y yo habíamos tenido, y que para mi disgusto ella se había empeñado en llamar Ethan, más en honor a mi

padre que a mí.

Mi modesta unidad, dada la *fama* que me precedía, exagerada por la periodista de la CBS Clarice Brown, cobró prestigio muy rápido, y nos convertimos en un asidero para muchos colegas y para oficinas del FBI repartidas por todo el país. Aquel nuevo reto me enseñó a liderar un grupo, a ser menos egoísta y a comprender lo que era, de verdad, trabajar en equipo. Mis cientos de defectos y traumas seguían en lo más profundo de mis entrañas, pero poco a poco los iba aniquilando o, al menos, enmendando.

Me estaba comportando como un tipo sensato hasta que a mediados del mes de agosto de 2018 recibí una llamada desde

uno de los estados que no disponen de oficina del FBI: Kansas. Y el que solicitaba mi ayuda no era otro que Jim Worth, detective de homicidios en Topeka, uno de los hombres más extraordinarios que jamás he conocido y que nunca conoceré. Alguien a quien no podía decirle no, al que no podía despachar sin más y dejar de tenderle la mano que necesitaba.

Jim era muchas de las cosas que yo deseaba ser. Jim era la clase de individuo al que uno admira y del que se siente orgulloso de ser su amigo. Cuando me telefoneó y me rogó que viajase hasta Kansas para colaborar en una investigación que se les había atragantado tuve muy claro que así se

desplomaran sobre mi cuerpo todos los muros de Quántico yo ya estaba metido hasta el cuello en aquel asunto.

Capítulo II

Emma Walker era una mujer de 42 años, casada, con dos hijos, que había sido vista por última vez por su familia una calurosa noche de mayo, después de la hora de la cena. Ahí se le perdía la pista, hasta que su cuerpo sin vida apareció tres días después en una zona apartada y poco transitada a las afueras de la pequeña población de Paola, muy cerca de Miola Lake. El cadáver fue localizado a sólo 25 millas de su hogar, en Ottawa. La habían asesinado de un modo brutal, a martillazos. Su rostro

estaba desfigurado, pero las pruebas de ADN no dejaron lugar a dudas.

En principio parecía un caso sencillo, de esos que se resuelven en apenas unas horas porque el asesino es alguien del entorno que pronto cometerá un desliz o será señalado por los conocidos de la víctima. Pero el bueno de mi amigo Jim, ya con muchos años de experiencia a sus espaldas, pronto descubrió que la vida de Emma no era tan apacible como muchos de sus vecinos y familiares creían y que los sospechosos se multiplicarían de un modo exponencial, algo nada frecuente para el homicidio de una mujer de clase media, con un empleo estable, una familia encantadora, que reside en un entorno seguro y que, a

priori, no debería tener enemigos. Pero las cosas no son como las imaginamos, o como las estadísticas indican, son como la tozuda realidad se muestra. Y una vez más se mostraba sombría, esquiva y turbia.

Worth me había hecho llegar una copia de los informes, con algunas fotografías que mi mente hubiera deseado borrar pero que aún permanecen frescas en mi memoria. El horror es complicado de extirpar del hipocampo, una vez se ha instalado con comodidad en él. Esa impresión es indeleble. Como era de esperar habían realizado una gran labor, pero pese a todo se encontraban en un callejón sin salida y mi amigo consideraba que la aportación de un

experto como yo en psicología podía arrojar luz donde el resto sólo se agitaba entre tinieblas.

Seguía madurando, y cada vez dedicaba más tiempo a leer lo que otros habían escrito, a pesar de ser consciente de que aquello podía *contaminar* mi percepción e influir de un modo negativo sobre mi manera de afrontar la investigación, una vez estuviese sobre el terreno. Pero conforme cumplía años una coraza me protegía de los juicios de valor ajenos y me permitía mantener mi criterio sin ser maleado por las opiniones de los demás.

Sin tan siquiera consultarlo con mi jefe, Wharton, ni con mi compañera, Liz, le dije a Jim que viajaría a Kansas, que

por cuarta vez en sólo unos pocos años regresaría al estado que, en gran medida, me había cambiado la vida y me había curtido como agente especial de la Unidad de Análisis de Conducta. Siempre estaría en deuda con Worth, por muchas veces que le echase una mano. Cuando llegó el momento de comentarle el asunto a Liz se mostró enojada.

—¿Ahora? ¿De nuevo a Kansas?

—Es por Jim, lo sabes...

—No, Ethan. Sé que tenemos un hijo precioso de unos pocos meses, y que ya la carga de trabajo que tienes en Quántico es más que suficiente como para echarte de menos cada día. Eso es lo que sé.

—No puedo, Liz, no puedo negarme.

—Puedes hacerlo. Siempre podemos elegir, siempre. El psicólogo eres tú, y no hace falta que te explique por qué siempre está en nuestra mano la última palabra. Quieres engañarte, o engañarme, hacer creer que no te queda otra opción. Pero Ethan, no es así. Y no me vas a convencer de lo contrario. Tú deseas regresar a Kansas. Y yo... yo detesto demasiadas cosas que hay allí. Sí, ella detestaba a Patrick Nichols, un hombre que cumplía condena por doble asesinato en la penitenciaría de Leavenworth; un criminal por el que yo seguía sintiendo, en lo más profundo de mi ser, un inexplicable afecto. Y también aborrecía a Vera Taylor, una mujer que me fascinaba —y eso era algo que Liz

intuía— y con la que había mantenido, en mi primera estancia en Kansas, una breve y oscura relación. Tenía motivos de sobra para reprobar mi idea absurda de regresar a ese estado. Pero yo... no la escuchaba.

Tampoco escuché, al día siguiente, los argumentos sólidos que esgrimía Peter Wharton en su despacho. Le veía mover los labios, pero mis tímpanos no registraban sonido alguno. Era como estar encerrado en el interior de una cámara anecoica. Mi cerebro se negaba a aceptar cualquier razonamiento que me impidiese ir a colaborar con mi amigo Jim. El necio que anidaba en mí no se había acabado del todo, aunque seguía agonizando. Aún me quedaban

experiencias por sufrir para exterminarlo de una vez por todas.

—Cuatro semanas. Es lo máximo que podrás estar allí. Cuatro semanas — claudicó Peter, tras una hora de charla casi estéril.

—Suficiente. Me las apañaré.

—Pues sí, te las tendrás que ingeniar, porque el trabajo aquí no cesa y sigues siendo el jefe de tu unidad. Todos los días quiero un informe en mi mail. Te permito dirigir a tu equipo a distancia, pero no te tolero que lo abandones a su suerte.

Guardé silencio durante casi dos minutos. Wharton soportó con estoicismo mi actitud, y esperó a que hablase. Yo repasaba todos los casos

que teníamos entre manos y cómo diablos me las arreglaría para dar instrucciones, remitir informes, revisar mails, autorizar diligencias y, al mismo tiempo, estar envuelto en una investigación por asesinato que ya sabía estaba plagada de aristas.

—Acepto las condiciones. No me queda más remedio. Y también... te doy las gracias, Peter.

Capítulo III

Siempre el vuelo de Washington a Kansas City me inundaba la mente de reminiscencias, hechos que ya consideraba olvidados para siempre. Pero el cerebro humano es maravilloso, y, como el genial autor francés Proust señaló, el sencillo sabor de una magdalena mojada en té puede desatar un torrente de sensaciones en nosotros. Porque los recuerdos están agazapados, aferrados a alguna molécula o enmarañados entre las sinapsis de nuestras neuronas, hasta que un olor, un

sonido o una visión borrosa les hace despertar de su letargo y cobrar la fuerza titánica de un coloso.

Y para mí sobrevolar los estados de Misuri o Illinois y aproximarme entre nubes a Kansas era como llevarme un trocito de magdalena empapado de té; y perdía la noción del espacio y del tiempo y como fogonazos cientos de imágenes se agolpaban en mis retinas. En ese estado de conmoción llegué al aeropuerto y así fue como me encontró Worth, medio aturdido.

—Pareces muy agotado, Ethan. ¿Todo va bien? —me preguntó, no sin antes estrecharme entre sus brazos con la calidez de un hermano.

—Estando a tu lado nada puede ir mal.

Jim me zarandeó con cariño y frunció el ceño. Había comprendido, sin necesidad de que yo le diera detalles o pistas.

—Disculpa, soy un estúpido. Llevo aquí toda la vida, para mí esto es como para ti San Francisco o el estado de California. Pero para ti volver a Kansas representa muchas cosas. Por eso debo agradecerte de un modo más caluroso que estés aquí. Gracias, Ethan, gracias de corazón.

Me monté en el vehículo de Worth, meditando acerca de lo que suponía estar allí, de nuevo, con Patrick a sólo unas millas de distancia, con Vera por los alrededores y con tantos recuerdos dispersados por los maizales y las polvorientas carreteras.

—Volver a Kansas se resumen en volver a estar contigo. Espero de verdad poder ser útil.

—Ethan, eres un poco terco y es complicado relacionarse contigo —el detective se rio con ganas—. Pero jamás me has defraudado. Siempre eres el último recurso, el más valioso, el comodín de la llamada en *¿Quién quiere ser millonario?*

No pude contener una carcajada. Los nubarrones se dispersaban y volvía a brillar el Sol. Así era el bueno de Jim.

—Esa comparación ha estado bien. Soy tu experto en un concurso de la ABC. No está mal...

—Eso me recuerda a tu amiga de la CBS, ¿cómo se llama?

—No es mi amiga. Y se llama Clarice Brown.

—Exacto. Espero que no meta las narices en este asunto.

—No lo hará.

—¿Estás seguro? Vas a su programa cada año...

—Sí. Estoy convencido. Se lo he pedido. Y sólo he estado en su programa dos veces. No me hables como los tipos con los que me cruzo por los pasillos de Quántico. No te pega.

Seguimos haciendo bromas hasta que llegamos a Topeka, apenas una hora más tarde, por la I-70. A mi izquierda había quedado la salida de Lawrence, la ciudad en la que había estudiado Sharon Nichols, la hija de Patrick. A mi derecha

la de Oskaloosa, la diminuta población en la que había pasado dos temporadas y en la que había tenido la enorme suerte de conocer a Worth. La magdalena impregnada en té caliente seguía en mi paladar y no había manera de escupirla de una vez por todas.

—Ya sabes que no es como esos hoteles fabulosos con vistas a Central Parck, pero es de lo mejor que tenemos en Topeka y está a poco más de diez minutos a pie del Departamento de Policía —musitó Worth, mientras estacionaba en el amplio aparcamiento del Expocentre, junto al hotel Capitol Plaza, donde ya me había alojado en el pasado.

—Es fantástico, Jim. No necesito más.

Ya trabajé aquí y no hicimos una mala labor, ¿lo recuerdas?

—Claro que sí. Atrapamos al asesino de *Abby*, y con eso me quitaste un peso de encima.

Me quedé paralizado. Mi amigo había pronunciado el diminutivo de Abigail Mitchell como el que menciona a una amiga que ha perdido la vida de un modo fatal y a la que se echa de menos. Yo apenas recordaba los nombres de las víctimas de las decenas de casos en los que me había visto envuelto, y si ahora los reflejo, y puedo dar detalles concisos, es por mi manía de anotar casi todo en libretas *Moleskine*. Sin ellas hubiera estado perdido entonces y sin ellas estas memorias jamás hubieran

existido.

—Fuiste tú, Jim, fuiste tú el que hiciste justicia a esa joven. Yo sólo seguí tus pasos.

—Ojalá fuera eso cierto, Ethan. Me quieres bien. Eres un agente especial indisciplinado y algo majadero, pero esas neuronas —dijo Worth, tocando con su dedo índice mi frente— nacieron para resolver casos como el que ahora nos ocupa. Sólo tú podrás resolverlo.

Me emocioné un poco y tragué saliva, para contener las lágrimas. No merecía aquellas palabras, que escondían una profunda admiración y un cariño sincero.

—Lo tendremos que resolver juntos. Yo sin tu sostén sabes que me cuelo en la

primera zanja que se cruce en mi camino.

—Por suerte tenemos más ayuda de la que imaginas. Aunque yo no he sido capaz de sacarle partido...

—¿Muchos agentes asignados a la investigación?

Worth golpeó con suavidad el salpicadero de su SUV y me hizo un gesto extraño.

—No, no exactamente.

—Será mejor que te expliques —dije, desconcertado.

—Emma Walker, la víctima, ella nos va a echar una mano. Creo que va a ser esencial.

—¿Walker? Por favor, Jim, ¡está muerta y enterrada desde hace semanas! —

exclamé, estupefacto.

—Deja tus cosas en el hotel, descansa un poco y luego te acercas al Departamento de Policía. Allí comprenderás por qué Emma va a ser clave para atrapar al salvaje que la asesinó.

Capítulo IV

Tener una habitación en Capitol Plaza era como volver a una casa en la que pasaste unas vacaciones siendo joven. Todo lo vinculaba con el último caso que me había llevado a Kansas y mientras dejaba mis cosas sobre la mesa y en el armario los recuerdos siguieron asaltándome, como fognazos. Debía centrarme.

Telefoneé a Liz y estuvimos charlando un rato. Ella siempre ponía sentido común en mi vida y me tranquilizaba. Ya había vaticinado que ir a Topeka me

provocaría una vorágine de sensaciones, pero no se regodeó en ello. Hablamos de nuestro pequeño, que se encontraba bien, aunque no la dejaba descansar por las noches, como era normal, y de algunos asuntos que le habían asignado tras su breve baja de 12 semanas. Los dos nos quejamos con amargura de la diferencia que existía entre nuestro país en todo lo referente a la paternidad y la maternidad y la *vieja* Europa. Éramos una nación próspera, pero egoísta, individualista y muy poco concienciada de los derechos sociales. No anhelaba convertirnos en Suecia o Dinamarca de la noche a la mañana, pero sí al menos alcanzar los niveles de países como Alemania o Francia. No me parecía tan

complicado, y sí algo justo para compensar los enormes desequilibrios que existían entre estados y entre la ciudadanía. Yo, desde mi nacimiento, había formado parte de la clase privilegiada. Yo había sido criado en el seno de una familia acomodada, en una ciudad rica como San Francisco, y había estudiado mi grado en psicología en la mejor universidad del planeta: Stanford. Algo no funcionaba bien cuando Estados Unidos, el país más rico del mundo, tenía uno de los índices de pobreza, homicidios y violencia más altos de la OCDE. Pero nos negábamos a asumirlo. Me di una ducha y antes de salir paseando hasta el Departamento de Policía eché un vistazo a los papeles

que me había remitido Worth. Aquella imagen del rostro deformado de la señora Walker, provocado por los golpes de un martillo, se me quedó clavada en las pupilas, y cuando salí a la calle y alcancé la calle 19 aún estaba medio mareado. Sólo un salvaje que odiase mucho a aquella pobre mujer podía haber realizado un acto tan espantoso.

Mientras caminaba por la infinita Avenida Kansas trataba de repasar casos similares que hubieran pasado por mis manos o que hubiera estudiado a lo largo de mi formación. Por desgracia eran muchos. La violencia contra las mujeres era una lacra muy presente en los Estados Unidos en 2018, y el último

informe revelaba que cada día 4 mujeres eran asesinadas por alguien de su entorno, más de 1.600 feminicidios al año. Un dislate al que era imposible poner adjetivos. Yo no había sido preparado para enfrentarme a una investigación así, ni era mi especialidad ni se trataba de un tipo de crimen sobre el que las oficinas del sheriff del país solicitasen la ayuda del FBI. Mientras que el secuestro o el asesinato de niños sí entraba dentro de las competencias de Quántico, un homicidio aislado de una mujer, una más entre una larga lista, no. Sólo cuando se sospechaba que detrás podía andar un peligroso asesino en serie entrábamos en el asunto. Y mi especialidad eran los asesinos en serie

organizados. Worth esperaba mucho de mí, pero estaba tan falto de recursos y de experiencia como él. Sólo la enorme estima que le tenía y la *deuda* infinita que jamás podría saldar me habían *obligado* a viajar hasta Topeka.

Cuando llegué al Departamento de Policía enseguida salió Jim a recibirme. En una sala me encontré con las habituales pizarras llenas de anotaciones y un panel de corcho enorme con decenas de informes, fotografías y *post-it*. Para el FBI aquello era un asunto nimio, pero para los agentes de Topeka y de las oficinas del sheriff implicadas, la del Condado de Franklin y la del condado de Miami, ambas muy modestas, era una de las cuestiones más

importantes que abordarían en todo el año.

—Estamos en un atolladero. Ya estás aquí, Ethan, y eso es lo más importante. Pero, ¿podremos contar con la ayuda de más personal del FBI?

—No demasiada. Mark ahora tiene más trabajo que nunca, en parte por mi culpa. Y Liz, bueno, se ha reincorporado hace poco y la lista de autopsias y análisis que le aguardan ocuparían todo un archivador de seis por seis pies...

—¿Y Tom? Al final le he cogido cariño a ese tipo, y siempre ha realizado una gran labor de campo. Es único, y tú lo sabes mejor que nadie.

Me quedé pensando. La punzada en la boca del estómago, el dolor de la

pérdida, la añoranza de un compañero único, inigualable, me afligía otra vez. Elegí las palabras para explicárselo al bueno de Worth sin que se notase demasiado mi desconsuelo.

—Ya no forma parte del FBI.

—¿Cómo? —inquirió Jim, llevándose las manos a la cabeza y sin comprender nada en absoluto.

—Pidió un traslado, y lo consiguió.

—¿Qué hace ahora?

—Es detective de homicidios en San Francisco.

—¡San Francisco! —exclamó Worth, comprendiendo el tono apagado de mi voz.

—Sí. San Francisco. Deseaba cambiar de trabajo y de aires. Nada mejor que

pasar de la costa este a la oeste. Justo el camino inverso al mío. Así son las cosas. Tenemos que olvidarnos de él. Casi te diría que tenemos que olvidarnos de Quántico. Peter me ha dejado venir, pero sólo para cuatro semanas. Y tendré que dirigir mi unidad desde aquí, por las noches y a primera hora de la mañana. Tengo que mandarle un reporte cada día. —Lo lamento. Te he complicado bien la vida...

—Jim, tú me salvaste la vida, ¿entiendes?

—No has perdido la mala costumbre de soltar idioteces cada poco tiempo.

—Es cierto, pero lo que he dicho es de las pocas cosas sensatas que salen de mi garganta en semanas. Hazme caso.

Aparcamos todo aquello y nos centramos en Emma Walker, cuyo cuerpo, enterrado en el majestuoso cementerio de Hope, en Ottawa, pedía a gritos que se le hiciera por fin justicia.

—Esta es la lista de sospechosos. Como la última vez que nos visitaste, hace ahora un año, descubrirás que todas son personas normales y corrientes, con una vida normal y corriente, y que en apariencia son incapaces de hacer daño a una mosca.

Cogí la carpeta que el detective me tendía, con la mano trémula, y ojeé las fichas con rapidez, sin detenerme en ninguna en concreto.

—Todas no. Aquí hay por lo menos alguien muy perturbado. Alguien capaz

de aborrecer tanto a una mujer indefensa que le aplastó el rostro a martillazos. Eso no lo hace cualquiera, Jim.

—No, es verdad. Lo malo es que ese *cualquiera* pueden ser muchos. Y Emma lo sabía.

—¿Por qué tienes tan claro que lo sabía? ¿Por qué al dejarme en el hotel insinuaste que un cadáver podría ayudarnos a descubrir a su asesino?

Worth se pasó la mano muy despacio por el mentón. Señaló el panel de corcho y pude vislumbrar, apenas, algunas fotografías de un cuaderno y de varios pantallazos de un Smartphone de última generación.

—Porque la señora Walker sabía que la iban a matar, y lo dejó por escrito

muchas veces. El enigma reside en que su lista de candidatos a llevar a cabo un acto tan atroz es casi tan extensa como la que sostienes entre tus manos ahora mismo.

Capítulo V

Estuvimos trabajando hasta muy tarde. Jim me acercó hasta el hotel y nos citamos a primera hora en el Departamento de Policía. Deseaba que comenzase lo antes posible con las visitas a los sospechosos, ya que no había ningún detenido y tenía la esperanza, férrea, de que yo atisbase en los rostros de la gente un indicio que a él y a sus colegas se le hubiese pasado por alto.

Estaba muy cansado, pero me calcé las zapatillas de deporte y me cambié. Salí

a correr cuando ya no había nadie por las calles de Topeka, ni siquiera circulaban apenas coches. La temperatura era agradable, 68°F, pero la humedad, superior al 80%, me hizo romper a sudar de inmediato y estropeó mi entrenamiento. No me había hidratado bien y apenas había rodado dos millas cuando ya me sentí mal. Decidí que lo mejor era regresar al Capitol Plaza caminando y que la suave brisa me refrescase la piel y las ideas. Desde el principio, al igual que Worth, tenía un sospechoso principal en mente: Connor Walker, el marido de Emma. Tenía todas las papeletas. Su mujer le era infiel, le había sido infiel en varias ocasiones, y él tenía que saberlo, aunque

lo negaba. También había razones económicas: un seguro de vida de un millón de dólares es motivo suficiente para que muchos acaben con la vida de una persona. Pero no había pruebas, y los hijos del matrimonio aseguraban que su padre había estado con ellas en el momento de la desaparición de su madre. Un lío, una enredadera en la que se habían quedado atrapados mi amigo, una investigadora y dos oficinas del sheriff, con todos sus agentes. Y ahora me tocaba a mí intentar desentrañar aquel endiablado acertijo.

Los correos privados, la cuenta de Twitter con sus Mensajes Directos, la de Facebook con sus Conversaciones Privadas y su teléfono, con infinidad de

grupos de WhatsApp abiertos y activos, nos daban por un lado el perfil de una mujer madura en busca de afecto, comunicativa y con un matrimonio decadente que sólo mantenía en pie un par de hijos. Pero también suponían un reto, por la ingente cantidad de información que debíamos manejar —el acceso a todas esas cuentas privadas de mail y redes sociales no había supuesto ni un problema legal ni informático— y que, en gran parte, sería estéril para la investigación. No podía demorar la intervención del mejor forense informático de todo el FBI, y lo telefoneé, a pesar de ser muy tarde.

—Ethan, por favor, ¿es que nunca miras la hora antes de marcar mi número?

Eché un vistazo a mi reloj de pulsera, que descansaba sobre la mesa de trabajo del hotel.

—Bueno, es la una y media de la madrugada. Otras veces he sido peor — respondí, sonriente.

—Son las dos y media en Washington, estaba dormido y teniendo un sueño bonito y el despertador va a sonar en menos de cuatro horas.

Había olvidado el desfase horario entre Kansas y el D.C. y también que él solía estar temprano en Quántico. Y estaba ahora más pronto que antes porque yo había logrado que le subieran el salario, a cambio de que se implicase más en un grupo de hackers con los que apenas había mantenido relación y a los que

detestaba. Le encantaba trabajar a su aire, sin tener que dar explicaciones a nadie y limitarse a entregar un informe impecable.

—Lo lamento, Mark. Sabes que soy un zoquete. Pero es que apenas he aterrizado aquí y ya te necesito.

—Genial. Cada vez te superas, cada vez le das menos oportunidades a la gente del lugar. ¿Cambiarás alguna vez?

—Los agentes de Topeka son fabulosos, ya los conozco. Estuve aquí hace apenas un año. Pero no poseen tus conocimientos informáticos. Si no llega a ser por ti no resolvemos ese caso el verano pasado.

—En realidad fue más una cuestión de mis gustos literarios que de mi facilidad

para meterme donde no me llaman en La Red.

A Mark no le faltaba razón. Aunque no todo era como él lo imaginaba, pero no era momento de discutirlo. Necesitaba que se implicase, y que lo hiciese de buen grado.

—Vale, acepto el argumento. Ahora sí que vas a tener que sacar afuera el hacker que llevas dentro y ponerte las pilas para rastrear toda la actividad de una mujer, Emma Walker. Una mujer a la que asesinaron reventándole la cara a martillazos.

Mi colega del FBI contuvo la respiración. Él rechazaba de plano tener que zamparse las fotografías de las escenas de los crímenes, aunque muchas

veces no le quedaba más remedio.

—Está bien, es suficiente. No me des más datos.

—Mañana tendrás un informe con todo lo que han conseguido los agentes de Topeka. También sus cuentas de redes sociales y sus claves de acceso, aunque tú esto último no lo necesites.

—Tienen allí su celular y su ordenador...

—Sí, lo tienen todo. También un iPad Pro con el que iba a todas partes. ¿Qué es lo que quieres?

—Que me los mandes a Quántico.

Reflexioné diez segundos, cavilando acerca de las consecuencias de un acto así. En el fondo me importaban un bledo los posibles efectos de hacer lo que me

viniese en gana. Lo importante era *cazar* a un asesino despiadado.

—Dame sólo unos días. Los tendrás, pero déjame ganarme a esta gente y que haga las cosas bien.

—Tú nunca haces las cosas bien, Ethan.

—Por eso. Toca ir cambiando de actitud.

—Sin sus artilugios electrónicos, sin esos cacharros, no podré ayudarte demasiado. Con ellos, podré rastrear mil detalles que de otra forma sería imposible encontrar.

Pensé en Jim, en los agentes de Topeka y de las oficinas del sheriff, en Peter Wharton, y en el papeleo. Pero Mark tenía razón, de modo que debería hacer lo inverosímil con tal de darle lo que

necesitaba.

—Está bien. Aunque insisto, dame un par de días...

—Eres tú el que me quiere meter en este embrollo. Ya antes tenía faena para aburrirme, de modo que tú verás, Ethan. Tendré que robarle tiempo a mis noches enganchado al *Call of Duty* y al *League of Legends*.

Cabrear a Mark era lo peor que podía hacer en aquellas circunstancias, pero en ocasiones no me dejaba otra salida. Cada vez se parecía más a Tom en su uso del humor negro, pero maldita la gracia que me hacía.

—¿No estás ya muy crecidito para andar aún con videojuegos? Y, mierda, hablamos de encontrar a un asesino

despiadado, un monstruo.

—Vamos, no me vas a dar lecciones de madurez ni de cómo manejar mi tiempo libre. ¿Estaremos de acuerdo en eso?

—Haz lo que te dé la gana. Necesito tu ayuda.

—Pues mándame eso. Nunca te he fallado, Ethan, y ahora tampoco lo haré.

—Gracias.

—¡Anda ya! Cuelga, apaga la maldita luz y vete a dormir. Y de paso así me dejas a mí hacer lo mismo.

Le dije buenas noches y colgué. Manejar a Mark era complicado, mantenerlo en el FBI un desafío mayúsculo. Dentro de él seguía anidando un hacker con el espíritu libre de un águila que vuela entre montañas nevadas. Y yo lo quería

metido en el nido, echándome una mano para atrapar a los malos.

Apenas pude descansar. En la cabeza mil ideas me daban vueltas y la imagen del rostro irreconocible de la señora Walker me seguía abrumando, como los ojos abiertos y sin vida de Donna Malick, suplicándome desde una instantánea que le hiciese justicia, en el caso que se dio en llamar *Los Crímenes Azules* y que me había llevado por primera vez hasta Kansas.

Por la mañana el frescor de la noche que aún se conservaba en el ambiente me despejó y la breve caminata hasta el Departamento de Policía borró todos los fantasmas. Cuando crucé las puertas acristaladas, con aquel marco verde

metálico que tanto me desagradaba, del edificio, ya era un hombre nuevo y estaba con las pilas cargadas como para aguantar una dura jornada. Me sentía eufórico. Y era lo que precisaba aquel instante.

Jim ya estaba en la sala, esperándome. Le acompañaba una joven investigadora que se había incorporado al Departamento hacía sólo unos meses: Olivia Henderson. Era una profesional con poca experiencia, que había estado una temporada en Wichita y que había aceptado trasladarse a Topeka en busca de más responsabilidad y de una intervención más directa en las tareas policiales.

—Estoy un poco nerviosa. Jim me ha

hablado mucho de usted, y también he podido leer acerca de sus éxitos en los últimos años —me espetó, nada más fuimos presentados, tartamudeando.

—Pues ya ve, Olivia —dije, empleando su nombre de pila para que la *distancia* que en principio nos alejaba se acortase de inmediato—, soy de carne y hueso, respiro y le puedo garantizar, al igual que Jim, que cometo muchos errores. No soy infalible. Y yo no he tenido éxitos, aunque le agradezco que me los atribuya, los han tenido las diferentes fuerzas del orden con las que he tenido el honor de colaborar.

Por desgracia mi perorata no suscitó el efecto deseado y lo único que logré es que Henderson me contemplase con un

brillo en los ojos más radiante. Me detesté. Worth contuvo una carcajada llevándose la mano a la boca y carraspeando con sonoridad.

Los tres, sin más dilaciones, nos volcamos sobre una mesa y fuimos repasando los expedientes de los sospechosos. Habían establecido tres niveles: muy probable, probable y poco probable. Aquello estaba bien, porque en total conté nada menos que 24 personas. Una exageración. Por fortuna la lista de *muy probables* se reducía a ocho nombres.

—¿Qué opinas? —inquirió Jim, después de una hora comentando muy por encima cada uno de aquellos folios impresos a doble cara.

—Ya me conoces, es demasiado pronto. Pero no creo que sea un delincuente común, y tenéis unos cuantos en la carpeta. Según la autopsia no fue agredida sexualmente y tampoco le robaron sus pertenencias.

—Mantuvo relaciones con un hombre ese mismo día. Puede que ese tipo consiguiese convencerla de hacerlo sin oponer resistencia y después las cosas se pusieran feas y se le fuera el asunto de las manos —sugirió Olivia, que sostenía el expediente de un individuo de raza negra, con múltiples antecedentes y que residía a sólo cinco manzanas de los Walker.

—¿Las pruebas de ADN? —pregunté, dejando ya claro que no había leído toda

la documentación y que si bien no estaba tan perdido como de costumbre sí que había mantenido mi regla de no ser *contaminado* en exceso por las opiniones y las valoraciones de otros agentes.

—Tenemos a 19 varones entre los sospechosos. Sólo tres se han sometido a la misma de forma voluntaria; el resto ha logrado, de momento, gracias a sus abogados, escapar del trámite — respondió Worth con celeridad, para evitar cualquier comentario imprudente por parte de su inexperta compañera.

—Entiendo. ¿Quiénes han colaborado?
—inquirí, sabiendo que los nombres que me facilitasen ya, de algún modo, mi mente los ubicaría en zona reservada a

los *poco probables*, según la terminología que ellos habían usado. Cooperar con la policía no es algo frecuente entre los asesinos, a menos que sea para confundir o para estar al tanto de los avances en la investigación. Aportar el ADN es ofrecer una prueba irrefutable, y eso un homicida no es tan necio como para hacerlo.

—Su marido, que es el principal sospechoso; su ex amante y un compañero de trabajo. Nos faltan 16 hombres más —contestó la investigadora.

—¿Alguno de ellos ha coincidido con las muestras?

—Ninguno de los tres. No los descarta como asesinos de la señora Walker, pero

sí es un tanto a su favor.

—Creo que el ADN obtenido de la vagina de la víctima —dije, algo incómodo por la presencia de Olivia, todavía joven para enfrentarse a estos crímenes tan violentos, pero que parecía no estar muy afectada ni por las instantáneas ni por nuestras evaluaciones— no va a ser un aspecto clave en la investigación. Pero sólo especulo. ¿Tenemos más muestras? Las uñas, los labios, el cabello...

—Nada. El ataque tuvo que ser repentino, porque no hay heridas defensivas. Según el forense el primer golpe lo recibió en el ceño, y eso aunque no la mató al instante sí que la tuvo que dejar, como mínimo, aturdida y

sin capacidad de reacción —musitó Henderson.

Perder la vida a martillazos puede ser un suplicio que dure varios minutos o suponer una muerte casi sin dolor, que sobrevenga desde el primer impacto. Todo depende un poco del azar: del ángulo del golpe, de la fuerza, de la zona dañada, del tipo de mazo... Pero sólo imaginarlo es horrible. Y siempre, siempre, queda una estampa espeluznante que revuelve las tripas hasta al más veterano de los policías. Por ese motivo nadie había tenido que reconocer a la señora Walker, que por otro lado estaba desconocida, y habían sido las pruebas genéticas las que habían confirmado que se trataba de

ella.

—No le cubrieron el rostro... —
murmuré.

—No, al menos que sepamos. En principio la dejaron tal y como la encontraron los agentes de la oficina del sheriff del condado de Miami.

—Me cuesta pensar que fuera su esposo o una de sus mejores amigas. Pese a toda la rabia y la ira acumuladas le habrían tapado la cara una vez muerta.

—No siempre es así —dijo la investigadora, con prudencia—, pero es lo más habitual. Y por cierto, no se olvide de la hermana, agente Bush, ella también es sospechosa.

—No me extraña que os hayáis quedado varados. Estos casos en ocasiones son

los más difíciles de resolver. O se solventan en 48 horas... o pueden pasar años hasta que se descubre la verdad.

Me estaba ciñendo a las estadísticas. Por desgracia arrojaban esos datos tan desalentadores. O las cosas avanzaban a la velocidad de la luz, o el asunto terminaba siendo archivado para que décadas después algún agente bienintencionado que reabriese las pesquisas, un chivatazo o alguien arrepentido fueran los que hiciesen justicia a una persona que ya sólo era un cadáver momificado en el interior de un ataúd bien sellado.

—Quizá por eso la señora Walker pensó en ti —dijo Jim, sin mirarme a la cara, con los ojos clavados en los papeles que

estaban esparcidos sobre la mesa.

—¿De qué narices estás hablando? Yo no conocía de nada a esa mujer...

Worth y Henderson hicieron al unísono la misma mueca. Era algo que habían orquestado y el momento del truco final se acercaba. Yo era el único espectador y al mismo tiempo el protagonista.

—Tenemos mucha información acerca de Emma. Por suerte su ordenador, su iPad, su Smartphone... no tenían lo que podamos decir unas claves muy complicadas. Siempre la misma clave, para todo. Y siempre relacionada con su fecha de nacimiento. En la mayoría de los casos se limitaba a usar cuatro dígitos —comentó con sutileza Olivia.

—Me estáis gastando una broma —

sugerí, intuyendo el derrotero que iba a tomar la conversación.

—No, Ethan, no es ninguna broma — musitó Jim, posando una de sus manos en mi hombro derecho—. Quizá debas ponerte en contacto con esa médium amiga tuya, la que reside en Nebraska.

—¿Juliet?

—Eso, no me acordaba de su nombre. Juliet. Ella va a tener que echarnos también una mano, porque hay muchos matices en esta investigación que se escapan de lo convencional.

Miré alrededor buscando la cámara oculta. Encontré una, pero estaba en una esquina de la sala y era bien visible. No, no estaba siendo objeto de un programa de payasadas en las que se burlan de uno

con alguna inocentada. Y tampoco estaba soñando.

—Escucha, Jim, estoy un poco cansado aunque todavía es temprano. He pasado mala noche y me acosté tarde. Incluso telefoneé a Mark —confesé— de madrugada. Es decir, no estoy para guasas.

Worth le hizo un gesto a Henderson. El espectáculo debía continuar y había llegado el momento de los fuegos artificiales. Mi buen amigo le cedía los honores a su joven colega porque me conocía demasiado.

—Agente Bush, le mandamos mucha información a Quántico, pero no toda. En primer lugar porque era excesiva. En segundo porque Jim —Olivia tragó

saliva un instante, como para recobrar fuerzas— me indicó que usted apenas echaba un vistazo a los papeles que le remitían los departamentos de policía y las oficinas del sheriff, a menos que tenga muy claro que no se va a implicar de un modo directo en la investigación. Y tercero... porque hay en el diario personal de la señora Walker, en su ordenador, en su Tablet y en su Smartphone mensajes que podríamos calificar como poco muy singulares.

Me revolví en mi asiento. Estaba incómodo y me sentía atrapado en una comedia absurda, cuyo guion además apenas era capaz de comprender. Jim seguía esquivando mis pupilas y aquello no era una buena señal.

—Henderson, le ruego que se deje de rodeos y vaya de una vez directa al grano. O yo sufro de alucinaciones, y ya me he pellizcado un par de veces, o aquí habéis perdido el juicio.

La investigadora extrajo de su bolso una carpeta pequeña, de sólo seis pulgadas, como esos cuadernos que emplean los escolares. La abrió, buscó entre los papeles que contenía y me tendió uno con timidez. La función iba a terminar y las trompetas y los timbales sonaban con fuerza. Un gran foco de luz iluminaba aquel pequeño papel.

—¿No cree que esto es de lo más extraordinario?

El papel era una copia impresa de un pantallazo de una conversación a través

de la aplicación de mensajería móvil WhatsApp, de la que era propietaria la compañía Facebook, la red social más usada en todo el planeta en 2018. Emma Walker había escrito a una de sus mejores amigas, a principios de primavera: *«Sé que me van a matar. Y será pronto. Tengo miedo. Quizá me lo merezca. Al menos me consuela vislumbrar que un agente del FBI dará con el culpable. No soy capaz de ver su nombre»*.

Capítulo VI

Me costó trabajo digerir aquel mensaje. Ya había vivido situaciones extrañas, y Juliet, la médium de Nebraska, tenía mucha relación con ellas, pero esto quizá superaba todos mis niveles de tolerancia. Además, la última conversación que había mantenido con ella me había dejado consternado y aún no me había recuperado del golpe.

Como Worth enseguida notó que yo estaba afectado, decidió que en lugar de seguir ahondando en aquello era mejor pasar a revisar el resto de

comunicaciones de la señora Walker, que eran muchas, porque los agentes se habían remontado muy atrás en el tiempo. Nunca se sabe qué chispa dispara la bestia salvaje que todos los seres humanos llevamos en nuestro tuétano, y que cualquier día puede desatarse y llevarnos a cometer los actos más aberrantes e irracionales.

Emma mantenía una actividad casi frenética de comunicación, más propia de un adolescente que de una mujer ya madura, madre de dos hijos, casada y con una posición social envidiable. Sin lugar a dudas eso era debido a que no todo era tan paradisiaco como las apariencias señalaban. También había sido bastante promiscua en los últimos

tiempos y había dejado un reguero de examantes muy nutrido. Por otro lado estaba su herencia, su seguro de vida y las malas relaciones con parte de sus compañeros de trabajo. En definitiva, de una persona que en principio no contaba con enemigos a una enorme lista con nada menos que 24 sospechosos.

Yo no podía contemplar, aunque tampoco deseaba descartarlo, como plausible que un desconocido, por muchos antecedentes que tuviera, fuera el culpable del macabro asesinato de la señora Walker. Era más lógico que dicho sujeto se tratase de un familiar o un buen amigo. Aquella ira, aquella descarga de adrenalina que reflejaban los golpes del martillo, sólo nacía en las

entrañas de un sujeto que ha tenido una estrecha relación con la víctima.

Así, de un modo más o menos consensuado, fuimos estrechando el cerco, asumiendo, como siempre hacía yo en las investigaciones, un riesgo enorme, basándonos parte en la experiencia, parte en la sólida formación de los allí reunidos y, en gran medida, parte en la siempre discutible intuición. La lista pasó en una mañana de 24 nombres a sólo 6: el marido de la señora Walker, su último amante, un compañero de trabajo, su hermana, un vecino de la zona y su mejor amiga. Resultaba espantoso centrar la atención precisamente en la gente que más debía haber querido y cuidado a Emma, pero

no podíamos obviar lo que con tanta frecuencia sucedía en los Estados Unidos y en otras partes del mundo: el asesino está más cerca de lo que parece.

—¿Quieres que nos acerquemos a conocer al señor Walker esta misma tarde? —preguntó Worth, cuando ya sólo teníamos seis expedientes delante de nuestros ojos y habíamos apartado a un lado de la mesa el resto.

—Sí, tenemos que comenzar por él.

—Y por los hijos... —añadió la investigadora.

—¿Los hijos?

—Están como abducidos. No sé si es que aún continúan en estado de shock, algo poco probable pues han pasado muchas semanas, o es que su padre les

tiene *comida la cabeza*.

Lo que planteaba Henderson era por un lado extravagante, pero por otro podían encontrarse innumerables precedentes de progenitores que habían matado a sus parejas y que después habían manipulado a sus vástagos para que les sirviesen de coartada o para que dieran una imagen afable frente a los agentes y demás personas de la comunidad.

—¿Qué edades tienen?

—La pequeña siete años, y el mayor diez —respondió Jim, casi de inmediato.

—En tal caso sí que es posible que se dé un caso de tergiversación de la realidad por parte del padre. A partir de los doce años es más complicado, pero

esos pobres chiquillos se habrán aferrado aún más al señor Walker y cualquier cosa que les diga puede alterar su percepción de lo que ocurre o ha ocurrido. Imagino que estarán en manos de psicólogos...

—Es que ese es uno de los hándicaps con los que hemos tenido que pugnar. Han pasado por las manos de dos expertos, pero después el padre se ha negado a que continúen con la terapia. Asegura que nadie mejor que él, su familia y su entorno para que recuperen una vida lo más normal posible —dijo Olivia, al tiempo que golpeaba la mesa con insistencia con la punta de su bolígrafo.

—Ya... Tiene lógica, pero no sin la

colaboración de unos profesionales que le indiquen cómo y cuándo debe dar los pasos.

—Por eso estamos un poco moscas, Ethan —musitó Worth—. Por eso deseo que lo veas a él en primer lugar, y si nos deja... que también charles con los pequeños.

—Si nos deja...

—Su abogado nos está poniendo las cosas difíciles. Y es un buen abogado, un tipo de Wichita con tablas y cierto prestigio.

—¿Le habías acusado de algo?

—No hemos acusado hasta la fecha a nadie. No hemos detenido a nadie. Sólo hemos realizado decenas de interrogatorios, pesquisas y pruebas

forenses. Tampoco estamos en condiciones de llegar más lejos, ya sabes cómo son estas cosas.

—Sí, claro que lo sé. Pero resulta chocante que contrate los servicios de un letrado si no tiene nada que ocultar. Eso lo suelen hacer los culpables, no los inocentes... a menos que les demos razones contundentes para actuar de otro modo.

—No sé si se las hemos dado. Lo que está claro es que sabe, como muchos otros, que no está descartado de nuestra lista de potenciales responsables del homicidio de su esposa.

—¿Estaba al tanto de todos los escarceos e infidelidades de Emma? —inquirí, casi cohibido, como el que

hurga en los cajones de la casa de un amigo sin tener permiso para ello.

Henderson y Worth volvieron a cruzar sus miradas, de un modo cómplice, y se aguantaron la risa, porque el tema era demasiado serio como para bromear.

—No te quepa la menor duda, Ethan. Hay cosas que no te mandamos, pero las amenazas de muerte de Connor a su esposa sí las tienes desde el principio.

Capítulo VII

En efecto desde un primer momento yo había tenido aquellos mensajes amenazantes, por otro lado enviados de una manera poco disimulada a través de SMS o emails, del marido de la señora Walker. Pero como no había leído con la debida calma y profundidad los informes... se me había pasado por alto aquel detalle tan crucial, como muchos otros.

Sentí un poco de vergüenza, más por la presencia de Henderson que por Worth, al que ya tenía acostumbrado a mis

necias manías. Que una joven y prometedora investigadora se diese de bruces con semejante comportamiento por parte de un agente especial del FBI no tuvo que causarle una impresión muy favorable. Pero sí acertada. Me estaba conociendo y aunque mi buen amigo la hubiera alertado no hay nada como los hechos para consolidar las percepciones.

Antes de salir hacia el domicilio de Connor, y mientras Jim y Olivia terminaban de realizar unas gestiones, me puse en contacto con Juliet, la médium de Nebraska que ya me había ayudado en el pasado. Como siempre se mostró afable y dispuesta a colaborar. Le insistí en que el FBI correría con

todos los gastos de su desplazamiento, alojamiento, dietas y un extra por el tiempo que le íbamos a robar. Al principio se negó, pero terminó cediendo a mis súplicas. Le conté muy por encima el asunto y me dijo que estaba deseando llegar a Topeka. Ya había tenido una especie de *pálpito* y el tiempo, como siempre en la vida, no espera a nadie ni a nada. Al colgar me sentí extrañamente satisfecho. Yo, un ateo convencido y un escéptico intransigente me veía otra vez recurriendo a una espiritista. Pero Juliet me había demostrado que no era una *charlatana* cualquiera y también, debía asumirlo, en el mundo sucedían y suceden cosas a diario para las que no

siempre la lógica y el empirismo encuentran una explicación. Y Juliet era especial porque me había transmitido un mensaje, un mensaje que yo deseaba atribuir a la casualidad, al azar, pero que en el fondo me había atravesado el alma; porque eran las últimas palabras de mi padre, farfulladas a una desconocida mientras agonizaba. Lo peor es que encajaban con su manera de ser y con lo que podía estar pensando, consciente de que apenas le quedaban unos segundos de existencia y nunca jamás podría volver a dirigirse a mí, su único hijo.

Comimos en un pequeño local situado enfrente del Departamento de Policía. Era un sitio modesto, pero Jim había

descubierto que preparaban un puré de patatas acompañado de judías pintas con tomate excelentes: mi comida favorita.

—Mejor que una lata de Heinz y un puré a base de polvos deshidratados mezclados con leche caliente, ¿no? —preguntó, mientras devoraba mi plato.

—Detesto cocinar, y para salir del paso me conformo con eso. Pero prefiero mil veces esta comida —respondí, entre carcajadas. Aquellos detalles por parte del bueno de Worth eran los que me habían, desde casi el primer instante, demostrado que estaba frente a un tipo fuera de lo común, uno de esos amigos a los que no debes dejar escapar por nada del mundo. Por esa razón había regresado a Kansas. Por él.

Henderson cuidaba su alimentación — según supe después era una vegana poco estricta, pero muy defensora de los derechos de los animales— almorzando una sosa ensalada de lechuga, tomate y abundante maíz. Contemplaba mi menú favorito con desagrado, aunque bien podía formar parte de su dieta. Jim siguió haciendo bromas a mi costa y al final logró arrancarnos a todos una sonrisa. Era único preparando el terreno antes de que la tempestad se desatase.

Apenas nos llevó una hora desplazarnos hasta Ottawa. No había estado allí en toda mi vida, pese a que había recorrido medio estado de Kansas en mis tres anteriores visitas. Me pareció una población tranquila —con sus apenas

12.000 habitantes—, limpia y muy cuidada. Como es habitual en esa zona, abundaban los edificios de ladrillos rojos y amplios ventanales blancos, y los jardines públicos y privados con el césped reluciente y bien cortado. Recorrimos Main Street en busca del centro de la ciudad. Worth aparcó justo al lado de un diminuto campus al que denominaban, de modo exagerado y pomposo, Ottawa University. Recordaba haber visitado campus minúsculos, sobre todo en comparación con el de mi universidad, Stanford, pero aquel se llevaba la palma. No quise hacer el menor comentario porque tampoco pretendía ofender a mi amigo Jim o incluso a Henderson, que quizá

fuera de la zona.

Fuimos caminando por la calle Mulberry, hasta llegar al cruce con la 11. Allí se alzaba una bonita casa de tres alturas, rematada con una alta chimenea que hacía pensar en agradables días de invierno al calor de una hoguera. Por desgracia estábamos en agosto y el Sol pegaba con fuerza, de modo que uno lo que deseaba es que en el interior de aquel hogar tuviesen también una buena máquina de aire acondicionado.

—Salió después de cenar. Como puedes observar —musitó Worth, señalando en dirección a un área deportiva que estaba justo frente a la casa— si tomó esa dirección es muy posible que nadie la viera, que quedase con alguna persona

en el campo de béisbol que hay más allá, o incluso en una espesa arboleda que queda situada detrás.

—Un lugar próximo pero íntimo — murmuré.

—Sí, es posible. Quizá había quedado con alguien. O igual sólo salió para dar un pequeño paseo y un asaltante aprovechó la ocasión. Lo cierto es que no podemos descartar ninguna posibilidad.

—Cuando terminemos de charlar con Connor me gustaría que nos acercásemos hasta allí —propuse.

—Peinamos cada palmo de terreno como unas tres veces, pero no encontramos nada. Es decir, nada que nos haya servido. Tenemos colillas

aplastadas, latas de cerveza oxidadas y un puñado de preservativos que indican que los chavales saben donde diablos esconderse para hacer de las suyas.

—Es sólo por hacerme una idea. Ya sabes como soy de sobra.

—Sí, llevas el manual de la Unidad de Análisis de Conducta escrito en la frente. *Conoce a la víctima y conocerás al asesino...*

—Más o menos. Venga, dejemos este interesante debate para dentro de un rato. Me muero de ganas de hablar con el marido de Emma —sentencié, apuntando hacia la vivienda con el mentón.

Como tantas otras veces Worth se encargó de hacer las presentaciones y de

resaltar que mi presencia, la de un agente especial del FBI venido desde Washington, era una señal clara de lo relevante que se había vuelto esclarecer el caso para la policía de Kansas. El señor Walker, un individuo de mirada esquiva, alto, con escaso cabello de un color rubio muy claro y el gesto constreñido de quien ya desconfía de todo lo que se le dice o promete, escuchaba cabizbajo al detective. Después llegó el turno de la investigadora, que hizo un pormenorizado repaso de sus declaraciones y de su versión de lo acaecido la última noche que vio con vida a su esposa. Aquel hombre abatido se limitaba a asentir con desgana. Si

estaba simulando, lo estaba haciendo de verdad bien.

—Ya he repetido esto decenas de veces —musitó Connor, interrumpiendo a Henderson cuando ya llevábamos en la casa más de una hora y yo aún no había abierto la boca—, y si hace falta lo seguiré haciendo, pero no creo que sirva para nada. Ni siquiera han detenido a alguien. Tengo la sensación de que no van a encontrar al asesino de mi esposa...

—Señor Walker —intervine, al fin—, le puedo asegurar que lo hallaremos. Esto no va a quedar así. Las dos oficinas del sheriff implicadas y el Departamento de Policía de Topeka al completo —dije, arriesgando mucho en mis suposiciones

— se están dejando la piel para hacer justicia a su mujer.

El hombre alzó un poco la cabeza y se me quedó mirando. Sus ojos eran los de alguien derrotado, que apenas descansa por las noches y que, quizá, ha comenzado a beber más de la cuenta.

—Y yo, ¿de qué puedo servirles yo?

—De mucho. Necesito conocer a su esposa a fondo. ¿Comprende? — pregunté, con tacto, sabedor de que me movía en aguas cenagosas.

—Imagino que estará al tanto de todo. Ya habrá leído mucho acerca de ella, ¿no?

—Sí —respondí, titubeante—, pero no es lo mismo que hablar con usted.

—No la conocía tan bien. Y de hecho,

he preferido no seguir preguntando. Cuanto más lo hacía más se alejaba de la idea que tenía de ella... Prefiero continuar pensando que es como la mujer de la que me enamoré y con la que me casé.

—Todos somos un poco complejos. Tenemos aristas y siempre deseamos ofrecer nuestra mejor cara a los demás. Nadie es perfecto señor Walker. Y sí, le recomiendo como psicólogo que guarde ese recuerdo de su mujer. Porque ella también era esa de la que usted me habla.

Connor negó con la cabeza y se golpeó las sienes con suavidad. Luego volvió a mirarme. Tenía los ojos húmedos y un poco enrojecidos.

—Mi esposa me engañaba. Me engañó muchas veces. Y yo sólo me di cuenta al final. Como se suele decir... casi fui el último en enterarse.

—Nadie desea meterse en follones. Nadie desea llamar a la puerta del vecino y contarle que es posible que su esposa tenga una aventura. Por eso cuando se nos engaña, cuando alguien es engañado, es el último en enterarse. No significa que uno sea idiota, sólo significa que todo el entorno ha contribuido a que estuviéramos en la inopia —reflexioné, casi llevando aquellas especulaciones al ámbito de lo personal. Estaba hablando de mí mismo y de mi relación con la mentira, que era estrecha, muy estrecha. Y siempre

encontraba cómplices para sostenerla.

—No sé a dónde quiere ir a parar...

—Muy sencillo. Deseo hallar la verdad, que es tan escurridiza. Señor Walker... usted amenazó de muerte a su mujer, no lo olvide —murmuré, con contundencia, pasando de un tono amigable a otro distante y casi hostil. Debía forzar la máquina para ver cómo reaccionaba.

—Eso fue una estupidez. Estaba desesperado. Póngase en mi lugar, ¡por Dios!

—Lo intento, pero es que desde hace semanas su esposa está enterrada a sólo un par de millas de aquí. No he venido hasta Ottawa porque me encante el clima de Kansas en pleno agosto, he venido a tratar de ayudar a resolver un horrendo

asesinato. ¿Ha contado usted toda la verdad, señor Walker?

Ni pestañeé. Me quedé como petrificado, apuntando con mi dedo índice hacia el pecho de Connor. En sus pupilas pude vislumbrar que ocultaba algo y tenía que llegar al fondo del asunto. No podía marcharme y dejarlo tan sereno, ahora que ya lo había acorralado y le había dejado una escapatoria digna: sincerarse.

—No, no toda la verdad...

Henderson y Worth se sobresaltaron al unísono, como si hubieran estado ensayando durante horas aquella conmoción instintiva y repentina.

—Le escucho con atención.

Walker agitó sus manos, nervioso. Tenía

un nudo en la garganta y apenas era capaz de hablar.

—Va usted a malinterpretar eso. Siempre me he sentido mal por no contarle, pero es que lo van a malentender, lo sé.

—Haga la prueba. Nuestra imaginación puede ser peor que la realidad —le animé.

—La noche que mi mujer desapareció no me quedé todo el tiempo en casa. Salí a buscarla. Sólo media hora después de que se marchara salí para descubrir con quién diablos podía estar.

Capítulo VIII

La verdad es en ocasiones remolona, pero siempre se muestra tozuda. Hay veces que pasan apenas unas horas para que se revele y otras que necesita años para surgir del modo más casual e imprevisto. El señor Walker llevaba ocultando una realidad que le podía hacer encabezar la lista de sospechosos, según su versión, pero que no soportaba lastrar durante más tiempo, porque le mortificaba. Algo en mí le había llevado a la conclusión de que era la persona idónea para confesarse.

—Lo que manifiesta está muy bien — dije, manteniendo la serenidad e intentando que Connor terminase de abrir la *Caja de Pandora*—, pero no termina de resultar creíble.

Aquel hombre se quedó con los ojos y la boca muy abiertos, como si no fuera capaz de comprender mis palabras. Una expresión semejante tenían mis colegas, que permanecían en un mutismo casi sepulcral, asombrados.

—Le acabo de confesar algo que no le había contado antes a nadie. No sé lo que quiere de mí...

—Acabo de llegar, y como le han dicho aún estoy dando los primeros pasos en la investigación, pero hay detalles que no se me escapan, señor Walker. Usted

no pudo mentir por pensar que podía ser sospechoso del asesinato de su esposa... porque tardamos nada menos que tres días en dar con ella. Y la versión que facilita a la oficina del sheriff del condado es la mañana después de la última vez que, en principio, la había visto viva. O sigue mintiendo, o usted ya sabía que Emma estaba muerta...

Connor se llevó las manos a la cabeza y se pasó los dedos por su exiguo cabello, peinándolo hacia atrás. Cuando uno miente tiene que tener bien atados todos los cabos, y lo normal es que no sólo se pase por alto amarrar alguno... es que alguien se dedique con ahínco a desatarlos.

—No tenía la menor idea de lo que le había podido suceder a Emma —musitó, aguantando el llanto a duras penas—. Yo no le hice nada a mi mujer, yo sigo aún enamorado de ella. Yo jamás le fui infiel. Yo sólo deseaba salvar nuestro matrimonio.

—Entonces... ¿por qué nos mintió desde el principio?

—Porque pensaba que iba a regresar. Estaba preocupado, pero creía que quizá se había emborrachado o había tenido un accidente de tráfico y estaría inconsciente o con amnesia en un hospital de los alrededores. Pensaba que volvería a casa con nosotros.

El señor Walker ya no pudo resistir más y se puso a sollozar como un crío. Ver a

un tipo grande y maduro en ese estado conmueve a cualquiera, aunque te acabe de soltar una patraña. Le dejé un par de minutos, pero tenía que insistir, tenía que apretar más las tuercas.

—Eso no explica que engañase a los agentes de la oficina del sheriff.

—Sí, sí lo explica. ¿Qué les iba a contar? Oigan, mi mujer me lleva engañando años con varios tipos y lo sé desde hace tiempo, y quizá ande por ahí en algún motel de mala muerte metida entre las sábanas con un desconocido... Es una bonita historia para detallar. En serio, yo estaba convencido de que aparecería de un momento a otro. Viva. Continuamos charlando con el señor Walker durante media hora y nos

despedimos de él con la impresión de haber dado un paso hacia adelante y dos hacia atrás.

—¿Sigues teniendo ánimos para dar ese paseo hasta la arboleda? —preguntó Worth, que estaba aún confundido.

—Desde luego —respondí, dándole una palmada en la espalda—. Ahora más que antes. Apenas estoy aterrizando, necesito ponerme las pilas o los tres meses que me sacáis de ventaja me van a pesar tanto como llevar unas zapatillas de hormigón. He llegado tarde a la carrera y me toca acelerar mucho.

—Tú siempre pensando en correr y en unas buenas alubias con puré...

Ya caminábamos por el bonito césped de la zona deportiva que se extendía

justo enfrente del hogar de los Walker. La sensación de que mis zapatos se hundiesen levemente en el mullido tapete de yerba fresca me resultó muy agradable. Me hubiera quedado caminando hasta la caída de la tarde, pero teníamos mucho trabajo por delante.

—Y ayudar a atrapar a los malos, Jim. Es mi única virtud. Todo lo demás es un desastre —reconocí.

—Joder, Ethan, sólo bromeaba. Ese hombre me acaba de dejar fuera de juego y estoy asimilando todavía lo ocurrido. Ya ves que la cuestión es un maldito galimatías.

—No me hagas caso —murmuré, pensativo.

—¿Qué opinas?

—Ni idea. Puede estar mintiendo o puede estar contando la verdad. Pasó la prueba del polígrafo y mira lo que nos hemos encontrado hoy.

—Tú consideras que la prueba de polígrafo es una chapuza de la que no te puedes fiar. No comiences con ironías y sarcasmos.

—Yo creo que la prueba del polígrafo podría ser útil, si se invirtiera mucho tiempo en conocer el comportamiento de una persona. Pero en un par de horas, realizando un puñado de preguntas de control al azar, y midiendo varias respuestas fisiológicas... sólo obtenemos bazofia. Nada que sea útil. En efecto, lo que se hace en tantas

oficinas del sheriff y departamentos de policía no sirve para una mierda.

—¿Y tu instinto?

Habíamos llegado a un modesto campo de béisbol, sin graderío y rodeado por un muro de pequeña altura. Junto al mismo habían situado un campo de fútbol europeo, algo que me desconcertó.

—Mi instinto es mucho mejor que esos cacharros. Por cierto, ¿quién narices juega aquí al fútbol?

—Muchos chavales, por lo que me han contado. Se está poniendo de moda. A mí me aburre, pero bueno, ya sabes, los gustos cambian y vete a saber si en unos años en lugar de apiñarnos delante del televisor a ver la *Super Bowl* lo

hacemos para ver la final de la Copa de la *Major League Soccer*.

—Espero no estar vivo para entonces — comenté, entre risas.

—Eres un cascarrabias sentimental y aún no has cumplido los 34 años. Ni te imagino dentro de dos décadas.

Recuerdo aquella frase como si Jim me la acabase de soltar. Recuerdo el olor del césped, el calor del verano, el Sol rayando en el horizonte y su amplia sonrisa. Recuerdo la ropa que llevaba, la expresión de su rostro y el tono de su voz. Y soy incapaz de olvidar ese instante porque hoy él ya no está entre nosotros para hacer guasas sobre aquel día o para comentar lo mucho que han cambiado las cosas desde entonces. Y

soy incapaz de olvidarlo porque uno se cruza en la vida en contadas ocasiones con personas tan maravillosas como el bueno de Worth, y se quedan para siempre atrapadas en el lugar más especial y bonito de nuestro corazón. Sí, tenía razón, dos décadas después soy un insoportable cascarrabias muy sentimental.

—Anda, llévame hasta esos árboles — dije, apuntando en dirección a la espesa arboleda por la que discurría un pequeño riachuelo.

Henderson me estuvo explicando cómo habían trabajado en la zona, primero los de la oficina del sheriff del condado de Franklin y después ellos mismos, con mejores equipos y más personal. Tuvo

que encender una potente linterna LED porque ya estaba oscureciendo, pero aquello permitió que me fijase mejor en los detalles.

—Es casi imposible que tomase esta dirección. Ni su piel mostraba arañazos de ramas o troncos ni en sus zapatos encontramos restos de la vegetación de esta zona concreta.

Estábamos en agosto, no en mayo, un mes más húmedo, y al mirar la suela de mis zapatos descubrí que ya tenía adheridas montones de hojas aciculares, florecillas silvestres y briznas de césped.

—La alternativa es que tomó la calle 11 en dirección este o Mulberry en dirección norte —musité.

—Sí, eso es lo más lógico. Y además tampoco tuvo que tardar en montarse en algún vehículo.

—¿Hay cámaras por ahí? —pregunté, aunque ya intuía la respuesta.

—No, no hay ninguna que nos valga. Unos pocos vecinos, tenemos que pensar que estamos en una ciudad muy tranquila, poseen alguna, pero están orientadas hacia la puerta de entrada o del garaje.

Creo que solté un improperio y chasquéé los dedos, como para darme ánimos. Necesitaba pensar, poner a funcionar esa máquina tan perfecta que es el cerebro y sacarle todo el jugo. Pero aún era pronto, me faltaban datos, muchos datos. De súbito la vibración de mi teléfono

me arrancó de aquel lugar y ver en la pantalla que se trataba de Mark me hizo albergar un ápice de esperanza.

—Todavía no he podido enviarte nada. Pero imagino que me llamas por otra cosa, ¿no?

—Sí, Ethan. Apenas me he puesto con lo tuyo, pero ya te adelanto que esa Emma no me extraña que haya acabado tan joven con sus restos en un cementerio.

La frase no era muy afortunada; sin embargo Mark se estaba curtiendo con los años y cada vez se mostraba más distante de las víctimas y se centraba mejor en su trabajo, que era lo importante, lo que nos permitía atrapar a los asesinos.

—¿Qué tienes?

Estaba nervioso. Ya era de noche en Ottawa, apenas podía ver a un palmo de distancia y el cansancio hacía mella en mi organismo. Precisaba de una noticia que me alegrase el final de la jornada.

—Pues no demasiado. Pero su hermana se la quería quitar de en medio por un tema de herencias y uno de sus vecinos, un tipo que reside a sólo tres manzanas de la vivienda de los Walker, la chantajeaba a cambio de tener sexo. Joder, es muy fuerte, Ethan. Lo que te digo, es que no llevo ni una hora rastreando la actividad de esta mujer y ya estoy alucinando. Menuda *pajarraca*.

—¿Cómo?

—No sé, que no era *trigo limpio*. Y además, sabía que se la iban a cargar.

Lo tenía muy claro. Lo que pasa es que tenía una lista tan grande que ni ella misma se aclaraba. Este caso te va a dar muchos quebraderos de cabeza.

Capítulo IX

Aquella noche Worth me acercó hasta el hotel. Ambos teníamos la sensación de que no habíamos avanzado mucho. Quizá ahora a Connor se le habían complicado un poco las cosas, pero no teníamos nada. Tres meses desde el asesinato de Emma y el detective pensaba que se habían quedado varados en el punto de salida, como si una tormenta impidiera que un barco se alejase de puerto. Desalentador.

—Mañana todo estará más claro. Mark ya anda hurgando por ahí, y sabes de lo

que es capaz.

—¿Y Tom? ¿No crees que necesitamos a un tipo como él por aquí?

Lo que Jim me pedía era imposible. En primer lugar porque Tom estaba en San Francisco ocupado en sus asuntos; en segundo porque ya era una anomalía que un agente especial del FBI, venido desde Quántico, se implicase en un caso semejante, por lo que contar con dos era una quimera.

—Sí, sería estupendo. Pero mejor dejamos de soñar y ponemos los pies sobre el suelo —respondí, en un tono cariñoso.

—Quizá Olivia pueda hacer esa labor, yo la veo con aptitudes. Aún no la conoces bien, pero le auguro un porvenir

extraordinario, te lo garantizo.

De inmediato recordé mi estancia en Montana, el otoño de 2017, y al joven y atrevido Long. Un trozo de lava hirviendo se coló en mi estómago y el dolor se reflejó en mi rostro.

—Dejemos en paz a esa chica. Que investigue, pero sin meterse en líos. Para eso ya estamos tú y yo, y seguro que en las oficinas del sheriff de Franklin o Miami hay algún agente que nos valga. Un tipo con experiencia y que sepa ver el peligro llegar.

—No entiendo nada.

—Ya. Y yo no tengo ganas de ponerme a estas horas a darte explicaciones — repliqué, rudo—. Sólo tengo 33 años, es verdad, pero en mi espalda soporto el

peso de un anciano de 90. Hazme caso, te lo ruego.

Worth se encogió de hombros, no abrió la boca y se limitó a girar el coche en busca de Topeka Boulevard. Le aguardaba un pequeño apartamento, sin apenas decoración y sin nadie con quien compartir su vida. Un detective solitario entregado a su labor. Al menos no se había convertido en un borracho, como tantos otros en sus mismas circunstancias.

Llegué a mi habitación y me puse la ropa para correr. Mis nuevas New Balance apenas llevaban cincuenta millas en las suelas y aún no me sentía cómodo con ellas, pero necesitaba rodar por las calles desiertas. Era mi droga, era para

un abstemio como yo lo más parecido al alcohol. Pronto mi hipotálamo comenzaría a segregar endorfinas y me encontraría mucho mejor. Aquellos sucedáneos de la morfina combatían mis pesadillas, mi insomnio, mi estrés y mis ganas, ocasionales, de abandonar el FBI y dedicarme a otra cosa.

Rodeé el Kansas Expocentre y tomé la calle 21, en dirección de la Washburn University. Cuando la alcancé dejé el asfalto y aproveché la zona de césped abierto del campus. Era sensacional correr tan tarde, con sólo algunos jóvenes esparcidos en grupos lejanos y apenas algún vehículo circulando. Al llegar a la Avenida MacVicar giré a la izquierda y seguí trotando hasta que al

fin aterricé en el Parque Big Shunga, un enorme espacio verde y silvestre por el que podría rodar con libertad, aunque con el riesgo de tropezarme en cualquier instante o de sufrir un serio esguince. Merecía la pena. Dejé a mi derecha el campo de béisbol y continúe por una senda escarpada que iba en paralelo a un riachuelo. Ya conocía ese camino y ya sabía que me proporcionaría un poco de calma. Cuando me crucé con Gage Boulevard, donde terminaba el parque, me detuve y aproveché para recuperar el aliento. Había ido demasiado deprisa y tampoco estaba en mi mejor forma. Apenas había recorrido tres millas y media, pero el corazón se me había disparado y lo más seguro es que

estuviera por encima de las 160 pulsaciones por minuto. Fue entonces, sólo el cielo sabe si por el agotamiento o por cualquier otra nadería, cuando pensé en Clarice Brown... y la eché de menos. Por increíble que pueda parecer eché de menos que la periodista de la CBS siguiera en Nueva York, presentando su exitoso programa, y rastreando una nueva noticia, una fabulosa exclusiva con la que deleitar a su audiencia y dejar de nuevo boquiabiertos a los mandamases de la *cadena del ojo*, una de las tres más importantes del planeta.

Puede ser que esa noche de agosto, sudoroso y apoyado sobre mis propias rodillas, mientras jadeaba,

comprendiera mejor que nunca antes que ella, Tom, Liz, Mark, Worth y muchos agentes, detectives e investigadores habían sido trascendentales para resolver los casos en los que me había visto implicado en primera persona: en Detroit, en Kansas, en Nebraska, en Arizona o en Montana. Pero la gloria había sido para mí, los mejores ascensos me los había llevado yo y los titulares de la prensa nacional sólo recogían mi nombre, como si hubieran encontrado al superhéroe que andaban buscando. Y todo era una enorme falacia. Y una colosal injusticia. A lo mejor por eso Tom había preferido largarse a San Francisco.

Recordé a mi padre y fui capaz de

aguantar las lágrimas, de no dejarme vencer por la nostalgia y por el sufrimiento de una pérdida irreparable. Apreté los dientes y regresé corriendo todavía más rápido hasta el Capitol Plaza. Me di una ducha apresurada y me metí en la cama sin cenar, sin consultar el email y sin tomar notas en mi *Moleskine*. Me dormí al instante.

Al despertar me encontraba mucho mejor, hasta de buen humor. Algo me decía que el día iba a ser bueno, que le íbamos a sacar entre todos provecho. Mientras desayunaba en la habitación unos huevos revueltos y un zumo de naranja escribí en mi cuaderno todo lo que había acontecido en las anteriores 24 horas y ya tuve la percepción de que

todo estaba en orden.

Salí a la calle, para ir como de costumbre caminando hasta el Departamento de Policía, y un golpe de calor seco me recordó que aunque Topeka y Washington casi compartían latitud —la ciudad de Kansas estaba a menos de medio grado más al norte que el D.C.—, sus climas no eran tan parecidos. Allí las temperaturas eran más elevadas y la humedad más baja. Sin embargo esa mañana nadie ni nada podían modificar mi buen ánimo.

Worth estaba trabajando en su despacho, con una taza de café a medio beber en un extremo de la mesa y un donut al que sólo le habían dado un mordisco. Su fijación en la pantalla era tal que ni

siquiera se percató de mi presencia.

—Jim, si no te alimentas bien lo vamos a pagar caro.

El detective se sobresaltó y al verme soltó una carcajada. Después se golpeó la barriga varias veces con las palmas de las manos.

—No me vendrá mal hacer un poco de dieta. Aquí hay reservas suficientes para un mes.

—¿Cuánto has dormido?

—No preguntes chorradas y toma asiento, por favor.

—Cuánto...

—No sé, lo bastante. Dos horas, creo.

—Cuando todo esto termine me tienes que prometer que vendrás conmigo a San Francisco, pasearemos por la

ciudad y veremos juntos un partido de los Giants. Hace mucho que no veo un maldito partido de béisbol en directo y nada mejor que regresar al *AT&T Park* acompañado de un buen amigo.

—¿Me estás proponiendo una escapada romántica?

—Sí, es lo más parecido. Sé que no soy tu tipo y que preferirías que te *secuestrase* Scarlett Johansson, pero de momento, mientras ella te hace un hueco en su agenda, te tendrás que conformar conmigo —respondí, empleando un tono jocoso.

—Está bien. No salgo de Kansas ni por equivocación. Me vendrá de perlas. Te lo prometo. Pero ahora vamos a trabajar duro en el asesinato de Emma.

Jim había aprovechado el tiempo y se había puesto en contacto con los sheriffs de Franklin y de Miami. El segundo, cuya oficina estaba en Paola, población en la que había aparecido el cadáver de la señora Walker, comentó que allí trabajaba un veterano detective llamado Alexander Griffin que en el pasado había estado en el Departamento de Policía de Kansas City. Parecía un candidato idóneo.

—¿Y sabes cómo narices acaba un tipo que ha tenido un puesto de detective en un Departamento de Policía con casi dos mil empleados y que da servicio a una ciudad de medio millón de habitantes en un pueblecito como Paola? —pregunté, un poco *mosca*.

—Es la misma cuestión que le he planteado yo al sheriff de Miami.

—¿Y?

—A veces las cosas son más sencillas de lo que parecen. Ese tipo nació en Paola, tiene allí a su madre y le queda poco para retirarse. Estaba cansado de tener que zamparse tres horas al día en atascos para ver a su anciana mamá y comprobar que todo iba bien. Solicitó el traslado hace un año y se lo concedieron.

—¿No tiene más familia?

—No. Su madre enferma y para de contar.

—Entonces has dado en el clavo. Es la persona que buscábamos. Henderson ya lo está bordando en su puesto y es muy

joven. Ese Griffin será nuestro Tom, si es que está dispuesto...

—Mañana había pensado que nos acercásemos a Paola. Tienes que visitar el Miola Lake y de paso hacer algún interrogatorio. Vamos a la oficina del sheriff y aprovechamos el día al 100%.

—Para haber dormido sólo dos horas y llevar encima un bocado de rosquilla y un sorbo de café no está nada mal. No creo que las pilas te aguanten mucho, pero ya has cumplido —murmuré, tomando asiento y dirigiendo mi mirada hacia la pantalla del ordenador, que Worth había girado un poco.

—Gracias. Y ten por seguro que resistiré —replicó, sonriente—. Ahora deseo que centres tu atención en este

tipo, el vecino de la señora Walker.

El monitor mostraba la imagen de un individuo con el pelo rapado al uno, ojos azules muy claros y la expresión de quien no se siente ni en paz consigo mismo ni con el resto del mundo. Un recuadro negro resaltaba en color blanco su nombre: Hunter Ross.

—Según comentó Mark chantajeaba a Emma. En esa foto parece un asesino en serie, Jim —musité, pensativo.

—No es para tanto, no tiene ni siquiera un antecedente por robar una bolsa de patatas fritas en un *Walmart*. Pero esa mirada...

—¿A qué se dedica?

—Eso es lo mejor y lo peor.

—No te pongas ahora en plan

misterioso, por favor.

—Es mecánico. Además también realiza chapuzas por el vecindario en sus ratos libres.

—Vaya, menuda sorpresa —dije, recordando la impactante instantánea cenital del rostro aplastado a martillazos de la señora Walker—. ¿Fue así como entabló relación con Emma?

—Eso creemos. Vive muy cerca del hogar de los Walker, en la misma calle. Puede que se cruzaran un par de veces, pero sabemos que hace dos años les arregló una pequeña fuga de agua en el fregadero de la cocina.

—Y ahí comenzó todo...

—Sí. Como apenas lees nada, no te enteras y luego tenemos que ir detrás de

ti contándote lo que ya estaba en los informes.

—Esta vez hice un esfuerzo mayor, te lo prometo —me defendí.

—Da igual. Lo importante es que estás aquí.

—Bueno, ¿qué sucedió? —inquirí, para zanzar una cuestión que me incomodaba.

—Pues que ese hombre además de trabajar mucho se aburre bastante. Vive solo. Nunca ha tenido pareja estable. De vez en cuando hace una excursión a Kansas City o Wichita y se pasea por algunos locales de mala muerte.

—Es una joya...

—Sí. Imagino que con lo descuidada que era la señora Walker a la hora de mantener relaciones extramatrimoniales

no hacía falta ser un sabueso para atar cabos y comenzar con la extorsión.

Ladeé la boca y me pasé la mano por el mentón, reflexionando. Todo era demasiado simple, y en la vida las cosas no suelen ser tan sencillas.

—Ya, pero si la víctima llevaba una vida tan disoluta, ¿cómo consiguió ese tipo chusco amedrentarla?

—Quizá la primera vez que fue a la casa tuvieron relaciones consentidas y después Emma quiso poner punto y final al asunto. Había sido sólo el capricho de un día.

—Vale, pero eso no explica lo otro.

—Esa mujer no estaba en sus cabales, al menos no era una persona normal y corriente, pero intentaba aparentarlo.

Nosotros nos hemos hecho una idea equivocada porque hemos tenido, desde el principio, acceso a toda su vida privada, a sus redes sociales y a sus mensajes. ¿Cuántos de nosotros pasaríamos ese filtro sin sentir un poco de vergüenza?

Cavilé acerca de la pregunta que me había formulado Worth. Mi vida era anodina y rutinaria. Mi carácter retraído y los traumas que no lograba sacudirme, sumados a mis altas capacidades intelectuales no me hacían candidato a *americano común del año*. Aun así, imaginé a un hacker entrando en mi ordenador y en mi celular y rastreando mis mensajes, o a un espía colocando micrófonos por toda mi vivienda para

registrar las conversaciones que Liz y yo manteníamos, y pronto descubrí que no pasaría la *prueba del algodón* del ser intachable e impoluto que no tiene nada de lo que ruborizarse. Más bien todo lo contrario.

—Yo desde luego que no —respondí, pasado casi un minuto en silencio.

—Yo tampoco, Ethan, te lo puedo asegurar. Mejor que nadie meta las narices en mis asuntos. No soy un mal tipo, lo sabes, pero tampoco me siento orgulloso de algunas cosas que hago.

—Dejemos esto. Estábamos hablando de la señora Walker y vamos a terminar en un confesionario pidiendo perdón por nuestros pecados. Mejor lo aplazamos para cuando hayamos resuelto el caso.

—Ok. Aceptada la propuesta por unanimidad. La cuestión es que lo más probable es que Emma no fuera aireando por ahí, sin más, sus deslices. Tenía un esposo, dos hijos, una reputación y un buen empleo en el ayuntamiento. ¿Era tan estúpida como para desear que todo eso se fuese al carajo sin más?

—Sí, no creo que fuera tan cretina. No tengo esa impresión de ella —respondí, mordiéndome el labio inferior, como un crío que analiza la pregunta de un examen final.

—Mientras tu colega Mark sigue hackeando cuentas y todas esas cosas de las que no tengo ni idea de cómo narices se hacen, nosotros podemos ir a ver a Hunter y darle una sorpresa.

El comentario del detective me trajo a la cabeza la petición de mi compañero de Quántico.

—Voy a necesitar que me prestes, sólo unos días, el ordenador y el Smartphone de la señora Walker.

—¿Qué tramas?

—Yo nada. Es Mark el que los necesita. Es un genio, Jim. Tenemos que ponerle fácil las cosas. Nadie en todo el estado de Kansas, al menos nadie que trabaje del lado de la Ley, va a ser capaz de sacar hasta la última gota de información de esos cacharros.

—Y es imprescindible que lo tenga en sus manos...

—Sí. Eso me ha dicho.

—Habrá que hacer papeleo. Te puedes

hacer una idea. No es tan sencillo.

—Estoy aquí, Jim. El FBI ya está oficialmente implicado, aunque no debería. Eso va a facilitar mucho las cosas. La burocracia es nuestra especialidad.

—Sí, sois todos una panda de malditos administrativos con corbata a los que os gusta más estampar un sello en un informe que a un chaval una de esas bebidas energéticas tan de moda infladas de azúcar —vociferó Worth, dando un golpe sobre la mesa y mofándose de mí.

—Yo cumplo a medias con ese cliché. Aquí me tienes, por cuarta vez sacudiéndome el polvo que se acumula en Washington para patear contigo las

calles de Kansas.

—Tú lo que sucede es que estás chiflado, Ethan, y Liz, Wharton y yo nos hacemos los despistados. Pero no te creas que engañas a nadie.

Seguimos bromeando un rato. Merecía la pena estar a más de mil millas de casa a cambio de compartir un rato con aquel hombre tan especial, al que tanto admiraba. Y también se merecía unos minutos de risas, antes de regresar a nuestra dura e ingrata labor.

Antes del mediodía los dos nos plantábamos en un amplio taller mecánico a las afueras de Ottawa, situado a sólo unas millas de la salida de la US-59. No era un cuchitril, como había imaginado. Estaba limpio y los

vehículos que allí reparaban eran de gama media o alta.

—¿Esto es propiedad de Ross? — pregunté, asombrado.

—Ni de coña. Ya quisiera. Es de un potentado de Misuri, que vive en San Luis, y que se pasa por aquí una vez al mes. Pero Hunter lo maneja como si fuera el dueño. Es el empleado con más antigüedad, hace bien su trabajo y el resto son chavales que le respetan.

—Comprendo. Imagino que ya habéis registrado este lugar y su casa.

—Sí. Nunca ha puesto ningún problema. Aquí tenemos 24 sospechosos de asesinato pero a ninguno le tiembla un párpado. O la estamos pifiando pero bien o el que se cargó a la señora

Walker es un témpano de hielo.

Miré hacia el interior del taller y de inmediato reconocí el rostro áspero y de expresión gélida de Hunter. Encajaba con la última disquisición de Jim. El tipo me vio y como si me reconociese soltó un trapo que tenía en las manos y salió a nuestro encuentro.

—Buenos días, detective Worth —dijo, realizando un saludo militar y mostrando una de sus palmas, como indicando que seguro que no queríamos mancharnos con grasa revenida y aceite de motor.

—Señor Ross, ya le comenté que tendríamos que molestarle de vez en cuando.

—Lo sé, lo sé bien. Y este tipo del FBI que le acompaña tiene claro que puedo

ser el asesino de Emma. Pinta mal la cosa para mí, aunque estén metiendo la pata hasta el fondo.

Capítulo X

Cuando un sospechoso se muestra a pecho descubierto y, en principio, facilita mucho la tarea a los investigadores, en realidad puede estar creando un caos, una confusión tal, que no haga otra cosa que enmarañar más aún la retorcida madeja. Es propio de los inocentes más simples, que actúan sin maldad, aunque su buena voluntad genere un sinfín de problemas. También lo es de los culpables más inteligentes y astutos, que son capaces de jugar con la verdad y la mentira de un modo audaz y

sin cometer deslices de calado. Hunter no me pareció ninguno de los dos, de modo que con su actitud sólo logró desconcertarme y ponerme desde que lo vi en alerta, en alerta máxima.

Nos alejamos un poco del taller, invadiendo el arcén de Main Street, y exponiéndonos al duro Sol del mediodía, que aquella jornada de agosto apretaba de lo lindo. Sin embargo era preferible achicharrarnos un poco a cambio de lograr algo de intimidad.

Worth pasó por alto el comentario del señor Ross y le explicó que, en efecto, yo era un agente especial del FBI que había llegado hacía poco desde Quántico para colaborar en la investigación. Juntos repasaron los

aspectos más relevantes de su expediente en relación al caso y el mecánico no tuvo problema en admitir que muchos indicios le señalaban.

—Como comprenderás aún no estamos en condiciones de tacharte de la lista. Pero hoy tienes una gran oportunidad —murmuró Jim, intentando ganarse la confianza de Hunter.

—Sí, me hago cargo. No tengo coartada, chantajeaba un poco a Emma y encima la amenacé un par de veces. Pero no la maté. Es sencillo, yo no la maté —dijo, mirándome sin pestañear, con aquel iris de sus ojos de un azul casi transparente.

—Vaya —musité al fin, pues había permanecido en silencio, atento, todo el tiempo—, es usted un caso de estudio.

No deja de sorprenderme.

—Y eso... ¿es bueno o malo?

—Depende. Depende de lo que haya hecho en realidad.

—No he hecho nada...

—Sí, y lo acaba de admitir. Extorsionar a una mujer a cambio de mantener relaciones sexuales es un delito y amenazarla de muerte... también. Y ahora resulta que esa mujer es un cadáver que está enterrado a sólo unos pasos de donde nos encontramos. No hemos venido a verle porque nos ha picado una avispa. Tiene mucha razón en algo, en lo primero que ha dicho nada más acercarse: *pinta muy mal la cosa para usted.*

Hunter se rascó la coronilla, dirigió una

mirada hacia el Sol y la sostuvo, sin temor aparente a que las células de sus córneas comenzasen a estallar producto del efecto nocivo de los rayos ultravioletas. Después agachó la cabeza y apretó los párpados.

—Se nota que no es de por aquí, y que es un agente listo y preparado. Yo sólo soy un modesto mecánico que apenas tiene formación. Para no hacerle perder el tiempo... dígame qué es lo que desea de mí.

Un chispazo me sacudió el cerebro. Era algo que me sucedía con frecuencia. Ese *sexto sentido* que hace que percibas algo en base a los años de experiencia y a los muchos informes y expedientes que han pasado por tus manos.

—Sí, vayamos al meollo. ¿Qué es lo que nos está ocultando?

—¡Cómo! —exclamó el mecánico, que perdía la compostura por primera vez desde que habíamos llegado al taller.

—No me engaña, señor Ross. Usted sabe algo. Quizá no sea el asesino de la señora Walker, o quizá sí. Pero de momento lo que tengo muy claro es que no ha contado toda la verdad. Ha llegado el momento de elegir: seguir con la farsa o colaborar un poco.

Hunter buscó el auxilio de mi amigo Worth, que se limitó a encogerse de hombros, como si con él no fuese la cosa y le indicase que se las arreglase conmigo él solo como pudiera.

—Está bien, está bien... La vi. Ya tiene

lo que quería, la vi —musitó el mecánico, casi a la vez que escupía en dirección a la carretera.

—Será mejor que sea más explícito — dije, sin inmutarme, aunque por el rabillo del ojo me percataba de que a Jim estaba a punto de darle un ataque.

—La noche de su desaparición. Yo estaba en el porche de mi casa, fumando tranquilo y tomando una cerveza. Pasó por delante. Maldita sea, sólo nos separan un par de manzanas. Subía por Mulberry en dirección norte. Me limité a saludarla y ya está. Pensé que seguro que ya habría quedado con algún fulano para ponerle de nuevo los cuernos al alelado de Connor. Al día siguiente me enteré de que había desaparecido y no

quise líos. Cuando apareció muerta no me lo podía creer. Lo que no dudé ni un segundo es que no faltarían agentes en breve llamando a mi timbre. Y así fue...

El señor Ross continuó tratando de explicar los motivos que le habían llevado a mentir a la policía y a los investigadores, en un asunto tan grave como es un asesinato. Su relato, si uno era capaz de ponerse en su pellejo, era hasta cierto punto coherente. Desde luego que estaba delante de un cretino, pero no tuve la impresión de que se estuviese inventando una historia sobre la marcha. Todo lo contrario.

—¿Por qué amenazó de muerte a la señora Walker?

La pregunta pilló desprevenido a Hunter.

Se había dedicado tanto tiempo a justificar sus mentiras que ya la cabeza no le daba para más. No hay como un cambio brusco de tema como para sonsacar a alguien. Aunque no abra la boca la comunicación no verbal ya estará contando todo un relato. Así funciona nuestra mente, así de diáfana se muestra si creamos las condiciones apropiadas.

—No quería perderla. Fue una estupidez. Yo no haría daño a una mosca. Ya lo he repetido hasta quedarme sin saliva en la garganta... pueden preguntar a todo el mundo. Les dirán que soy un idiota, alguien con quien no merece la pena perder un minuto, pero no que soy un monstruo. Emma sacaba lo

mejor de mí, aunque lo hiciera forzada por las circunstancias. Yo nunca la traté mal. Al contrario, deseaba que se enamorase de mí. Soy un ingenuo. Y, aunque no me van a creer, lloré su muerte. Sí, la lloré durante dos o tres semanas. Y la echo de menos. Me he acercado hasta su lápida en dos ocasiones y le he pedido perdón. Esa amenaza fue un acto de desesperación... el de un desgraciado que no desea quedarse sin lo único bueno con lo que se ha topado en toda su vida.

Charlamos por espacio de media hora más. Le pedí permiso para realizar un nuevo registro del taller y de su vivienda y me respondió que por él como si nos quedábamos con una copia

de las llaves de su casa y entrábamos a dormir.

Cuando nos montamos en el SUV de Worth ya era muy tarde y decidimos que lo mejor era comer en alguna gasolinera de regreso a Topeka. Los dos estábamos agotados mentalmente y un poco aturdidos. Hunter Ross, al igual que el señor Walker, había mentido en sus testimonios anteriores, pero no teníamos nada para meterlo en el calabozo o para convencer a un juez de que tenía que darnos vía libre para hacer lo que nos diese la gana.

Al final Jim hizo lo peor que podía haber elegido y nos metimos en Lawrence en busca de un restaurante decente, cerca del campus universitario.

Yo estaba tan obcecado repasando la conversación con el mecánico que hasta que no transitábamos por Iowa Street no reaccioné.

—¿Qué estamos haciendo aquí? — pregunté, enojado.

—Bueno... buscar un lugar decente para almorzar. Lawrence es una ciudad universitaria y hay montones de restaurantes abiertos a todas horas — respondió el detective, sin llegar a comprender mi reacción.

Meneé la cabeza y solté un puñetazo contra el salpicadero.

—Joder, Jim, aquí estudió Sharon Nichols. Aquí venía a entrenar a la pista de atletismo con Patrick. Detesto esta ciudad, no me gusta, no me trae buenos

recuerdos y sólo aparece en mis peores pesadillas.

Worth se quedó patidifuso y aparcó en un lateral de la 19, tratando de recobrar el aliento.

—Lo lamento, ni siquiera había caído en ello. Es pasado, Ethan. Comprendo que ni se te ocurra acercarte por Leavenworth, y yo nunca te llevaría allí. Lo hice una vez y fue en contra de mi voluntad. Pero Lawrence... No sé, no puedes quedarte atrapado en lo que ocurrió hace años.

Intenté calmarme. Mi buen amigo estaba pasándolo mal y no se merecía aquella reacción airada por mi parte.

—No pasa nada. Pero Jim, yo soy de los que se queda en esa jaula de los

recuerdos, nunca lo olvides. Aún sigo pagando, de manera puntual, todos los meses la factura de teléfono de mi padre. Hace más de una década que está enterrado en el cementerio de Mariposa, lo sabes. Para mí esa factura que llega cada treinta días a casa es un modo de mantenerlo con vida. No funciono como el resto de la gente. No soy capaz.

A mis altas capacidades intelectuales había que sumar varios problemas psicológicos. No era extraño que casi nadie me tomase afecto o que apenas una docena de personas fuesen capaces de comprenderme. Y la culpa no era de los demás. En todo caso era mi responsabilidad, aunque yo no pudiera hacer mucho por cambiar la situación.

—Entonces, ¿nos largamos?

Me quedé en silencio un rato, meditando. Seguir huyendo de mis fantasmas tampoco era una estrategia afortunada. Yo era un experto en psicología, aunque eso no significa que uno pueda analizarse y marcarse una terapia, todo lo contrario. Pero sí sabía que escapar del pasado no era la mejor manera de superar los traumas. Hacerle frente era la solución.

—No, comeremos por aquí. Pero no quiero estar cerca ni del Hoglund Ballpark ni del Estadio Kansas Memorial.

Worth atendió, no de muy buena gana, mis exigencias y acabamos en un coqueto restaurante en *The Jayhawk*

Club, un complejo ubicado en mitad de un precioso campo de golf en el que nunca antes había estado y que sirvió para olvidar que me encontraba en Lawrence. Nos ofrecieron una comida excelente y aquello nos espoleó.

—Alguna conclusión del encuentro con Hunter...

—Sí, Jim. Que estamos metidos en un embrollo de cuidado. Y aún nos faltan por visitar a cuatro sospechosos más, suponiendo que hayamos acertado en la criba que realizamos nada más desembarqué aquí. Parece que todos tenían motivos para asesinar a Emma pero que ninguno lo hizo.

—¿Y si estamos enfocando mal el caso desde el principio? —inquirió el

detective, introspectivo.

—Será mejor que entres en detalles.

—Pudiera ser que alguien encargase el asesinato. Buscamos a los sospechosos, pero el ejecutor es otro, un individuo que no guarda relación alguna con la señora Walker y que en este momento disfruta de unas vacaciones en un resort de esos tan espléndidos que hay por Miami Beach.

—¿Has leído *Extraños en un tren*, de Patricia Highsmith?

—No, no me suena ni el título ni la autora.

—Joder, Jim, si hasta Alfred Hitchcock hizo una adaptación al cine de la novela...

No es que yo fuera un gran lector o un

cinéfilo, pero sí tenía referencias clásicas que mi padre había compartido conmigo durante mis años de adolescencia.

—Ni idea.

—Bueno, pues va de eso. Un tipo que no conoce de nada a otro le propone que asesine a alguien que le molesta, pero con el que el segundo no guarda relación alguna. El crimen perfecto. Nadie sospechará.

—Vaya, por lo que veo no iba desencaminado.

—Sí, sí lo vas. Dudo mucho que este sea el caso. Así sólo actúan los mafiosos. La gente corriente no va por ahí llegando a este tipo de pactos o contratando matones para que se

ventilen a su mujer o a su vecina. Además, el *modus operandi* es tan... *personal* que sólo puedo imaginar a un individuo cargado de rabia y desfogando su ira de un modo salvaje y brutal. Los profesionales no actúan así. Llegan, te pegan un par de tiros en la nuca y desaparecen del mapa durante meses. Por eso casi nunca los atrapamos.

—Pues vamos a tener que echarle imaginación, Ethan. Ojalá mañana descubramos que ese Griffin es tan bueno como tu colega Tom.

Era imposible que ese agente, aunque hubiera estado años desempeñando su labor en una ciudad como Kansas City, le llegase a la suela de los zapatos a alguien tan excepcional como Tom. Por

suerte el zumbido de mi celular me sacó de aquella ratonera de un plumazo.

—Ya estoy alojada en el Capitol Plaza. La verdad es que es un hotel magnífico. Muchas gracias.

Aunque no me hubiese saludado reconocí la voz de la médium de Nebraska al instante. Su tono agradable, pausado y melodioso me reconfortó.

—¡Juliet! Los que estamos agradecidos somos nosotros. Si lo deseas terminas de acomodarte y en hora y media el detective Worth y yo pasamos a recogerte...

—Perfecto. Aquí os espero.

Colgué con una sonrisa dibujada en el rostro. Juliet no era ya alguien cualquiera en mi vida. Mi escepticismo

no impedía que sintiera por ella un vínculo especial.

—¿La espiritista?

—Sí, ya la tenemos en Topeka. Estarás contento.

—No tanto como refleja tu cara. Vamos a necesitar a esa mujer.

—No lo sé. Hasta la fecha siempre ha sido capaz de echar una mano, pero no tengo la menor idea de cómo lo consigue.

—Te falta *fe*, Ethan; en algún *ser superior*, en tus compañeros, en los agentes que conoces de primeras y en las personas en general —murmuró el detective, esquivando mis ojos.

—No es del todo verdad. Yo creo en ti, por ejemplo. Pero no me pidas que

considerare que una deidad ha creado el Universo y que es dueña de nuestro destino. Por ahí no paso —repliqué, áspero.

—Juliet es lo que necesitamos. Ese toque de imaginación del que te hablaba hace un instante. Ella seguro que sabrá sacarnos de la zona de confort en la que estamos atrapados.

Miré por uno de los amplios ventanales del restaurante, con unas maravillosas vistas a un cuidado Green, donde un jugador trataba de embocar una bola en el hoyo desde unas diez yardas de distancia. En aquel día tan resplandeciente uno sentía ganas de salir al *verde* y ponerse a charlar con aquel tipo y olvidarse de delirio en el que

vivíamos.

—Tienes razón en algo. Va a cambiar nuestros puntos de vista. Y quizá también intente darle algún sentido a esos mensajes y premoniciones que la señora Walker se dedicó a escribir por todos lados. Pero al final seremos nosotros, Jim, los que atrapemos al asesino. Ese es nuestro trabajo, no el de ella.

Terminamos nuestro intempestivo almuerzo y en tres cuartos de hora estábamos recogiendo a la médium del mismo hotel en el que yo me alojaba. Nos saludamos con cariño y decidimos que lo más apropiado era dirigirnos al Departamento de Policía de Topeka. Como de costumbre la espiritista

deseaba conocer un poco más del caso y de la víctima, y a ser posible entrar en contacto con alguno de sus enseres.

Nos metimos en el despacho de Worth, sorteando a agentes, detectives e investigadores, como si estuviéramos cometiendo alguna travesura. A mí que una médium se implicase en el caso me parecía un dislate, pese a que la hubiera reclamado y convencido para venir, pero tampoco es que mi buen amigo, menos descreído que yo, se sintiese cómodo con la situación. Esas extravagantes colaboraciones entre gente como Juliet y los cuerpos de seguridad se daban con más frecuencia de lo que la ciudadanía imaginaba; pero siempre, siempre, se llevaban con mucha

discreción.

—Os deixo un segundo, tengo que ir al almacén a por el diario de Emma y a por un pañuelo que solía llevar al cuello. Creo que será suficiente, ¿no? —preguntó Worth, esperanzado.

—Sí, seguro que sí.

El detective se largó como alma que lleva el diablo, cerrando la puerta tras de sí. Nada más quedarnos a solas Juliet posó sus manos sobre una de mis rodillas, con mucha suavidad y respeto.

—¿Cómo estás, Ethan?

La pregunta tenía una carga de profundidad que las apariencias camuflaban. Todo estaba relacionado con nuestro último encuentro, y no hacía falta que ella lo pusiera de manifiesto.

Era obvio.

—Bien, Juliet. Soy padre desde hace unos meses, me han ascendido y tengo un empleo que adoro. No se puede pedir más a la vida.

—No sé si me has perdonado todavía. Lo cierto es que siendo sincero no tenía nada que perdonar a la espiritista; sin embargo era evidente que aquella última conversación que habíamos mantenido un año atrás había acabado de una forma abrupta y conmigo soltando, como de costumbre, una mentira.

—Yo tampoco, Juliet. Para perdonar primero uno debe hallar la paz en su interior, y mis entrañas son un volcán en constante erupción.

—Pues deberías escupir de una vez toda

ese magma que tanto te perjudica, Ethan. Cuando lo saques vas a ser más feliz, te lo aseguro.

Me quedé cavilando y recordé que además de médium aquella mujer tenía una sólida formación en psiquiatría, lo que la hacía más singular y, desde luego, menos histriónica.

—¿Estoy en el diván de tu consulta o nos encontramos en el despacho de un detective del Departamento de Policía de Topeka? —pregunté, sonriente, rebajando la tensión.

—Estás con una amiga, nada más. Puedes confiar en mí. Pensarás que apenas me conoces y que dos encuentros fugaces no permiten crear lazos estrechos, pero no siempre es así. Tú

mismo has regresado a Kansas, poniendo en riesgo tu carrera y tu prestigio, porque Worth te lo ha pedido otra vez. ¿Es corriente que un agente especial del FBI venga desde Quántico para colaborar en la investigación de un único asesinato acaecido en Ottawa?

—No, sabes que no. Ya has colaborado lo suficiente conmigo o con la Patrulla Estatal de Nebraska como para discernir entre lo que es procedente y lo que se sale de las normas. Casi podría asegurar que eres una agente voluntaria — respondí, entre carcajadas.

—Entonces estás bien.

—No del todo. Hay un asunto que debo zanjar.

—Ya te transmití el mensaje, Ethan; está

todo bien, no tienes que culparte de nada.

El labio inferior comenzó a temblarme. No quería que aquella mujer me viese llorar. No quería que entrase Jim y me pillase sollozando como un mocoso. Con disimulo me clavé el pulgar en el costado, hasta que el dolor fue insoportable. Más valía un buen moratón al día siguiente que mostrar mis sentimientos en público.

—No, Juliet, no está todo bien. No estará todo bien hasta que atrape al desgraciado que atropelló a mi padre y se dio a la fuga. Por mucha terapia que intentes hacer conmigo no va a funcionar.

La espiritista bajó la cabeza, taciturna.

Me recordó a mi madre, una mujer a la que tenía medio abandonada en un pueblecito de California, Los Baños, a medio camino entre San Francisco, nuestro hogar, y Mariposa, el lugar en que estaban enterrados los restos de mi padre.

—Sólo deseo que olvides. En ocasiones la desmemoria es lo más lúcido que puede sucederle a una persona para encarar el presente y el futuro.

—¿Olvidar a mi padre? Tienes que haber perdido la razón para sugerir semejante memez —proferí, con vehemencia.

—No, Ethan... ¿cómo podría pedirte eso? Estoy hablando de su muerte, de la manera en la que falleció. Eso es lo que

tienes que olvidar. Te corroe por dentro. No te deja ser feliz y te impide disfrutar de Liz y de tu pequeño hijo, ¿entiendes? Deseaba salir corriendo del despacho, y seguir corriendo hasta llegar a San Francisco. Recorrer casi dos mil millas del tirón y plantarme en mitad del estadio de los Giants para romper allí a llorar y gritarle a mi padre que lo echaba de menos con toda el alma y que jamás olvidaría sus charlas, sus consejos, su rostro y la manera de animarme en cada proyecto que iniciaba. Deseaba pedirle perdón de rodillas por haberle *contagiado* la pasión por el *running*, que a fin de cuentas había sido lo que de una forma indirecta había creado las circunstancias para que

perdiese la vida tan joven.

—Eres tú la que no comprende nada, Juliet.

—Claro que lo hago. Piensas que soy una estúpida.

—No.

—¿Acaso crees que no me doy cuenta de lo que tu brillante inteligencia, tus problemas psicológicos y tus profundos traumas te provocan?

—No lo sé —respondí, con un ansia cada vez más férrea por huir.

—Pues te equivocas. Ya te conozco, ya puedo ver dentro de ti, Ethan, y sé lo que te conviene. Sin embargo, claro, eres libre de elegir el camino que consideres adecuado.

—Mi colega Tom se ha mudado a San

Francisco. Ahora es detective allí. Ha reabierto el caso del homicidio de mi padre.

Juliet se quedó mirándome, pensativa. Luego cerró los ojos, como si lamentara aquella noticia.

—Entonces será mejor que nos centremos en esta investigación. Yo lo he intentado por todos los medios, Ethan. Veo que convencerte es casi un imposible. Olvida la muerte de tu padre y mantenlo en tu memoria tal y como era cuando vivía. Todo lo demás sólo traerá dolor, rabia y violencia a tu existencia.

Worth regresó y abrió la puerta de manera abrupta. Llevaba consigo una caja de cartón entre las manos y su rostro reflejó al instante que la tensión

allí dentro se podía cortar con un cuchillo.

—Lo siento. Si queréis puedo regresar en un cuarto de hora —sugirió, incómodo, el detective.

—No, Jim, ya hemos terminado. Era una cuestión del pasado que ha surgido por casualidad. Tenemos que pensar en la señora Walker —repliqué, de inmediato. Worth dejó la caja de cartón sobre su mesa, todavía no muy convencido de si estaba actuando del modo correcto. Él no tenía la menor idea de qué narices había pasado mientras iba en busca del pañuelo y el diario de la víctima, pero lo que estaba claro es que en ese breve ínterin la médium y yo habíamos mantenido una charla que no había

acabado del todo bien.

—De acuerdo. Aquí tengo un pañuelo de Emma y su diario. Si es posible, preferiría que no los sacásemos de las bolsas —dijo el detective, tendiendo las pertenencias de la señora Walker a Juliet.

—Bueno, esto no son ciencias exactas. No es como sumar dos más dos, por desgracia. Ni siquiera estoy convencida de poder echar una mano, aunque desde luego que lo voy a intentar —murmuró Juliet, apretando contra su pecho el cuaderno y el fular, sin extraerlos de las bolsas con cierre *Zip Lock*, que estaban selladas. Worth tenía razón: sacarlas suponía tener que realizar mil gestiones y poner en riesgo el juicio, mientras que

aquello era algo que podía quedar entre nosotros tres.

—Juliet, puedes tomarte el tiempo que necesites. En realidad es tu propia agenda la que marca cuándo debes regresar a Nebraska, nosotros no vamos a reparar en gastos —musité, sin tener claro si era yo el que hablaba o era un chiflado convencido de que una espiritista podía en serio aportar alguna sugerencia de valor en una investigación por homicidio.

La médium me hizo un gesto, como mandándome callar, y cerró los ojos. De súbito pareció desinflarse. Era una mujer enjuta, y sin embargo todavía fue capaz de dar la impresión de que se contraía sobre el asiento, mientras unas

leves convulsiones agitaban sus extremidades.

Jim y yo nos miramos y nos encogimos de hombros. Ambos teníamos la sensación de no pintar nada allí, y lo único que nos quedaba era aguardar en silencio y confiar en que Juliet no prolongase demasiado aquel espectáculo.

—¡No cerréis mi tumba! —exclamó la espiritista, con energía.

—¿Cómo? —pregunté, sin tener claro si estaba en una especie de trance o se dirigía al detective y a mí.

—¡No cerréis mi tumba! —gritó con más fuerza Juliet, casi con una desesperación agónica. Aquella había dejado de ser su voz y un escalofrío me

sacudió las entrañas. Mi imaginación se había disparado.

Capítulo XI

La médium tardó más de diez minutos en salir del trance. Cuando lo hizo estaba agotada y muy alicaída, como si acabase de finalizar una maratón cuyo recorrido atravesase el Desierto de Mojave.

Worth se encargó de traerle agua fresca y una barrita energética, que era lo que tenía más a mano en el Departamento de Policía. Le propusimos acercarla a un hospital, pero Juliet dijo que no era necesario y que pronto se le pasaría. Y en efecto lentamente recuperó el color de la piel y el vigor.

—Nos has dado un buen susto — comenté, cuando comprendí que ya estaba repuesta.

—Son gajes del oficio, Ethan. El detective Worth y tú seguro que habéis pasado por cosas mucho peores y no andáis lloriqueando.

No sé en qué pensó Jim, pero yo por un momento me vi encañonado con un revólver por un tipo a punto de disparar y a Emily Young salvándome la vida en una fracción de segundo.

—No creo que sea lo mismo; pero sí, nos ha tocado vivir experiencias no del todo agradables —musité.

El detective hizo un aspaviento con las manos, como restando importancia a lo que le hubiera podido acaecer en acto

de servicio e indicando que las manecillas del reloj seguían avanzando.

—Señora, ¿qué significa eso de *no cerréis mi tumba*?

Juliet volvió a apretar los párpados. Después bebió un poco de agua y soltó un resoplido, largo e intenso.

—He tenido una visión horrible.

—Tranquila, Juliet —dije, con ternura.

—He visto a la señora Walker, viva, metida en un ataúd, chillando, atormentada, golpeando con furia las paredes de madera.

—Por Dios... —murmuró Worth, llevándose una mano a la frente.

—¿Y? —insistí, dejando a un lado mis emociones y centrándome en lo importante.

—Gritaba sin cesar eso. *No cerréis mi tumba*. Era lo único que decía, como si para ella tuviese una gran importancia. No tengo ni idea de lo que puede representar.

—Jim, ¿fue incinerada Emma?

—No, creo que no. Le dieron sepultura del modo tradicional. Son una familia, aunque parezca una paradoja, dadas las circunstancias, bastante conservadora.

—Eso es bueno.

—¿Qué estás sugiriendo?

El detective sabía perfectamente lo que me rondaba por la cabeza. Era meternos en un nuevo jaleo, y ya teníamos algunos frentes abiertos y mi propia implicación en la investigación era una anomalía. Sin embargo llegados a ese punto no me

quedaba más remedio que actuar tal y como me dictaba mi razón.

—Que hagamos caso a esa mujer, según lo que nos ha transmitido Juliet. Tenemos que exhumar el cadáver y realizar una segunda autopsia. No queda otra, Jim —declaré, con decisión.

—¿No queda otra? Hemos perdido todos el juicio... ¿Qué le digo al juez? ¿Qué le digo a la familia? Mirad, es que una médium que ha venido desde Nebraska nos ha comentado que Emma pide a gritos desde su tumba que exhumemos su cuerpo. Genial...

Worth no era un escéptico como yo, y además creía en un dios, en la otra vida y cosas por el estilo. Pero eso no le impedía actuar de un modo

absolutamente profesional como detective. La colaboración de espiritistas era algo que se producía entonces con relativa frecuencia en casos que habían sido cerrados o en los que los investigadores no encontraban ni pistas ni indicios, pero eso nunca quedaba reflejado en los informes. Sólo cuando se retiraban los agentes, ya fuera en una entrevista a un medio de comunicación ya fuera en un libro, reconocían con algo de reparo que a lo largo de su carrera habían recurrido a tales recursos extremos. Tampoco faltaban familiares que se iban de la lengua en su estado de angustia u ocultistas, la mayoría de ellos charlatanes descarados, que

promulgaban a los cuatro vientos que habían participado en tal o cual caso con cierta repercusión con tal de darse publicidad. Por eso siempre abordábamos estas colaboraciones tan singulares con la máxima discreción y eligiendo muy bien a las personas involucradas. Juliet siempre fue un ejemplo de prudencia y reserva.

—Seguro que te las apañas. Nunca te ha faltado el ingenio —dije, simulando lanzar un directo a la mandíbula de mi amigo.

—No es tan sencillo, Ethan.

—Creo que yo sobro en esta habitación

—murmuró Juliet, poniéndose en pie.

—Lo siento —dije, abochornado, pues nos habíamos olvidado por completo de

ella, acalorados en nuestros jaleos burocráticos—. Pediré que alguien te acerque al hotel. Aún, si te ves con fuerza, te vamos a necesitar.

—Estoy bien, Ethan. Y gracias por la propuesta, pero prefiero dar un paseo por la ciudad. Necesito respirar un poco de aire y caminar un rato.

—Juliet, muchas gracias —musité, tomando las manos de la espiritista.

—No tienes que dármelas. Lo que me preocupa es que no prestemos atención a las demandas de esa mujer. Ha sido muy clara. Me va a costar olvidar el día de hoy, Ethan. Haced lo que sea posible para que se cumplan sus deseos.

Acompañé a Juliet hasta la salida del Departamento de Policía y después

regresé al despacho de Worth corriendo por los pasillos. Estaba de verdad excitado y el corazón me daba brincos por la caja torácica.

—Todo esto nos va a terminar causando problemas. Pero lo peor es que confío en esa mujer —murmuró Jim, apenas cerré la puerta.

—Y además encaja...

—¿Cómo? ¿Qué significa eso de que *encaja*?

—Pues que la señora Walker intuía que algo terrible le iba a suceder. Tenemos montones de mensajes. Y ahora Juliet nos suelta esta *bomba*, como para terminar de espolearnos.

—El ateo, el incrédulo, eres tú, Ethan. Casi me da pudor tener que comentarlo.

—Lo sé. Aunque fuiste tú el que me pidió que llamase a Juliet, no lo olvides. Pero confieso que esa mujer tiene un *don* especial. Quizá todo sea fruto de la casualidad, o de su amplia formación como psiquiatra, pero acaba atinando. Ya me ha sorprendido varias veces — reconocí.

—Y ahora... ¿qué?

—Te toca hacer el papeleo, y a mí convencer a Wharton para que Liz pueda viajar un día y participar en una segunda autopsia.

El detective apoyó la barbilla sobre las palmas de sus manos y se quedó mirando al infinito, como si más allá de las paredes de su despacho estuviese la respuesta a una pregunta que quizá no

tenía contestación.

—Voy a tener que inventarme algo, Ethan. Lo de Juliet no cuela. Ni lo pienso poner en un informe.

—¡Claro que no! Echa imaginación al asunto.

—Tú eres experto en mentir y en manipular a la gente, pero a mí se me da fatal.

Encajé el golpe bajo como pude. Worth había sido sincero y sólo había dicho la verdad. Sólo había herido el orgullo de un necio que se negaba a reconocer su sandez.

—Yo bastante voy a tener con lo de Liz. Esta vez no puedo ayudarte. No se me ocurre nada ahora mismo. Tengo los cinco sentidos puestos en atrapar al

asesino de Emma y en convencer a mi jefe para que me dé más recursos, aunque sea sólo durante 24 horas.

—Está bien, ya lo arreglaré por mi cuenta. Total, soy yo el que te ha metido en este lodazal. No vas a mancharte tú solito.

El teléfono de mesa del despacho de Jim sonó de un modo estridente. Por un instante pensé que había micrófonos por ahí instalados y que el superior de mi amigo le llamaba para que le explicase qué narices estábamos maquinando. Pero el detective lo que hizo fue aceptar una llamada y mantener una charla tranquila con una tal Audrey, que me sonaba, aunque no era capaz de ubicar en la investigación. Cuando colgó,

después de un cuarto de hora de conversación, soltó una bocanada de aire.

—¿Quién era? —pregunté, inquieto.

—Audrey, la hermana de Emma.

—Vaya, menuda sorpresa —murmuré, sorprendido.

Worth hizo como que espantaba una mosca y forzó una sonrisa. Era una mueca de condescendencia, como si me mostrase que no me enteraba de nada, que iba tres pasos por detrás de él.

—Ni te imaginas. Quería que fuésemos a verla ya mismo, esta noche. Le he dicho que ya es muy tarde, y que mejor mañana a primera hora.

—¿Mañana no nos íbamos a acercar a Paola?

—Y lo haremos. Pero antes veremos a la hermana.

—¿Y qué es tan urgente de súbito?

—No lo sé. Según ella algo importante. Algo que había olvidado pero que como por arte de magia ha vuelto a su cabeza. Dice que puede ser clave para dar con el asesino de Emma.

Capítulo XII

Me quedé trabajando con Jim hasta bien entrada la noche. Los dos estábamos agotados, pero la llamada de Audrey nos había roto los esquemas y yo necesitaba repasar un poco el historial de la hermana de la señora Walker. Lo cierto era que no tenía desperdicio.

Audrey había recuperado su apellido de soltera, Ellis, pero había estado casada cinco años con un tal Miles Cruz, un hijo de inmigrantes mexicanos que había nacido en El Paso, Texas, y que era ciudadano estadounidense. Cruz había

logrado hacer fortuna desde abajo, primero ganándose propinas limpiando coches en Houston y más tarde, cuando se trasladó a Kansas, vendiendo vehículos de gama alta. Fue en el concesionario donde conoció a la hermana de Emma y al poco tiempo contrajeron matrimonio. Lo curioso era que Miles había fallecido de manera súbita, a causa de un infarto de miocardio, en su propia casa. Se realizó una autopsia un tanto deficiente y el caso se archivó, pese a que los abogados de la compañía de seguros intentaron litigar. La señora Miles heredó una vivienda valorada en medio millón de dólares, un buen coche y un seguro de vida de un cuarto de millón de dólares.

No estaba nada mal, y quizá eran motivos más que suficientes para quitarse de en medio a un esposo con el que había comenzado a tener problemas. Pero Worth me tenía reservadas más sorpresas, pues Audrey ya había mostrado desde adolescente que no sería una mujer cualquiera. Su expediente estaba plagado de incidentes, peleas, sanciones por mala conducta y otras lindezas por el estilo. La relación con sus progenitores había sido un desastre, y con su hermana, la víctima, tampoco es que fueran uña y carne, como cabría esperar.

La muerte de los Ellis, los padres de Emma, en un accidente de tráfico, supuso un doble golpe para Audrey. Por

un lado perdió al mismo tiempo a sus ascendientes directos, una tragedia que además la dejaba sin su principal fuente de ingresos, pues no había dado un *palo al agua* en toda su vida; por otro se encontró con el chasco de que la mayor parte del legado fue a parar a manos de su hermana, dejándola al albur de lo que la señora Walker tuviera a bien a partir de entonces destinarle. El problema es que Audrey era un saco sin fondo, una mujer a la que encantaba malgastar el dinero en joyas, restaurantes, viajes de lujo y, con cierta frecuencia, casinos. De hecho Las Vegas era su destino favorito en invierno, y mientras estuvo casada pasó en aquella ciudad tres Navidades. Apenas tres años después de la muerte

accidental e inexplicable del señor Cruz ella ya había despilfarrado el seguro de vida y se había visto obligada a hipotecar la casa para mantener su vertiginoso ritmo de vida.

Y ahí entraba en escena Emma, pues la situación de ella era acomodada, con un patrimonio razonable y sin agobios económicos de ninguna clase. Ellis no tardó en hacer lo mismo que ya antes había experimentado con sus padres: pedir sin descanso dinero a su hermana, pues ella no lo generaba y sin embargo lo dilapidaba a un ritmo frenético. Audrey era el ejemplo más típico de derrochadora incontrolable, y la señora Walker quiso poner coto a ese comportamiento infantil y muy

peligroso.

Para desgracia de Ellis, la cantidad de emails y mensajes que se había cruzado con Emma eran ingentes, y muchos de ellos no la dejaban en muy buen lugar, llegando a las amenazas físicas e incluso de muerte. Bromear con estas cosas, aunque sea entre parientes que pueden estar *fuera de sí*, jamás me ha parecido una cuestión banal. En Estados Unidos, donde el índice de criminalidad es de los más altos de los países desarrollados, no afecta tanto, pero en otros menos violentos resulta que la Navidad, por chocante que pueda resultar, es una época en la que los homicidios se disparan. Las reuniones familiares, las cenas con los

compañeros de trabajo y los encuentros entre viejos colegas, aderezadas por buenas dosis de alcohol y otras drogas, despiertan la agresividad y sacan a colación rencillas que no han cicatrizado y que devienen en un acto trágico que ya no tiene marcha atrás: la muerte de uno o más individuos. Cuando se escarba en el pasado uno encuentra que en la mitad de las ocasiones había habido amenazas previas que nadie se había tomado muy en serio. Intimidar a una persona diciéndole que puedes acabar con su vida es una salvajada, además de un delito que puede tener graves consecuencias; y que un juez, o los propios cuerpos de seguridad, no adopten las medidas correctoras a

tiempo puede desembocar en una terrible tragedia. Sucede algo parecido, aunque con muchos matices, en el caso de las mujeres vejadas y maltratadas por sus parejas o maridos, y que al fin son asesinadas. Nadie prestó atención a los síntomas que preceden al cataclismo, y cuando lo hacen ya es demasiado tarde. En estos nuevos tiempos, gracias al desarrollo de los fenotipos a través del ADN y otros aspectos conductuales, en los que mi compañera Liz fue pionera, la prevención temprana está permitiendo reducir las tasas de actos violentos de un modo radical. Lo malo es que ya entonces, en 2018, disponíamos de muchas herramientas y recursos para haber conseguido éxitos notables, pero

no existía la voluntad política ni era, por desgracia, una prioridad para la comunidad. La inmigración, anular una cobertura médica adecuada y al alcance de todos los estadounidenses, el intervencionismo en países terceros o un ridículo regreso al proteccionismo eran los temas candentes. Yo me hallaba en un estado, Kansas, en el que más de la mitad de la población apoyaba esas políticas. Suponía un enorme contraste con el lugar en el que me había criado, California, donde apenas habían alcanzado un tercio o, no digamos, el D.C., donde menos del 4% estaban de acuerdo con aquel dislate mayúsculo. Pero nuestra democracia era imperfecta y nuestro sistema electoral mejorable, y

los norteamericanos, lo más probable, es que tuviésemos lo que nos merecíamos y lo que nos habíamos buscado.

Jim me acercó en su vehículo hasta el Capitol Plaza y le sugerí que se animase a acompañarme aquella noche, para despejarnos.

—¿Te vienes a correr un rato?

—¡Ahora! —exclamó, señalando el cielo negro que se percibía a través del parabrisas.

—Sí, ahora. Vamos, te vendrá bien.

El detective se palmeó su prominente tripa y soltó una carcajada.

—En menos de media milla sufriría un infarto, y este tendría más explicación que el de Miles Cruz.

—Bueno, alguna vez tendrás que comenzar a practicar ejercicio — murmuré.

—Ya hice mucho de joven. No, prefiero regresar a casa, ver algún partido y quedarme dormido en el sofá con una cerveza en la mano.

—Mierda, Jim, suena fatal —dije, sincero.

—¿Y qué diablos quieres?

—No tengo ni idea. Aún eres joven.

—No lo soy. Tú eres un crío para mí. Aún no has cumplido los 34, acabas de ser padre y ya ocupas un cargo de relevancia en el FBI. Aprovecha la vida.

—Genial. Pero estamos hablando de ti. Worth se quedó mirando hacia el oscuro y semidesierto parking del Expocentre.

Tardó en hablar casi cinco minutos, durante los cuales yo respeté aquel silencio profundo y cargado de introspección.

—Yo ya sólo deseo hacer justicia, cumplir con mi trabajo y después retirarme. Quizá me compre una casita en Florida; o lo mismo todo lo contrario y me traslado a uno de esos parajes idílicos de Minnesota, y me encierro en una vivienda de madera natural, en el bosque, con vistas al Lake Superior. Lo tengo todo bien planeado.

—No me prestes atención. Es tarde y no sé ni lo que digo —musité, arrepentido de haber iniciado aquella conversación intempestiva.

—Mañana nos espera una jornada

complicada. No demores la hora de meterte en la cama, ¿de acuerdo?

Me limité a asentir y salí del SUV sin mirar atrás. Escuché cómo Jim se alejaba y cómo algo en mi interior se apagaba. Estimaba a aquel tipo más de lo que era consciente. Ahora lo sé, pero entonces me costaba más comprenderlo.

Mi celular vibró con fuerza apenas alcancé el hall del hotel y descubrí que era un SMS. Lo remitía alguien que en mi agenda no aparecía con su nombre real, sólo era una «T» mayúscula seguida de tres asteriscos. Una chiquillada. Rezaba: *«Mi agente favorito ha regresado a Kansas. Pienso en ti. Nunca he dejado de hacerlo.»*

Decidí que mejor salía a correr otro día.

Telefoneé a Liz para saber cómo se encontraba nuestro pequeño y para avisarle de que le iba a solicitar a Peter que le permitiese un viaje rápido hasta Topeka para participar en una segunda autopsia de la señora Walker. Cuando le expliqué las razones no daba crédito.

—¿Es eso lo que pensáis contarle al juez?

—No, Jim inventará algo. No te preocupes.

—Y tú, ¿qué mentira le vas a soltar a Wharton?

—Lo mío es más sencillo. Sólo le voy a decir que hay nuevas evidencias, que la primera autopsia fue una chapuza y que necesito que tú te impliqués.

—No sé si deseo implicarme...

—Venga, Liz. Además, de ese modo podremos vernos, aunque sólo sean unas horas. Pasarás la noche en mi hotel.

—Tengo toneladas de trabajo, Ethan.

—Lo sé, pero apenas te robaré un día.

—¿Y todo por esa médium?

—Juliet...

—Es como si no te conociera. ¿Tanto confías en esa mujer?

Mi compañera estaba estupefacta porque si había alguien descreído en todo el FBI ese era yo. Alguno podía igualarme, pero nadie me superaba.

—Sí. Además, también es psiquiatra.

—Ya, claro, ahora a los psiquiatras les hablan los muertos desde su tumba. La verdad es que no me había enterado hasta la fecha —murmuró Liz, con

sarcasmo.

—¿Vendrás? —pregunté, intentando acorralarla y no dar más vueltas al asunto.

—Sí. Si Wharton lo autoriza me tendrás allí. No sé ni cómo has podido llegar a ponerlo en duda.

Me despedí de ella del modo más cariñoso que pude. El mensaje de Vera Taylor que había recibido sólo unos minutos antes y el tener que pedirle aquel esfuerzo, todo casi al mismo tiempo, me hacían sentir culpable y rastrero.

Justo antes de meterme en la cama y apagar la luz consulté mi mail. No debería haberlo hecho, pues ya me quedan pocas horas para poder dormir,

pero me pudo la curiosidad. Y allí estaba Mark, exigiendo tener lo antes posible el ordenador, la Tablet y el Smartphone de la señora Walker. Aunque no sólo se limitaba a eso. Seguía investigando por su cuenta, rastreando mensajes, IP y redes sociales. Nada desaparece de Internet, por mucho que lo intentemos. No es como los discos duros sólidos que aún se empleaban en esa época, a los que uno podía dar varios golpes hasta dejarlos hechos añicos y repartir los pedazos por decenas de basuras, y de ese modo impedir el acceso a cierta información. No, en La Red lo que un día escribimos o remitimos o subimos ahí se quedó *flotando*, viajando de un lado a otro, de

tal suerte que alguien con los suficientes conocimientos, como Mark, podía rescatar aquellos datos. Y una tal Brianna Shaw, que se suponía era amiga de la víctima, había hecho *cosas malas* en las redes sociales para perjudicar la imagen de Emma, muchas *cosas malas*. Y yo ya era conocedor, porque esa clase de crímenes se habían multiplicado de forma exponencial, que un sujeto comenzaba por atacar desde el anonimato de Internet y, de vez en cuando, pasaba a la acción y llegaba mucho más lejos.

Capítulo XIII

Al despertar no tenía ganas de salir a correr, de modo que me di una ducha fría, desayuné algo rápido en la cafetería del hotel y salí lo antes posible hacia el Departamento de Policía. Llegué temprano, pero Worth, como de costumbre, ya aporreaba las teclas de su ordenador, con los ojos pegados a la pantalla.

—Por favor, ¿no hay manera de ganarte aunque sea una vez! —exclamé, bromeando.

—Puedes quedarte a dormir en mi

despacho. No es cómodo, pero si apilas un montón de expedientes y sacas uno de los mullidos respaldos de las sillas casi obtienes algo parecido a una cama.

El comentario fue tan espontáneo que apenas tuve dudas sobre lo que le iba a preguntar a mi buen amigo.

—¿Has dormido aquí? ¿En serio?

—Sólo un par de veces. En realidad hay una sala con dos sofás cama, e incluso alguno de los calabozos suele estar vacío y si no eres escrupuloso o padeces de claustrofobia te puedes meter en ellos un rato. Pero para dos horas es mejor la opción de los expedientes.

—Estás chiflado. Lo imaginaba, sin embargo uno siempre alberga la esperanza de estar equivocado —

murmuré, entre carcajadas.

—Sí, lo estoy, porque ahora mismo estoy haciendo todo el papeleo para conseguir que exhumen el cuerpo de la señora Walker. Esto sí que es propio de un enajenado.

Como tenía muy claro que Worth podía tener problemas debido a aquella solicitud no seguí con las bromas. Además, teníamos mucho trabajo aquel caluroso día de finales de agosto como para perderlo haciendo payasadas.

—¿Quién era Brianna Shaw? — pregunté, esperando una bronca antes que la respuesta a la interpelación.

—¡Joder, Ethan! Vale que sólo eches un vistazo por encima a los informes, pero que ya ni siquiera memorices los

expedientes de los seis sospechosos que dejamos de una lista de 24...

—Acepto la reprimenda y puedes lincharme a la salida del colegio. Me suena el nombre y sé que está en esa lista, entre otras cosas porque lo tengo anotado en mi *Moleskine* —dije, agitando mi libreta de tapas de cuero negro en el aire—. Pero también tú sabes mucho más que yo. Me sacas tres meses de ventaja.

El detective emitió un gruñido, pulsó la tecla *Enter* y me encaró, un tanto enojado.

—Brianna Shaw era la mejor amiga de Emma. Está en la lista de sospechosos porque muchos la han señalado, incluyendo un compañero de trabajo,

Lucas, que también figura en esa nómina reducida que tan bien luce en tu cuaderno de 80 dólares. Detestas emplear una Tablet, pero con lo que gastas en libretas podrías estrenar una de gama alta cada tres meses. Y además, tendrías toda la información a mano de los casos en los que te has involucrado desde que llegaste al FBI.

—Odio esos trastos. Son incómodos y poco prácticos. Y jamás tiro una libreta. Las guardo todas. Algún día me servirán para escribir mis memorias —musité, sólo para calmar a mi amigo.

—¿Tus memorias? Sólo por curiosidad, ¿cómo piensas titularlas?

Miré el rostro agradable de Worth, que tenía motivos para exasperarse con mis

manías, y se me pasó una idea por la cabeza que sabía le devolvería el buen humor.

—*Yo, Ethan, el tipo que no merecía a sus colegas.*

Jim se pasó un buen rato riendo. Tuvo que secarse con un pañuelo las lágrimas. Después se incorporó y me dio una palmada en la espalda.

—Ahora ya sé cómo narices te acabas camelando a Peter Wharton. Eres un payaso cuando quieres. Venga, tenemos que coger el coche y hacer una visita a la hermana de la señora Walker. Veremos si es para tanto o si sólo nos está mareando.

En apenas una hora, pese al denso tráfico que nos encontramos entre

Topeka y Lawrence, nos plantábamos en Baldwin City, una pequeña población de sólo 5.000 habitantes que se encontraba a unas 16 millas al norte de Ottawa.

La casa de la señora Ellis era espectacular y presentaba un aspecto formidable. Baldwin City pese a ser un pueblo pequeño era coqueto y tenía casi de todo. Daba gusto transitar por sus cuidadas calles y contemplar las espléndidas viviendas, con sus frondosos jardines, la zona deportiva, la biblioteca Collins o uno de los edificios de la Baker University, que según me comentó Worth era la más antigua fundada en Kansas, nada menos que en 1858.

—Parece mentira que un lugar tan

discreto esté tan bien equipado —
murmuré, asombrado.

—El nivel de vida es alto aquí. Y los
estudiantes, al ser una Universidad
Privada Cristiana, suelen formar parte
de familias adineradas de la zona, por lo
que también se deja notar en la
economía.

La casa de la hermana de la señora
Walker estaba situada en el mejor sitio
de Baldwin City, en Eighth Street, justo
pegada a los edificios más
emblemáticos, y bien resguardada por
otros hogares igual de fabulosos. Nada
más bajarme del SUV pude respirar un
aire que olía a limpio, a césped recién
cortado y regado, a barrio acomodado a
las afueras de mi natal San Francisco.

—Veo que te gusta este lugar.

—¡Claro que sí! —exclamé, extendiendo los brazos—. Es un pueblo increíble.

—Ya comienzas a hacerte una idea de la personalidad de Audrey, ¿no?

—Más o menos. Me cuesta creer que no haya estudiado una carrera, que no genere sus propios ingresos...

—Dentro de un rato lo que te va a costar creer es cómo diablos ha podido vivir tan bien a expensas de los demás.

Cuando la señora Ellis nos abrió la puerta me quedé un poco atónito. No parecía la hermana de la víctima, ¡parecía su hija! Era temprano todavía, pero era como si le hubiera dado tiempo a ir a la peluquería y a una esteticista.

Además de en todo tipo de lujos, aquella mujer invertía mucho en su belleza; y en fin, lo cierto es que no elegía mal dónde tenían que cuidarla.

Jim se encargó como de costumbre de presentarme y de explicar, con más o menos acierto, las razones de mi presencia en Kansas. Audrey escuchó con atención y en silencio, muy atenta. Ambos nos estábamos analizando a la vez. Quizá no tenía formación, pero desde luego era avispada y observadora. En sólo unos segundos ya sabía qué perfume me había echado aquella mañana, la marca de mi corbata, la de mi camisa y la de mi traje. También qué tipo de corte de pelo me agradaba y dónde había nacido. Seguro que no

servía para casi nada, sin embargo para lo que ella necesitaba era la mejor, la mejor con la que me había topado en toda mi vida. Por desgracia me pude hacer una idea de la personalidad débil y manejable del difundo Miles Cruz, al que quizá ella había asesinado. No era una hipótesis en absoluto descabellada.

—Me alegra que se estén tomando tan en serio lo de mi hermana.

—Estamos ante un homicidio, señora Ellis. No es una cuestión menor — espetó Worth, al que se le notaba demasiado que no soportaba a Audrey.

—Está claro. Yo misma estoy realizando mis indagaciones. Estoy colaborando al máximo.

Los gestos de la hermana de la señora

Walker eran todos forzados, mostraban un grado de afectación que llegaba a rozar el ridículo, bajo mi prisma. Pero en los ámbitos en los que ella solía moverse casi seguro que le eran útiles y no importunaban a nadie. Un mundo de apariencias en el que los farsantes más descarados son los que triunfan. Un mundo que yo destetaba desde lo más hondo de mis entrañas.

—Por eso estamos aquí. Anoche me telefoneó muy alarmada. Ahora parece más sosegada.

—Bueno, eso es debido a que llevo desde ayer varios tranquilizantes encima. Desde la muerte de mi hermana no pasan dos días sin que tenga que recurrir a ellos. Todo es tan...

espantoso.

—Le ruego que se centre y nos cuente eso que había olvidado y que de repente ha regresado a su memoria —dijo Worth, con un tono que rayaba en el cinismo.

Audrey se levantó y fue en busca de una pequeña libreta de tapas color turquesa. Pude apreciar el salón y ni un solo detalle de la decoración había sido dejado al azar. La casa por fuera era fabulosa, pero por dentro uno podría asegurar que todavía era mejor. Sólo en aquella estancia podía haber invertidos 50.000 dólares en mobiliario y ornamentos de todo tipo.

—La noche que la madre de Emma desapareció había quedado con Jackson

Boyd, ¡había quedado con él! Y yo soy tan estúpida por haberlo pasado por alto durante meses. Lo lamento, de veras, lo lamento mucho.

—¿Boyd? Precisamente en un rato nos vamos a acercar a visitarlo. Tenemos que ir a Paola en cuanto terminemos aquí —musitó el detective, rascándose con mimo la barba de cuatro días.

—¡Por favor, no lo sabía, no le cuenten nada de lo que les acabo de decir! —exclamó Ellis, exagerando un miedo que a lo mejor tenía visos de ser real.

Jackson Boyd había sido el último amante *conocido* de la señora Walker. Estaba en la lista reducida de seis sospechosos que habíamos realizado nada más llegar yo a Topeka, pese a que

siempre había colaborado con la policía, había pasado la prueba del polígrafo y su ADN no coincidía con el hallado en la vagina de la víctima. Que hubiera estado citado con Emma el día de su desaparición, algo que recordaba que no figuraba en ningún informe, aunque en ese sentido yo era poco fiable, daba un giro crucial a toda la investigación.

—¿Cómo pudo pasar por alto ese dato?

—pregunté, interviniendo por primera vez desde el saludo al entrar en la vivienda.

—No lo sé. Yo estaba muy unida a mi hermana y compartíamos secretos. El que no atrapen al culpable de su muerte me está atormentando. Voy preguntando

por ahí y también repaso mis agendas, mis mensajes con ella, todo lo que pueda servir para echarles una mano...

—¿Y? —inquirí, insistiendo.

—Encontré un *Post-it* en un libro. Fue ayer, por casualidad. Nada más verlo comprendí, comprendí de inmediato y recordé. Yo uso siempre marcadores de calidad para los libros, jamás algo tan burdo como una pegatina.

—Ya. Y esa hojita de papel decía...

Audrey abrió la libreta de tapas turquesa y sacó el *Post-it* amarillo, con una frase escrita con una letra perfecta y empleando un *rollerball* de calidad, como los que yo solía utilizar, casi seguro *Montblanc*. Me tendió la hojita. «*Emma ha quedado el jueves con Jack.*

Llamar por la mañana a casa. No me gusta nada ese tipo.»

—Creo que anoté eso tres días antes, pero hace mucho tiempo y no lo puedo asegurar.

—¿Jack? —pregunté, sin prestar atención a los comentarios de la señora Ellis.

—Sí, es como se llama.

—¿Usted empleaba su apodo para referirse a él? Si es así, supongo que se conocían...

Audrey agachó un poco la cabeza y le fue imposible disimular que estaba ruborizada. Hasta para una *actriz* de primera como ella en ocasiones mantener la farsa resulta imposible.

—Bueno... Emma hablaba bastante de

él.

—No me mienta —dije, con contundencia—. A mi colega se le ha olvidado comentarle algunas cosas. No soy un agente especial del FBI convencional, trabajo en la Unidad de Análisis de Conducta. Y soy psicólogo. Podría llegar a engañarme, pero pocas veces. Espero que no perdamos el tiempo y que sepa comportarse.

La señora Ellis se quedó de piedra y nerviosa comenzó a jugar con su libreta. Después la dejó sobre la mesa, aspiró profundamente y me miró a los ojos.

—Espero que no se haga una idea equivocada de mí.

—Eso va a depender sobre todo de

usted —repliqué, satisfecho, pues *el pez había mordido el anzuelo*.

—Yo mantuve una breve relación con Boyd. Sólo fueron unas semanas. Yo se lo presenté a Emma.

Jim, con poco disimulo, me pisó el pie derecho, con fuerza. Lo cierto es que no tenía muy claro quién estaba más descolocado: él o Ellis. Ambos, desde luego, habían salido de un espacio en el que controlaban lo que acontecía.

—¿Lo hizo cuando aún mantenían dicho idilio?

—¡No! Mi hermana siempre andaba a la caza de algún tipo bien parecido. El pánfilo de Connor quizá piense que todo comenzó a los pocos años de estar casados, pero la verdad es que ella

siempre fue así.

—Por lo visto se parecían más de lo que la gente imaginaba... —mascullé, a propósito.

—Me desagradan sus indirectas.

—Puedo ser más claro, pero una mujer con su clase merece que me tome la molestia de emplear todo el tacto posible.

Nos quedamos unos segundos mirándonos. Mi galanteo había surtido el efecto esperado y Ellis bajó un poco sus defensas. Como si de un oso de peluche al que aferrarse se tratara, cogió de nuevo su libreta y se recostó en el sofá. Estaba más cómoda y relajada y comprendí que dejaría, en parte, de fingir y comenzaría a sincerarse.

—No soy lo que suele decirse una *niña buena*. Cada uno emplea los recursos que tiene a su alcance en la vida. No todos nacemos con una inteligencia sobresaliente.

—Vamos entendiéndonos, Audrey — murmuré, tuteándola y mostrando que yo también me sentía más a gusto.

—Pregunte...

—¿Podía llegar a ser peligroso o fue en algún momento con usted violento el señor Boyd?

Como si estuviera delante de una chiquilla de unos pocos años Ellis se mordió con delicadeza la punta de una de sus uñas. Me llamaron la atención, porque las cuidaba con una singular manicura francesa que incorporaba en

los dedos corazón un diminuto estampado, que intuía se trataba de una amapola. Seguro que tenía algún significado secreto para ella.

—No, conmigo siempre se portó bien. Jamás le hubiera presentado a Emma a un chiflado. Pero con ella la cosa fue muy distinta. Creo que perdió los papeles.

—¿Y eso?

—Lo quería dejar. Ya se había aburrido, supongo. De Connor no se cansaba porque es un pedazo de pan, era el padre de sus hijos y encima tampoco le exigía demasiado. El marido perfecto que cualquier mujer desearía. Pero con los amantes ella era diferente. Los usaba como el que se suena la nariz con un

Kleenex y ni siquiera se preocupa de encontrar una papelera para deshacerse del pañuelo. Era despiadada cuando zanjaba una de esas aventuras.

—Y Boyd eso no lo llevaba bien, ¿supongo?

—No tengo la menor idea. Yo ya hacía tiempo que había perdido el contacto con él. Lo tengo bloqueado en Facebook, en Twitter, en Instagram y lo borré de WhatsApp, de modo que no puedo comentar nada al respecto. Lo único cierto es que ese jueves había quedado con él.

—¿Dónde solían verse?

Ellis apretó aún más el cuaderno contra su pecho. Cerró los ojos un instante y después refunfuñó.

—No lo sé. Tampoco es que tomase precauciones. Unas veces cogía su coche y se largaba a algún lugar cercano, como las afueras de Olathe o Lawrence. Otras, la muy atrevida, quedaba en Ottawa... ¡en las proximidades de su hogar! En el fondo lo que le ha pasado casi se veía venir, ahora que una lo piensa con calma, con perspectiva.

—Y usted, ¿qué me cuenta de usted?

Audrey se irguió, como si un resorte la hubiera impulsado. Buscó la mirada de Worth, quizá tratando de encontrar en mi colega un poco de amparo. No lo halló.

—Volvemos a las indirectas...

—No, es más sencillo ahora. Usted amenazó a su hermana y ahora tiene que

llevarle flores al cementerio. Pura rutina. Póngase en nuestro lugar.

—Ya he dado muchas explicaciones. Muchas.

Hice como que consultaba en mi *Moleskine* un inexistente apartado dedicado en exclusiva a ella. Repasé unas anotaciones que en realidad guardaban relación con las mejores rutas para salir a correr por Topeka y sus alrededores.

—Sí. No tiene coartada. Dependía económicamente de Emma. La amenazaba en los últimos tiempos; justo, qué casualidad, poco antes de que alguien le aplastase el rostro con un martillo...

—¡Cállese! —exclamó Ellis, soltando

su libreta y llevándose la manos a la cara. Por un segundo pensé que rompería a llorar, pero aguantó la compostura.

—Comprenderá que, además de en Boyd, nos veamos obligados a pensar también en usted.

—Jamás, jamás le hubiera hecho daño a Emma. Y menos esa atrocidad. Yo no odiaba a mi hermana. Tampoco tengo la fuerza para hacer algo así. Aunque pueda parecerle una mujer frívola e interesada también tengo sentimientos. Haga uso de su experiencia y de sus conocimientos. La muerte de Emma ha sido algo terrible y con ella se ha llevado lo único bueno que había en mí. Me quedé reflexionando. *No cerréis mi*

tumba. Era como si la señora Walker en lugar de a Juliet me estuviera gritando a mí ahora. Sin darse cuenta Audrey había hecho un comentario no exento de valor: el que hubiera cometido el crimen debía de tener una fuerza notable, aunque hubiera empleado un martillo, porque el rostro de la víctima estaba destrozado. Era una imagen espantosa que uno no podía borrar de su mente, y que aún hoy, tantos años después, sigue circulando por mi cerebro. No me hace falta acudir al expediente y revisar las fotografías para tenerla muy presente.

—Entonces, ¿cómo explica las amenazas?

—Siempre he sido una idiota. Es mi manera de reaccionar cuando no tengo lo

que quiero. Y suelo querer muchas cosas. Pero jamás he pasado de las palabras a los hechos. Fui incapaz de completar mis estudios, siempre he sido una *niña mimada*. Lo admito. Pero eso no me convierte en una asesina.

—Ya. Lo que pasa es que su pasado está plagado de incidentes y de puntos oscuro.

—¿Qué quiere decir? Sea claro, agente Bush.

Ellis se había recuperado y me hablaba en un tono más agresivo y desafiante. Quizá había colmado su paciencia; sin embargo yo no iba a dejar de *apretar la cuerda*, ahora que tenía el *lazo al cuello* y se había animado a soltar la verdad.

—Usted es viuda. La muerte de Miles

Cruz le dejó en una situación, económicamente, muy desahogada. Y lo cierto es que es raro que alguien tan joven sufra un infarto. Y ahora nos topamos con su hermana, a la que tenía que recurrir cada pocos meses para pedirle dinero. Nos tendrá que permitir que consideremos que es demasiada casualidad, ¿no?

—Miles... Miles sufría problemas. Y soportaba mucho estrés. No puede insinuar que yo... Les ruego que abandonen mi casa —musitó Ellis, sollozando—. Señor Bush, ha llegado muy lejos. Sólo deseaba colaborar y darles una pista. En la vida podría haber imaginado que esto se convertiría en un interrogatorio y que usted me acabaría

culpando de dos asesinatos. ¡Del de mi esposo y del de mi hermana!

Yo no añadí nada más y me dirigí hacia la puerta de salida. Sin embargo Worth se quedó un par de minutos despidiéndose de Audrey e, imagino, que distendiendo las cosas. A mí, en el fondo, me importaba un bledo y ya sólo tenía ganas de llegar lo antes posible a Paola para continuar con las pesquisas.

—¿Se te ha caído al suelo el último tornillo que te quedaba en la cabeza? —preguntó el detective, apenas cerramos las puertas del SUV.

—Me llamaste para ayudarte, Jim, y es lo que estoy intentado hacer.

Mi buen amigo apretó con fuerza el volante y el cuero *emitió* un suave

gemido ante tanta presión.

—Lo estás consiguiendo, Ethan. Joder, lo estás logrando. Esta maldita gente ha empezado a *cantar* desde que llegaste. Es como si nos hubieran estado tomando el pelo durante 13 semanas y de repente todos recuperasen la memoria o el sentido común.

El detective se sentía un poco decepcionado consigo mismo. Pero aquello era injusto. Muy injusto. Yo siempre llegaba a los sitios con el terreno allanado, como si una enorme apisonadora me realizase una pista de tierra por la que circular sin problemas.

—Los tres meses transcurridos hasta el día de hoy han sido claves, Jim. Sin todos vuestros esfuerzos yo no podría

haber reducido la lista de sospechosos ni me vería con seguridad para acorralar al señor Walker o a Audrey. Habéis sido vosotros los que me habéis permitido hacerlo. Yo nunca he iniciado una investigación, nunca jamás. Si lo hiciera el caso sería un caos, un desastre, porque no sabría ni por dónde demonios comenzar. Llego desde Quántico con cientos de páginas de informes y pesquisas y sólo tengo que apretar un poco las tuercas a gente a la que ya habéis dejado lista para que pueda darles el último empujón. Nunca lo olvidéis. Yo lo tengo presente en todo momento, cada vez más.

Worth dejó de estrujar el volante y sonrió. Me miró y me lanzó un puñetazo

suave al mentón, un gesto que era muy propio de él, pero que también me recordó a Tom, al que tanto echaba de menos.

—Toda esta mierda te la enseñaron en Stanford, ¿verdad?

Le devolví la sonrisa y me alegró descubrir que mis palabras habían causado el efecto deseado.

—Más o menos. En Quántico también aprendes algo, pero no mucho — bromeé.

—Bueno, a fin de cuentas me tranquilizas. Estudiar en una universidad en la que para sacarte un grado hay que dejarse el salario de media vida de alguien como yo debe servir para algo. Pensé en mi padre. Pensé en lo injusto

que era el mundo y en lo fácil que había sido para mí la existencia. Pensé en las personas, como Worth, como Liz o como Tom, que habían tenido que pelear desde abajo para llegar alto, para poder conseguir lo que yo ya tenía casi nada más nacer. No era un algo neutral, ni una cuestión baladí. Venir al mundo en una familia o en otra, en un país o en otro, coarta tus posibilidades, incluso de pervivencia, o te pone una autopista que te conduce con suavidad hacia los puestos mejor remunerados sin que apenas tengas que sufrir.

—Es odioso e inaceptable, pero así funcionan las cosas. Sí, tener un grado por Stanford cambia mucho el futuro de cualquier chaval, para qué vamos a

engañarnos. Y aunque tengas el dinero, apenas un 4% de los que cada año lo solicitan logran entrar en esa universidad. Por algo los mejores desean estudiar en ella. A veces me doy asco...

—Tienes motivos de sobra —dijo Jim, entre carcajadas—. Mejor nos dejamos de filosofar y nos largamos ya mismo a Paola. Vamos a causar mala impresión en la oficina del sheriff del condado de Miami.

Por suerte Paola estaba a sólo 30 millas de Baldwin City y en apenas 40 minutos estábamos aparcando delante de la oficina del sheriff. El edificio, ubicado en Pearl Street, era diminuto, algo por otro lado normal, pues daba servicio a

un condado de sólo 30.000 habitantes. Estaba junto a una preciosa construcción, la sede de la Secretaría Municipal, y eso en lugar de mejorar las cosas no hacía más que resaltar los precarios medios con los que contaban los agentes. El edificio, al menos, de una sola altura, era coqueto y la fachada de ladrillo en agradables tonos rojizos le daba un aspecto moderno y cuidado.

El sheriff nos atendió con amabilidad y sin hacernos perder tiempo nos llevó hasta una pequeña sala en la que ya aguardaba, un poco nervioso, el veterano detective Alexander Griffin.

Griffin era el tipo ideal, aunque estuviese muy lejos del nivel de Tom. Pero vestido de paisano pasaba

desapercibido, había participado en varias investigaciones complejas por homicidio en su etapa en Kansas City y pillaba a la primera todo lo que le comunicaba. Sólo había una cosa que me molestaba en él: presentía que en el fondo ya estaba de vuelta de todo y que tenía más la mente puesta en su próxima retirada del servicio que en enfangarse en un asunto tan turbio como el asesinato de la señora Walker.

—¿Conoce a muchos de los sospechosos? —pregunté, guiado por mi instinto.

—Sí, los conozco a todos. Y a mí me conoce todo el mundo. Nací aquí, en Paola, y nunca he dejado de venir, aunque estuviese en Kansas City. Y la

gente de los alrededores son la mitad amigos la mitad conocidos. Da igual Paola que Ottawa, que Louisburg, Baldwin City, Spring Hill...

Aquello tenía sus ventajas y sus enormes inconvenientes. Tom solía hacerse pasar por un reportero de la prensa estatal que no tenía mejor cosa que hacer que dedicarse a husmear en la vida de los demás y buscar carroña en un crimen atroz. Y aquel papel lo bordaba, tanto que siempre había obtenido una información clave para resolver los crímenes. Pero el detective Alexander no podía jugar con esa baza. A cambio siempre sabría cuándo alguien le estaba mintiendo, o intentado marearle, y podía guiñarle un ojo para indicarle que fuese

a tomarle el pelo a su madre.

—Necesitamos un informador. Es preciso que escudriñe en la vida personal de la señora Walker y dé con algo que hasta el momento se nos haya podido pasar por alto. ¿Está usted dispuesto a hacer eso? —inquirí, siendo muy directo y franco.

Griffin se rascó el abundante cabello pajizo y miró hacia el techo. Lo estaba meditando y eso no era una buena señal. Pero yo me encontraba atrapado. No podía recurrir a Tom, no podía solicitar la presencia de un agente especial del FBI y no podía permitir que Henderson, que sí estaba dispuesta, se encargase de una tarea que podía poner en peligro su vida.

—Si es imprescindible, aceptaré. Lo que está claro es que no pasará desapercibido.

—Haga jugar eso a su favor —murmuré, aliviado, pues ya teníamos una solución.

—¿Cómo?

—La confianza. Es una herramienta muy poderosa. Con su experiencia seguro que la emplea con habilidad. Sólo se trata de hacer creer a cada uno de los que hable que en realidad está fuera de sospecha, que su atención se centra en otras personas. Ya lo habrá hecho antes.

El veterano detective ladeó los labios y alzó una ceja. No tenía claro que lo hubiera hecho antes, pero sí que me estaba comprendiendo, mejor de lo que yo hubiera deseado.

—Ya, le sigo... Haré lo que esté en mi mano.

—Eso será mucho. Se lo agradecemos. Nos quedamos un rato más en la oficina del sheriff estableciendo una agenda para los siguientes días. No teníamos que *pisarnos los pies*, ni incurrir en contradicciones. Al final de cada jornada pondría al tanto de su labor a Worth y actuaríamos en consecuencia. Cuando salimos a la calle yo no estaba muy convencido, pero menos era nada.

—No te ha gustado... —musitó Jim, empujándome con suavidad con su hombro.

—Ya no tiene ganas de follones. Y nosotros le acabamos de meter en uno bien gordo. Lo ha hecho medio obligado

y eso no me satisface en absoluto.

—Confía en la gente, Ethan. Seguro que aporta a la investigación.

—Más nos vale.

Regresamos al coche y el detective miró la hora. Caviló unos segundos y me sacudió la pierna izquierda.

—Te toca elegir.

—¿Qué opciones tengo?

—Comer, ir hasta Miola Lake, que queda muy cerca, o visitar a Jackson Boyd.

—¿Tienes hambre?

—Eras tú el que debías elegir.

—¿Tienes hambre? —pregunté, de nuevo.

—No demasiada. Puedo aguantar.

—Pues vayamos al lago. Ese Boyd

imagino que está localizable...

—Sí. Nos espera en casa. No hay problema.

—Entonces visitemos antes el lugar en el que fue hallado el cuerpo sin vida de la señora Walker. Esos malditos escenarios siempre me acaban contando algo del asesino, aunque hayan pasado años desde que cometieron el crimen.

—Llevo una decena de fotografías, para que puedas comparar y hacerte una idea. Estamos a finales de agosto y la encontraron en mayo. Parece mentira, pero el aspecto de la zona varía mucho. Además, hoy hace un calor de mil demonios.

No quería ver más las fotografías de aquel rostro reventado a martillazos.

Sólo deseaba echar un vistazo al lugar en el que el salvaje que había acabado con la vida de Emma la había abandonado. Sin embargo mi buen amigo había hecho lo correcto trayendo consigo las instantáneas, pese a que yo las detestase.

—Mejor...

—¿Mejor? —inquirió Jim, estupefacto.

—Sí, el calor nos dejará pensar con fluidez. La última vez en Montana el frío me congelaba las neuronas. Prefiero achicharrarme como en Arizona, en mitad del desierto de Sonora.

—Ethan, los que os dedicáis a correr sois gente muy rara, ¿lo sabías?

—Medio planeta sale a rodar tres veces por semana, no me fastidies.

Worth soltó una de sus sonoras carcajadas y todo el SUV se agitó con sus exagerados espasmos.

—Pues ahí lo tienes. La mitad de la humanidad está chalada; y así nos va al resto, los que somos medio normales.

—Arranca, por favor —murmuré.

En apenas unos minutos nos encontrábamos en un área de esparcimiento maravillosa, situada junto al lago. Apenas había vegetación —unos árboles salpicados aquí y allá— y el terreno era llano, de modo que la visión era clara y limpia. Me quedé muy sorprendido.

—Hoy hace mucho calor, no es festivo, y por eso apenas hay personas por los alrededores; además la gente prefiere ir

a las zonas mejor acondicionadas, donde hay restaurantes y embarcaderos. Una la tenemos justo enfrente —dijo el detective, señalando hacia un punto en el que en efecto había lanchas y pequeñas embarcaciones amarradas—, y la otra se encuentra un poco más al oeste, en esta misma orilla. Luego nos acercamos para que le eches un vistazo.

—Eso significa que en un día mejor y siendo fin de semana esto se pone atestado, ¿no?

—Exacto.

—Y a Emma, si no me equivoco, la encontraron un domingo de mayo.

—Sí, Ethan; por una vez no tengo que recordarte las cosas. Así fue.

El césped estaba un poco seco, algo

normal en pleno verano, de modo que crujió bajo el peso de mi cuerpo, mientras caminaba en dirección al agua. Sentí un pinchazo en la boca del estómago, esa señal que me ponía en alerta, que hacía que todos mis sentidos se desbocasen en busca de cualquier indicio.

—¿Dónde la dejaron? —pregunté, contemplando el lago, que casi pedía a gritos que me zambullese en él para mitigar el calor que mi traje *Hugo Boss* de lino y seda no conseguía expulsar de mi cuerpo.

Worth se alejó de mí y llegó hasta una zona un poco apartada de la orilla en la que se alzaban dos árboles que arrojaban una sombra amplia y densa.

Allí se quedó parado, señalando el suelo.

—Parece mentira, pero aquí fue.

Desde donde me encontraba podía ver perfectamente los pies del detective, y la carretera que rodeaba el lago no estaba mucho más lejos. Era un dislate haber abandonado allí el cadáver.

—No es posible. No se puede ser tan imbécil.

—Quizá tengas razón. Es lo que opinamos Olivia y yo, que el asesino no es tan idiota.

Me dirigí al encuentro de mi buen amigo. Una suave brisa, que llegaba con algo de humedad gracias al lago, me refrescó. Mientras caminaba le daba vueltas a lo anómalo del

comportamiento del asesino.

—La dejó aquí con toda la intención. Quería que la encontrásemos. Que alguien la encontrara pronto. No le importaba que se supiera que había muerto a martillazos —musité, una vez me hallaba justo en el lugar que tres meses atrás había ocupado el cuerpo sin vida de la señora Walker.

—No te quepa ninguna duda, Ethan. A primera hora del domingo una pareja de Spring Hill, que había venido a pasar un agradable día festivo, se topó con el horror. Creo que la mujer todavía sigue a base de tranquilizantes, y el hombre solicitó una excedencia de 6 meses. Hasta para los agentes de la oficina del sheriff de Miami resultó turbador,

imagina para esa pobre gente.

Me agaché y puse mi mano sobre la tierra. Allí apenas había vegetación y sentí la arena caliente, pese a que estaba protegida por la sombra. Me quedé en esa incómoda posición un buen rato, meditando, imaginando al asesino cargando con el cuerpo y dejándolo en ese singular emplazamiento.

—¿Sabes una cosa, Jim?

—Ni idea. Pero quizá intuyo por dónde vas...

—Yo tampoco soporto mirar esas fotografías de la señora Walker. Y sólo son fotografías. Las has traído, pero no quiero verlas. No hace falta. Tengo ese semblante deformado e irreconocible metido aquí —dije, señalando mi frente

—, y no sé cuándo podré quitármelo de encima.

—Cuando hayamos atrapado al animal que le hizo eso a la desdichada de Emma.

—Me gusta pensar que así será, pero albergo muchas dudas.

—El nuestro no es un trabajo para remilgados.

—El tuyo, Jim, el tuyo. Yo podría pasarme la vida sin salir de mi despacho, como la mayoría de mis colegas. Cuando recibimos un expediente y lo analizamos desde Quántico, a muchas millas de distancia de la escena del crimen, todo tiene un cariz diferente. Es como si una coraza de acero nos protegiese. Pero cuando

salgo de esa fortaleza y me implico de un modo directo estoy desnudo y no soy capaz de habituarme a la maldad, a la crueldad sin límites del ser humano.

—Comprendo. Mejor en tal caso pasamos de reexaminar las instantáneas —murmuró el detective, ocultando el sobre que las contenía tras su ancha espalda.

—No, Jim. Tenemos que hacer nuestra labor. Si he venido hasta aquí es para ayudar. Veamos esas fotos y saquemos conclusiones.

Nos pusimos a revisar el material que Worth había traído y a comparar las instantáneas con la zona exacta de Miola Lake en la que la señora Walker fue encontrada aquel domingo de mediados

de mayo. La vegetación era un poco más espesa, pero no lo suficiente como para ocultar un cuerpo de la vista de cualquiera que hubiera pasado con el coche por la carretera o, peor aún, que se hubiese acercado a ese lado de la orilla recorriendo alguno de los senderos de tierra bien delimitados. Podría jurar que aquella pareja fue la primera en llegar después de que dejasen el cadáver.

—¿A qué hora exacta la descubrieron?

—pregunté, como si el cuerpo aún siguiera allí y apenas se hubiera lanzado el aviso a la oficina del sheriff.

—Es un lío. Saben que salieron de casa temprano, a las siete. Desde allí hasta aquí, un domingo, en coche se tardan

sólo 20 minutos. Pero según ellos merodearon un poco eligiendo la zona en la que aparcar.

—Vale, pongamos que como muy tarde a las ocho de la mañana.

—Ethan, todo lo que vas a intentar calcular ya está en los informes —dijo el detective, con desgana.

—Ya, pero tengo que pensar. Tengo que pensar.

—Adelante...

—Y el sábado, ¿quién abandonó en último lugar este sitio?

—Un grupo de chavales dijo que pasó aquí la tarde, hasta bien entrada la noche. Pusieron música y bebieron algunas latas de cerveza. Se marcharon sobre las dos de la madrugada del

domingo.

—Eso le deja al asesino un margen muy estrecho.

—Sí. Apenas cuatro horas, a lo sumo.

—Emma desaparece el jueves por la noche y llega aquí, cadáver, entre las tres y las siete de la madrugada del domingo. Unas 55 horas en paradero desconocido...

—Menos. 54 según nuestras estimaciones. Pero vamos, tampoco vamos a pelear por una hora, y menos cuando estás calculando a ojo — murmuró Jim, dejando claro que le hastiaba mi comportamiento.

—¿Cuándo la mataron? —interrogué, sin hacer caso al tono de mi buen amigo.

—Mierda, Ethan. No está claro del todo.

La sangre estaba coagulada, pero el análisis forense no pudo determinar con exactitud la hora. Lo mismo pudieron asesinarla la madrugada del viernes que a lo largo de todo el sábado.

—¡Cómo! —exclamé, apabullado.

—La mantuvieron en una habitación con el aire acondicionado a mil. No presentaba signos de congelación, por lo que nunca estuvo en un arcón metida, pero desde luego la estancia en la que pasó el tiempo tenía que rondar los 55° Fahrenheit.

Los gritos de Juliet me sacudieron, como si estuviera a mi lado: «¡*No cerréis mi tumba!*».

—¿Has hecho ya el papeleo para la exhumación?

Worth se quedó con los brazos en jarras y durante un par de segundos oteó el horizonte, como si allá, a lo lejos, pudiera encontrar una respuesta.

—No tengo la menor idea de dónde tienes ahora mismo la cabeza, Ethan. Me cuesta seguirte.

—¿Has hecho el papeleo?

—Sí, joder, ya está hecho. Ahora nos toca esperar y rezar para que el juez y la familia no pongan pegas.

—Esa nueva autopsia va a ser clave, Jim. Lo sé.

—¿Hemos terminado aquí? Tengo ganas de que conozcas a Boyd y empiece a hacerse tarde.

—Dame un momento —musité, mientras regresaba a la carretera y desde allí

contemplaba a Worth, que seguía clavado en el lugar donde encontraron el cuerpo de la señora Walker.

—Y ahora...

—No había señales de que hubiesen arrastrado el cadáver, ¿verdad?

—No, Ethan. O la llevó alguien muy fuerte o la transportaron hasta aquí dos o más personas. No pudimos recoger huellas.

Recordé mi última salida de Quántico, hasta Montana, estado en el que un asesino en serie se cobró la vida de seis almas inocentes. Uno siempre anda buscando las semejanzas, las conexiones entre los casos en los que ha participado y los que ha estudiado con ahínco. La historia se repite, aunque con ligeros

matices, se repite una y otra vez.

—La dejó, volvió al coche y se quedó mirando desde donde estoy, más o menos —grité, para que el detective me escuchase con claridad.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es todo una escenificación. Todo. El sujeto estaba orgulloso de su obra y la quería admirar. También deseaba cerciorarse de que encontrarían el cuerpo a las pocas horas. Es repugnante.

Una melodía de moda rompió el silencio que se adueñaba del lago y Worth sacó con agilidad su celular. Mantuvo una breve conversación de tres minutos, que no pude casi oír, y nada más colgar vino a mi lado.

—Era Olivia. Le han dado un chivatazo. Es buena.

—¿Un chivatazo?

—Sí, está relacionado con Brianna Shaw, la supuesta mejor amiga de Emma. Ha quedado con un tipo en lugar discreto, cerca de Overbrook, un pueblecito no muy lejos de Topeka.

—¡Llámalala ahora mismo! —exclamé, muy exaltado.

—¿Qué mosca te ha picado? —inquirió el detective, encogiendo los hombros.

—Llama a Henderson y dile que cancele ese encuentro. No estoy de broma, Jim. Es una orden.

Capítulo XIV

Mi presencia en Kansas, una vez más, era una anomalía. Sólo una enrevesada maquinación burocrática urdida por mí y tolerada de mala gana por Peter Wharton permitía que un agente especial del FBI, jefe ya de una pequeña unidad, pudiera estar involucrado en la investigación de un único asesinato, que además no era de particular relevancia o no podía causar conmoción a escala nacional. Estaba fuera de las competencias del FBI, por más que el Departamento de Policía de Topeka hubiera solicitado de

manera formal nuestra colaboración. Como mucho alguien de Quántico hubiera echado un vistazo al informe y hubiera mandado de vuelta algunas impresiones, para ser corteses. En definitiva, yo no estaba en condiciones de ordenar nada a nadie, y menos a Worth. Pero él me obedeció.

—Está bien. Dame sólo un minuto. Cada día estás peor de la *azotea*, y mira que ya te conocí un poco *sonado* —masculló el detective, enojado.

—Gracias.

Jim telefoneó a Henderson y le dijo que tenía que cancelar el encuentro con el informador. Que en todo caso sería un tal Alexander Griffin, veterano detective de la oficina del sheriff del condado de

Miami el que se acercaría hasta Overbrook. La investigadora no se lo tomó nada bien; sin embargo aceptó las instrucciones.

—Listo... ¿Estás contento?

—Sí, Jim. Esa chica aún no está preparada, es muy joven y no quiero que corra más riesgos de los necesarios.

—Estás exagerando. Y, además, ¡es investigadora! Si hubiera querido una vida plácida sin problemas estaría en una oficina postal o respondiendo llamadas en un servicio de atención al cliente de *Verizon*.

—Dejamos el tema y visitamos por fin a Jackson Boyd, ¿vale?

Para terminar de empeorar las cosas al montarme en el SUV de Worth recibí un

SMS. Estaba claro quién lo enviaba. Lo leí con disimulo: «*Mi agente favorito, ¿vendrás a verme algún día?*».

—¿Quién es? —preguntó Jim, que no solía meterse en mis asuntos.

—Una amiga.

—Tú no tienes amigas, Ethan. Tú ni siquiera tienes amigos. Tom y yo somos lo más parecido a un amigo que has tenido en la última década. No me rehúyas, te lo ruego.

—Entonces no hace falta que te dé más explicaciones. Ya imaginas de quién se trata...

—Vera Taylor.

Al detective no le había costado acertar. Quizá no era tan complicado, pero tenía su mérito.

—Sí, es ella. Kansas es peor que el pueblo más pequeño de toda California. Aquí las noticias corren como la pólvora, por lo visto.

—No te acerques a esa mujer, Ethan. Sólo te traerá problemas, y considero que ya tienes bastantes. Céntrate en tu maravillosa mujer, Liz, y en el hijo que acabáis de tener.

Me dieron ganas de responderle a Worth que no estaba en condiciones de darme lecciones, que él vivía sólo, que no se había casado, que no tenía pareja y tampoco hijos. Por fortuna me mordí la lengua y comprendí que mi buen amigo sólo deseaba lo mejor para mí.

—No entra en mis planes.

—Hace un año...

—¿Sí?

—Hace un año nos topamos con ella, ¿lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo —admití.

—Vi tu expresión, aunque me pediste que olvidase el asunto. Estabas embobado, Ethan, paralizado como un memo. Hoy no puedo mantener la boca cerrada.

—Ya. Maravilloso, Jim. ¿Y qué se supone que debo hacer?

El detective arrancó y nos alejamos con parsimonia de Miola Lake. A través de la ventanilla miré hacia la zona en la que habían abandonado el cadáver de la señora Walker y una extraña melancolía me invadió.

—Borrarla de tu teléfono, bloquearla

para que no te lleguen ni llamadas ni mensajes y sacarla para siempre de tu cabeza. Eso es lo que tienes que hacer. Y no hace falta que te lo diga un tipo como yo. Lo sabes, Ethan, tú ya lo sabes.

Y claro que lo comprendía, pero ahí seguía Vera, como una espina clavada en un lugar escondido, muy recóndito, de mis entrañas. Era más sencillo plantear lo que era correcto que actuar en consecuencia. Mi armazón de racionalidad se derrumbaba ante Taylor, era como si hubiera encontrado un camino secreto hasta mi corazón, o hasta una zona de mi cerebro que no era controlada por mi sobresaliente intelecto. Me había convertido en un

juguete en sus manos y no deseaba hacer lo correcto, lo que me sugería Jim. Romper el lazo invisible que me mantenía unido a Vera era como romper muchos otros lazos que me unían a otros seres queridos, como mi padre. La mente humana es tan singular y tan compleja que establece asociaciones ridículas o imposibles de explicar. Lo que sentía por Taylor era inconcebible, pero no podía engañar a mi corazón, que se aceleraba cada vez que la recordaba, cada vez que la veía o cada vez que recibía un mensaje. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía poner en riesgo mi relación fabulosa con Liz por una mujer a la que apenas conocía y que llevaba una vida, cuando menos, atípica?

—Todo es tan complicado, Jim.

—No, no lo es. Nosotros enmarañamos las cosas. En realidad todo es mucho más sencillo, Ethan. Te metes en la boca del lobo y lo haces a conciencia. Yo sólo te estoy avisando. Ahora haz lo que te dé la gana.

Casi sin darnos cuenta estábamos llegando al final de Baptiste Drive, donde se cruzaba con la autopista 169. Giramos a la izquierda y nos metimos en Angela Street, que discurría por detrás de un centro *Walmart* y que más adelante servía de separación entre Paola Middle School y Paola High School. Era un lugar agradable para tener una vivienda, pues estaba rodeado de zonas verdes, tenías a dos pasos el sitio en el que

hacer la compra sin tener que desplazarte en coche y además no había muchos vecinos. Jim estacionó en el parking ubicado junto al campo de fútbol, que estaba circundado por una pista de atletismo, lo que hizo que me entraran ganas de ponerme a entrenar y de olvidarme de todo.

—Sabes en lo que estoy pensando — musité, intentando recuperar el buen clima entre los dos.

—Sí. Eres como un chiquillo. Ahora mismo te calzarías unas zapatillas de clavos y te pondrías a dar vueltas sobre el tartán, como si no tuviéramos cosas mejores que hacer.

Cruzamos una zona de césped, dejando a un lado las instalaciones deportivas, que

estaban sin vallar, algo que me sorprendió, y llegamos a Main Street, que pese a su pomposo nombre era una callejuela sin salida en la que se apiñaban una veintena de casas. La segunda, según se orientaba uno desde el *Walmart*, era la de Jackson Boyd. No podía ser más discreta. Lo cierto es que todas las de aquella vía lo eran, pero quizá la de Boyd se llevaba la palma. Era una construcción más que modesta, de una sola altura, pintada de un verde soso y rematada con unas ventanas de aluminio que le daban el aspecto de una de esas viviendas prefabricadas realizadas con chapa y aglomerado. El jardín estaba muy abandonado y sucio, y sólo un enorme árbol concedía a todo el

conjunto un poco de alegría y presencia.

—¿Y aquí es el lugar en el que reside ese conquistador? —pregunté, un poco en guasa.

—Sí. La casa es una cosa y el aspecto del tipo otra muy distinta. Tiene buena planta, pero creo que lleva toda la vida buscando una mujer que le sustente. Lo suyo no es trabajar duro. Ahora mismo no tiene empleo.

—Otro sin coartada —murmuré, asqueado.

—Sin coartada, que ha colaborado siempre y cuyo ADN no coincide con el hallado en la señora Walker. También pasó por el polígrafo. Vamos, como casi todos los sospechosos.

—Pero, según Audrey, nos ha mentado.

—O quizá la que nos ha mareado ha sido ella...

—Vamos —dije, con determinación.

Jackson Boyd era un tipo alto y bien parecido. Podía haber sido modelo o actor profesional, pero le gustaba demasiado *rascarse la barriga* y beber latas de cerveza delante del televisor como para someterse a una disciplina férrea. Su vivienda, fea por fuera, era un desastre por dentro. Una muestra de su personalidad errática y despreocupada. No me costó imaginarlo golpeando con un mazo a la señora Walker, pues era un individuo fuerte que podría dejar KO a cualquiera con un buen derechazo. Se notaba que estaba fuera de forma, pero su envergadura impresionaba.

Worth hizo su trabajo y estuvo repasando todo lo sucedido y lo que lo vinculaba al caso. Boyd, aunque cooperaba, mostraba que ya le teníamos un poco harto con tanto interrogatorio y con mantenerle en la lista de sospechosos.

—He hecho todo lo que está en mi mano, y me seguís molestando. Hasta los vecinos, que no son *hermanitas de la caridad*, me miran mal. He pensado en mudarme. Habéis tenido más de tres meses para atrapar al asesino de Emma y aún pensáis que he sido yo. Menuda mierda...

Observaba a aquel individuo rudo y un poco desaliñado y no podía concebir que tanto Audrey como Emma hubieran

mantenido un idilio con él. Pero a fin de cuentas no era el más indicado para dar lecciones a nadie, cuando yo mismo me ponía a temblar cada vez que recibía un mensaje de Vera Taylor. Somos seres imperfectos que buscamos el mejor modo de sobrellevar la existencia y de suplir nuestras carencias, aunque sea del peor de los modos.

—Ojalá, Jackson, ojalá te hubiéramos tachado hace tiempo, pero tu nombre sale una y otra vez. Nos vemos obligados a molestarte de nuevo —dijo con templanza el detective.

Boyd me miró. Supuse que para él la implicación de un federal en la investigación no era una noticia agradable. La luz ya apagada del

atardecer se colaba por una de las ventanas y le impactaba en la mitad del rostro. Podía no sólo apreciar sus facciones, también las variaciones en la expresión de su cara, por nimias que fueran.

—¿Mi nombre? —preguntó Jackson, como si fuera la primera vez en la vida que escuchaba esa palabra.

—Usted quedó con la señora Walker el día de su desaparición, y lo ha estado ocultando todo estos meses. Sólo alguien que tiene mucho que perder actuaría de esa manera —intervine, clavando mi mirada en el entrecejo de Boyd.

—¿Qué? ¿Quién os ha contado eso?

Antes de responder volví a repasar el

aspecto del salón. Había ropa sucia tirada por todas partes, latas de cerveza aplastadas haciendo una torre en peligroso equilibrio junto a uno de los sillones y revistas de fútbol y de béisbol esparcidas por toda la estancia. Estábamos en el hogar de un desharrapado.

—Mal, mala pregunta... —respondí, meneando la cabeza—. Ahora ya sé que lo que nos han dicho, y no tiene relevancia de quién se trate, es verdad. Boyd se dejó caer hacia atrás y se palmeó los muslos, como yo hacía en pleno invierno antes de comenzar a entrenar, para activar la circulación. Soltó un silbido largo y agudo, parecido a un aullido de lobo.

—Vaya. Todo se termina sabiendo. Soy un imbécil.

—Sí, Jack, todo acaba saliendo a flote, por mucho lastre que le pongamos encima —comentó Jim, casi como si se dirigiese a un amigo. Pensé que habían tenido que verse muchas veces desde el asesinato de la señora Walker. También, como en otras ocasiones, que el detective llegaba a mostrar cierta empatía con aquel individuo.

—Estoy jodido...

—Es una manera de expresarlo. Lo mejor para usted: no andarse con rodeos y contar la verdad —sugerí.

—No me vais a creer. Por eso mentí desde el principio. Todo olía mal y no me equivoqué. Y más pronto que tarde

lo más sencillo era endosarme a mí la culpa. Nadie va a salir a protestar ni a defenderme. No tengo un expediente intachable, aunque jamás me haya metido en complicaciones de las gordas. —Pruebe, señor Boyd —insistí, interesado en escuchar a aquel sujeto tan peculiar.

—Quedé con ella, pero en realidad ella no deseaba verme. Me costó convencerla.

—Siga, trate de recordar.

—Recuerdo todo como si hubiera ocurrido ayer mismo, ayer por la noche. Mira mi casa, ¿la ves? No era así. Yo no era así antes. Tampoco es que me preocupasen mucho la limpieza y el orden, pero de vez en cuando me doy

cuenta de que vivo en una pocilga, peor que el ganado. Y no me salen las fuerzas para ponerme a adecentar el salón. Ni siquiera cuando Jim me dijo que veníais me preocupé mucho. Sé la imagen que doy, y pese a todo aún sigo atrapado en esa maldita noche.

Jackson se había derrumbado. Su voz sonaba cargada de sinceridad y tenía que tirar de la cuerda para que *vomitase* todo de una vez, para que no escapase de allí sin soltar toda la verdad.

—¿Se siente culpable? —tanteé.

—¡Claro que me siento culpable! Joder, estoy hecho una mierda.

—Por...

—Porque creo que Emma seguiría viva si yo la hubiera convencido de que se

quedara conmigo aquella noche. A lo mejor sólo con un rato más hubiera bastado. Hasta que no descubran al culpable no lo tendré claro, pero lo que es seguro es que si no se hubiera largado de mi coche hoy seguiría con vida.

Boyd gimoteó un poco; sin embargo apretó los dientes y no nos montó un número. Supo rehacerse en apenas unos segundos.

—¿Dónde quedaron? —pregunté, para darle un poco de oxígeno.

—Muy cerca de su hogar. En el cruce de Mulberry Street con la calle 8. Allí habíamos quedado otras veces. Yo me ponía de los nervios, pensando en su marido y en los vecinos, pero a ella le encantaba correr riesgos. No le

importaba nada.

—Y, según usted, para qué quedaron...

—Para intentar arreglar las cosas. Ella había cortado por lo sano conmigo, y yo estaba loco por ella. Me había dado lo que ninguna otra mujer. Y no me refiero al sexo —comentó Boyd, como si Worth o yo estuviéramos contemplando semejante posibilidad—, es algo más profundo. Es la mujer con la que mejor me he sentido en toda mi vida.

—¿Mejor que con su hermana?

Jackson dio un respingo y se quedó petrificado un momento, pero de nuevo fue capaz de encajar el golpe como un boxeador curtido en mil peleas.

—Sí, mucho mejor que con Audrey. Esa chica tiene el cerebro hueco. Más hueco

que yo. Veo que la porquería está desbordando los sumideros y ya corre por las calles manchándolo todo.

—Es usted un poeta, señor Boyd. Siga con lo que ocurrió aquel jueves por la noche, por favor.

—Nos vimos sólo un rato. Tenía otra cita, pero no me dijo con quién. Yo me moría de celos.

—Y perdió los papeles —dije, con toda la mala intención del mundo.

—Quizá. No en el sentido que estás sugiriendo. Grité, golpeé el salpicadero y solté alguna palabra malsonante. Poco más. Ella me miró y me reiteró que todo había terminado y que lo mejor para ambos era no volver a vernos, nunca.

—¿Y ya está?

—Sí. Se bajó de mi coche y se perdió por la calle 8 en dirección a Main Street. Tuve la tentación de seguirla, de saber con quién había quedado. También tuve un mal presentimiento, como si supiese que podía ocurrirle algo malo.

—Y eso es debido a que posee poderes paranormales o existía un motivo racional —sugerí, con sarcasmo.

—¡Vete al diablo! —exclamó, no sin motivos, el señor Boyd—. Creo que ella misma estaba inquieta.

Pasé por alto la insolencia de Jackson y me centré en su última reflexión.

—Haga memoria. ¿Por qué pensó que estaba intranquila?

Jackson se quedó mirando hacia la ventana. Ya no entraba ningún rayo de

Sol por ella, pero aún no se había ocultado y lo más seguro es que la visión del crepúsculo le ayudase a recordar.

—Estaba fuera de mí y todo se vuelve confuso, una vez comprendí que quizá era la última vez que estaría con ella. Me maldecía. Pero comentó algo respecto a su cita; como que no se trataba de un nuevo escarceo, más bien de una cosa que tenía que hacer casi por obligación. Pensé que me mentía, que eran excusas para no hacerme más daño o para evitar que la siguiera hasta el punto de encuentro. No lo sé. Esa parte es la más borrosa. Estaba destrozado y ya casi ni la escuchaba...

Todos nos quedamos callados. Era como

si la angustia de Boyd nos hubiera contagiado a Worth y a mí. Intentaba reflexionar con cautela y no dejarme engatusar por aquel tunante que estaba acostumbrado a encandilar a las mujeres, casi seguro que a decenas de ellas en los últimos años. Pese a todo un palpito ridículo pero enérgico me indicaba que nos estaba diciendo la verdad, que se había sincerado y que una vez habíamos derrumbado la fortaleza que lo protegía se había rendido y había optado por la mejor opción: cooperar.

—¿Qué hiciste después? —preguntó Jim, al darse cuenta de que yo me hallaba en otro mundo, cavilando sin descanso.

—Regresé a casa y me emborraché. Aquella noche me zampé unas doce latas de cerveza casi seguidas y no cené nada. No tenía ganas de nada. Sólo de beber, hasta quedarme dormido. Fue lo que conseguí.

—Y luego, cuando por la tarde te interrogaron los agentes de la oficina del sheriff del condado mentiste. Es algo que no encaja en tu relato de los hechos, ya me comprendes —musitó el detective, que dio algunos golpecitos con sus nudillos sobre la destartalada mesa de Boyd.

—Es que ya sabía que Emma había desaparecido. Ya entonces me temía lo peor, lo peor...

Al fin la estancia se quedó a oscuras.

Sólo la tenue luz de una farola situada al término de la calle —Main Street era tan anodina como sombría— lograba a duras penas permitir que nos viésemos los rostros. Tampoco hacía falta un foco para adivinar la expresión del hombre deprimido que tenía delante.

—¿Cómo te enteraste?

—Me lo dijeron en el Walmart, un antiguo colega con el que trabajé. Estaba en la cola, comprando más cerveza para volver a emborracharme, y me comentó que *esa novia mía* —el tono de voz de Jackson se apagó— estaba desaparecida. Conoce a un poli de la oficina del sheriff que hay en Ottawa. De todas formas me hubiera enterado. Aquí casi todo lo que sucede sale a la

luz, como yo mismo acabo de comprobar. Que Emma se liara con cualquier fulano no era extraño, pero que no estuviera en casa por la mañana y que el viernes faltase al trabajo... Eso no era propio de ella. Cualquiera os lo puede decir. Era una imprudente y le ponía los cuernos a su marido sin descanso, pero con sus hijos se portaba bien y era una funcionaria ejemplar. Todos tenemos algún defecto. Todos.

—Ya. Y por eso no contaste la verdad desde el principio, ¿de acuerdo?

—Os lo he explicado. Sí, esa es la única razón. Me dije: van a señalarte. Pensaba que nadie nos había visto en el coche y desde luego nadie estaba al tanto de nuestra cita. Aún me pregunto cómo

diablos os habéis enterado. Pero me alegro, me alegro de haberme quitado este peso de encima. Ahora ya podéis llevarme detenido a Topeka.

—No —dije, de súbito, con autoridad—. De momento tendrá que esperar. Trabajamos mejor de lo que imagina, señor Boyd, y no vamos esposando a la gente sin motivo. Pero esté localizable.

—No pienso moverme de aquí. Podéis venir cuando os apetezca y poner la casa patas arriba, aunque no es que la mantenga ordenada. Sólo os suplico que me aviséis con antelación, para atenderos sobrio. Doy grima en estas condiciones, pero os aseguro que beodo resulta repugnante.

Me levanté y estreché la mano de

Jackson. Se merecía aquel gesto de cordialidad y afecto, por mucho que Jim me contemplase perplejo.

—Gracias por su colaboración. Gracias por no endilgarnos una sarta de embustes. Se acaba de hacer un favor, señor Boyd.

Worth se despidió de Jackson y fue corriendo hasta donde me encontraba, casi en mitad del campo de fútbol, desierto a esas horas de la noche. La pista de atletismo parecía desgañitarse rogándome que me pusiera a entrenar un rato, aunque sólo fuera para dar un par de vueltas a un ritmo moderado.

—Tienes muchas cosas que explicarme, Ethan. Salgo de la casa de Jackson más confundido que cuando llegamos. Y no,

no te pongas a rodar con unos zapatos italianos y un traje de chaqueta de marca.

Forcé una sonrisa. Pensé que podía quedarme en calzoncillos y correr descalzo, como hacían los keniatas, cuya técnica era envidiable.

—Boyd no mató a Emma, Jim — murmuré, ladeando la cabeza.

—¡Estás majareta! Ese charlatán, por el que siento un poco de lástima, te ha liado y no razones bien.

—No, Jim. Estoy más lúcido que nunca. Él no la mató. Me juego lo que quieras. Podemos tacharlo ya mismo de la lista.

Capítulo XV

Cuando llegamos a Topeka tanto Worth como yo estábamos agotados. El día había sido duro e intenso. Nos despedimos apenas con un gesto, señalando que en unas horas tendríamos que regresar a la pesadilla de dar caza a un asesino escurridizo que podía ser cualquiera y que podía no ser nadie de los que estaban en la lista.

Pese a que mi cuerpo pedía a gritos que me tumbase y le dejase conciliar el sueño, me acerqué hasta la habitación de Juliet para saber cómo se encontraba.

Por suerte estaba mucho mejor, con ganas de seguir aportando a la investigación y sin intenciones de regresar a Nebraska.

—Ya has hecho mucho. Me has preocupado —dije, de verdad inquieto por la salud de la médium.

—No seas tonto. Fue un desvanecimiento. Ya te comenté, cosas que suceden cuando tratas de recibir la energía de alguien que ya no se encuentra entre nosotros.

Parecía mentira que yo estuviera en aquella estancia, acompañando a una espiritista, a la que había solicitado ayuda, y mantenido una conversación distendida acerca de los efectos de la actividad paranormal. Un ateo descreído

de todo traicionando el empirismo y el raciocinio en pos desesperado de un indicio, fuera al precio que fuese.

—No tengo la menor idea, Juliet. No me dedico a estas cosas —musité, sonriendo— y tampoco confío mucho en ellas. Pero sí lo hago en la intuición, y tú la tienes muy desarrollada.

La médium me regaló una mirada complaciente y me puso la mano sobre el hombro. Me recordó a mi madre, cuando yo sólo era un chiquillo y deseaba hablarme sobre algún tema delicado.

—¿Intuición? Está bien, Ethan. Puedes llamarlo como quieras.

—Ya me conoces. Crees que vas a poder aportar algo más... —murmuré,

cambiando de tema.

—No lo sé. Quizá sí. Por eso no quiero marcharme. Me gustaría visitar la tumba de esa mujer y el lugar en el que encontraron su cuerpo sin vida.

—¿Estás segura, Juliet?

La espiritista me pasó su mano por el rostro, acariciándolo con suavidad. Algo en su interior se compadecía de mí. Yo tenía muy claro a qué se debía aquel afecto.

—Tengo algo de miedo, para qué engañarnos. La visión de esa pobre chica gritando dentro del ataúd no es agradable. Sin embargo siento que aún me necesita, que está dispuesta a manifestarse y a luchar por esclarecer su asesinato. El mensaje os ha aportado

algo...

—Vamos a exhumar el cuerpo y se le va a realizar una nueva autopsia. Es lo que hemos interpretado. Algo se le escapó al primer forense. Vendrá una compañera desde Quántico para aportar un enfoque distinto.

—Bien, me alegro. Ahora descansa, Ethan. Tienes que dormir. Y esto no te lo digo como espiritista, te lo aconsejo como psiquiatra.

—Genial. Entonces te obedeceré sin rechistar.

Cuando me tumbé sobre la cama mi cuerpo se rindió y hasta pasadas seis horas no volví a ser consciente de mi existencia. Había dormido de un modo profundo, sin sueños, sin apenas

moverme del sitio, vestido y con los zapatos puestos. Al despertar no me arrepentí de haber arrugado un poco los pantalones. Era un hombre nuevo.

Me cambié de ropa y salí a correr. Topeka se desperezaba y los coches comenzaban a circular por sus calles. El calor ya apretaba y auguraba una jornada terrible en la que las temperaturas, lo más probable, alcanzarían los 95° Fahrenheit. Echaba de menos a Liz, echaba de menos a mi pequeño y, también, echaba de menos el clima suave de Washington.

Al regresar al hotel vi que tenía una llamada perdida de Mark. Lo telefoneé de inmediato, aunque detestase que el sudor se secase sobre mi piel.

—¿Novedades?

—Lo de dar los buenos días lo dejamos para la gente de bien —respondió el forense informático, irónico.

—Disculpa. Voy con prisa y tú no sueles llamar al celular.

—Esta mañana han llegado los *cacharros* de la víctima de Kansas. Sólo quería que lo supieras. Y darte las gracias. Has hecho tu parte del trabajo. Sé que estas cosas son complicadas y me he llevado una sorpresa.

—Pues siendo sincero... yo también. Pensaba que tardarían más.

—Bueno, tengo que rellenar mil formularios y toda esa *castaña* que tanto me agrada, pero compensa.

—¿Crees que vas a sacar mucho del

Smartphone, el ordenador y la Tablet?
—inquirí, esperanzado.

—Lo normal es que así sea. Y estás de suerte, porque me va a echar una mano un tipo nuevo que se ha incorporado hace unos meses y que hace milagros con los aparatos. Al fin tengo a una persona cerca que me comprenda.

Mark era muy especial. No tenía la menor idea de a quién se refería, pero me importaba un bledo. La cuestión es que él se sintiera cómodo y no dejase por nada del mundo el FBI.

—¿Otro hacker que abandona *el lado oscuro* y se pasa al *bando de los buenos*?

—No, de esos vas a encontrar pocos. A ninguno le interesa cobrar estos salarios

a cambio de perseguir a *los malos*. Es un ingeniero informático que prefiere andar trasteando en los circuitos en lugar de pasarse horas metido en la intangible *Deep Web*.

—Entonces se complementa contigo.

—Sí, es casi lo que precisaba para ser perfecto —soltó Mark, entre carcajadas—. Ya estamos trabajando juntos en dos casos y le comenté lo tuyo. Como eres tan *famoso*, vete a saber el motivo, le hace ilusión implicarse en el asunto.

—Gracias. Seguro que me echáis una mano.

—Eso deseo. Pero no te hagas demasiadas ilusiones, ¿de acuerdo?

—Ya estoy brincando. Llegas tarde, colega.

Me despedí del forense, casi dando los saltos de alegría que le había dicho, y me metí a toda prisa en la ducha. Sólo media hora más tarde estaba en el Departamento de Policía de Topeka, desayunando de mala manera en una sala con Worth y con Henderson.

—Jim me ha contado que fue usted el que impidió que acudiese a la cita con el informador. No me hace gracia, agente Bush. Denoto cierto machismo en esa conducta y no lo esperaba de alguien con su reputación —me espetó la investigadora, apenas nos sentamos alrededor de una mesa para determinar nuestros siguientes pasos.

—¿Machista? —pregunté al aire, alzando los brazos primero y después

buscando la mirada huidiza de mi buen amigo, que a fin de cuentas me había delatado.

—Olivia, te puedo garantizar que Ethan tiene mil defectos, pero no es en absoluto machista. Es lo más alejado que conozco de un esperpento de esa calaña.

—Entonces... —musitó Henderson, esperando mis explicaciones.

—La quiero viva. Sólo eso. Necesita un poco más de experiencia. No quiera comerse el mundo tan rápido. Todo llega, y más cuando se es tan brillante.

—Ahora desea que me rinda a base de lanzarme cumplidos. Además, usted no me saca tantos años. Ya le he *googleado*, para que lo sepa.

—Hay muchas cosas que no aparecen en Google. Y son las más importantes, Henderson —dije, poniéndome serio, y con Montana *flotando* sobre mi cabeza—. Si le ruego que tenga paciencia es porque deseo que llegue muy lejos, y que no se caiga en una zanja mientras persigue el sueño de convertirse en alguien importante. Llámeme *padrazo*, si quiere, pero no me insulte y considere que soy un asqueroso machista. No lo soporto.

La investigadora buscó de nuevo la aprobación de Worth y este asintió. Al menos, además de chivarse, se ponía de mi lado y me echaba un cable para salir airoso del entuerto en el que me había metido.

—Está bien. Olvidado. No me termina de persuadir pero dejemos que rio fluya.

—¿Qué ha sabido de ese famoso chivatazo? —pregunté, para no dar más vueltas al tema.

—Brianna Shaw fue a la secundaria con el señor Walker. Se sentaban el uno al lado del otro, vivían cerca e iban a todas partes juntos.

—Fueron novios —sugerí.

—No, nunca, jamás. Y no por falta de ganas de Shaw. Connor le dejó claro que sólo era una amiga. Su mejor amiga, pero nada más.

—¿Y?

—Pues que comprendió la situación, se marchó a estudiar a Alabama, lo más lejos que pudo, y trató del olvidar a su

amor de juventud.

—Pero...

—Nada más enterarse de que Connor había contraído matrimonio con Emma regresó a Ottawa, alquiló una casa cerca de los Walker y se hizo amiga, la mejor amiga, de la víctima. Interesante, ¿verdad?

Henderson lanzaba de vez en cuando sonrisitas, como una niña mala que ha descubierto un secreto y disfruta revelándolo por episodios.

—Pues para una de esas series románticas que ponen por la televisión sí. No le veo más recorrido —manifesté, encogiéndome de hombros.

—A menos que la serie dé un giro dramático y alguien comente que el plan

de Shaw fue, casi desde el principio, eliminar a la que consideraba su rival, la persona que había ocupado su lugar en la historia. Ella tenía que haber sido la esposa fiel de Connor. Y no, resultaba que él se había casado con una adúltera descarriada que tampoco se preocupaba mucho de mantener un mínimo de decoro.

—¡Joder! —exclamé, casi de modo automático.

—Eso mismo me he dicho yo hace un rato —comentó Worth, guiñando un ojo.

—Aquí al final va a resultar que todos se cargaron juntos a la señora Walker.

—¿Ha leído usted *Asesinato en el Orient Express*, de Agatha Christie? —preguntó con malicia la investigadora.

—No, no he leído ese libro. Ni siquiera me suena. Por favor, no empecemos con las novelas y con las películas — mascullé, pensando en Mark y en su costumbre de relacionar los casos con libros, series o filmes.

—Vale, no le hago un *spoiler*. Pero vamos, que no deberíamos descartar esa posibilidad.

¿Todos participaron en el asesinato de la señora Walker? Un dislate, una teoría estrafalaria que además de inmediato obligaba a formular otra: *¿quiénes eran todos?* Los 24 del principio o los 6 de la lista reducida tras un análisis concienzudo. Lo cierto es que los seis tenían motivos y que ninguno contaba con una coartada sólida. También era

verdad que no había modo de inculparlos. Un jaleo que a primera hora de un caluroso día de agosto en Kansas me provocó un intenso dolor de cabeza.

—Nos falta ese Lucas... el compañero de trabajo —dije, intentando avanzar y ponerme al nivel del detective y la investigadora.

—Lucas Hicks —musitó Jim.

—Un tipo parecido al vecino, a Ross; enamorado perdidamente de la señora Walker pero despreciado por ella. Tuvieron un único encuentro, a principios de año. Se vieron en un motel a las afueras de Emporia, hicieron el amor y Emma al día siguiente, y es algo que sabemos a ciencia cierta, le dejó claro a Hicks que ahí había terminado su

fugaz idilio. Quizá no le gustó cómo funcionaba en la cama.

La manera de hablar, con desparpajo y un cierto humor negro, de Henderson me apabullaba. Worth tenía razón, y aquella chica llegaría lejos y yo estaba, por culpa de mis traumas, coartando su capacidad de actuar.

—Quiero verlos a los dos. He visitado a los otros cuatro y necesito, con urgencia, cerrar el círculo.

—Pues lo tenemos fácil, Ethan. Sólo debemos acercarnos a Ottawa y te vas a quedar asombrado. Hicks trabaja muy cerca del lugar en el que reside Shaw. ¿Salimos? —preguntó el detective, levantándose y cogiendo su chaqueta.

—¡Un momento! No os vais a librar de

mí de un modo tan sencillo. ¿Qué hago yo hoy? Es para no contrariar al agente Bush...

—Tenemos a Griffin dando tumbos por la zona, y eso ya va a levantar ampollas —recordó Worth.

Jim tenía razón y Henderson también. No podía dejarla fuera. No se lo merecía.

—¿Cómo va el tema de la nueva autopsia?

—Has tenido suerte —respondió el detective—. Mañana por la tarde si quieres se puede llevar a cabo. No sé si Liz podrá estar tan pronto...

—Estará. Eso déjalo de mi cuenta —dije, un tanto presuntuoso—. Pues entonces, Henderson, le toca

coordinarse con el detective Griffin y, desde aquí, sin salir de este edificio, haciendo llamadas o lo que se le ocurra, sacará toda la información que pueda de los otros cuatro sospechosos.

—¿Lo que se me ocurra? —preguntó la investigadora, agitando una de sus manos, casi con desprecio.

—Sí. Llame a los colegios en los que estudiaron, a sus colegas de trabajo, al tipo que les recoge la basura, a los novios que tuvieron en la escuela primaria o al vecino que les espía con un telescopio desde la casa de enfrente. También puede dedicarse a *googlearles*, como hace conmigo —repliqué, airado.

—Me minusvalora, agente Bush.

—Al contrario. La estimo tanto que no

quiero que se la juegue por ahí y nos la encontremos con un tiro en la nuca en una pista de tierra perdida entre los maizales, ¿comprende?

Henderson se me quedó mirando con los ojos muy abiertos y después soltó, entre dientes, una grosería que no pude entender. Jim me tomó del brazo y me arrastró hacia la puerta de la sala.

—Olivia, haz caso a Ethan. No te preocupes; pronto regresará a Quántico, nos libraremos de su estulticia y haremos lo que nos venga en gana.

Cuando nos metimos en el SUV del detective ambos nos echamos a reír, aunque por motivos bien distintos.

—Gracias por dedicarme tantos halagos y por quererme de un modo tan singular

—murmuré.

—Gracias a ti por despreciar a mi colega y tratarla como a una niña que se ha escapado del colegio. Te mereces eso y más, Ethan.

—Cuando todo termine, Jim, te explicaré por qué me comporto así. Ahora no, por favor.

—Cuando todo termine me dará igual. Nos tomamos una cerveza, brindamos por el éxito y nos olvidamos de estos días.

—De acuerdo. Salgamos para Ottawa. Me muero de ganas de conocer a Hicks y a Shaw.

En sólo una hora estábamos aparcando delante del ayuntamiento de Ottawa, un edificio aburrido, de dos plantas,

pintado de un apagado color anacarado y con unas extrañas columnas que en lugar de dar prestancia a la construcción la hacían parecer desfasada y obsoleta. La edificación, situada al final de la calle Hickory, en el cruce con la 1, también albergaba la biblioteca municipal y otros servicios para la comunidad. La entrada, acristalada, daba un poco de prestancia al ayuntamiento.

—¿Qué esperabas? —inquirió Worth, leyendo mis disquisiciones, como si las llevase escritas en la frente.

—No sé... —balbuceé.

—12.000 habitantes, no lo olvides, Ethan. Te acostumbras a Washington, a San Francisco o incluso a Phoenix y te

olvidas pronto de que estamos en el medio oeste.

Sí, allí estaba otra vez, en la *América Profunda*, ese término que tanto odiaba mi compañera Liz, porque estaba cargado de conceptos peyorativos para todos los que nos habíamos criado y residíamos en la costa oeste o en la costa este. Nosotros éramos los progresistas, los cultos y la clase alta; ellos los desarrapados, los paletos y los cafres conservadores que habían llevado a la Casa Blanca a un Presidente nefasto, analfabeto y palurdo. En mi añorada California sólo uno de cada tres votantes habían optado por aquel mequetrefe. No podía sacarme aquello de la cabeza, pese a que en mi vida

cotidiana, más allá de que hubieran cambiado al Director del FBI, con el que yo no me relacionaba, todo seguía igual. Pero no era lo mismo para millones de estadounidenses que precisaban de seguros médicos, ayudas y préstamos para sus estudios o personas que pertenecían a las minorías étnicas más agraviadas. Y por necio y egoísta que fuese aquello me afectaba, porque mi padre me había formado para contribuir a crear un país mejor. Y no lo teníamos. Era un desastre y los más débiles pagarían, pronto, las consecuencias.

—Tienes razón. Es la cuarta vez que pongo los pies en Kansas y aún no soy *uno de los vuestros*, y ya debería —

razoné.

—No vas a dejar de ser en la vida un *niño bien* californiano que estudió en Stanford; eso deja huella, aunque no tenga ni puta idea de lo que significa. Me conformo con que aceptes a la gente, mi gente, tal y como es y no vayas poniendo cara de asco cada dos por tres. ¿Serás capaz de hacerlo por mí?

Le di una palmada suave a mi buen amigo en la espalda, justo cuando cruzábamos la puerta del ayuntamiento de Ottawa, y le regalé mi mejor sonrisa.

—Por ti soy capaz de cualquier cosa, Jim. Siempre voy a estar en deuda contigo.

Siempre voy a estar en deuda contigo.
Sí, amigo, aquí estoy, escribiendo estas

memoria, que en parte tratan de rendirte homenaje, y aún sigo en deuda contigo. Ni las más de 9.000 toneladas soberanas de oro en manos de los Estados Unidos servirían para saldar esa deuda, que ya perdurará hasta el fin de los tiempos.

Mientras esperábamos a que Hicks nos atendiese yo le mandé un mail, muy cortés, a Liz, con copia a Peter Wharton, solicitando que al día siguiente se trasladase a Kansas City, donde un agente la recogería, para participar en la segunda autopsia de la señora Walker. Todo el papeleo estaba tramitado y sólo era cuestión de que mi compañera dejase su labor durante apenas 24 horas. Descansaría en el Capitol Plaza y por la mañana cogería el primer vuelo de

regreso a Washington. Usar el correo electrónico era lo más formal, pero también lo más cobarde. Informaba a Liz y a Peter al mismo tiempo y me ahorraaba tener que discutir con ellos hablando por teléfono. También me arriesgaba a que me mandasen a paseo y que la segunda autopsia la realizase el mismo forense que la primera vez, con lo que todo el jaleo que habíamos montado no serviría para nada.

—Ethan, espabila. Lucas nos aguarda en una pequeña sala de reuniones.

Worth tenía razón: yo estaba con la cabeza en otra parte. Deseaba jugar a todas las bandas posibles, como era mi costumbre, y estar al mismo tiempo con mi buen amigo, con Henderson, con

Mark, con Liz, con Juliet e incluso deambulando por los puebluchos de los alrededores de Ottawa en compañía de Alexander Griffin. Y es que en mi cabeza todo se apelmazaba y se confundía, hasta formar una madeja. Y de aquel ovillo yo tenía muy claro que saldría un nombre: el del culpable del asesinato de la señora Walker.

Una amable funcionaria nos llevó hasta una estancia modesta, con una mesa redonda para seis personas y una pizarra plástica en la que ya se apreciaba el paso del tiempo, pues en lugar de un blanco radiante mostraba las marcas, ya perpetuas, de incontables trazos de rotulador imposibles de borrar.

El detective saludó a Hicks con

cordialidad y le explicó qué hacíamos allí. Aquel tipo era un hombre con aspecto aburrido, sin apenas pelo, el cuerpo, espigado, un poco corvo, y el rostro casi ocupado por entero por unas gafas de pasta de cristal grueso sin tratamiento anti-reflejos que parecían sacadas de una tienda de baratijas de los años ochenta. No me extrañó en absoluto que la víctima hubiera rechazado las insinuaciones de aquel pobre diablo. Lo raro es que hubiera llegado a meterse en la cama con él.

—Me tienen harto. Di una muestra de ADN, he sido interrogado tres veces y he pasado la prueba del polígrafo. Creo que ya va siendo hora de que me dejen en paz. Estoy pensando en contratar los

servicios de un abogado —dijo el funcionario, nada más le concedimos la oportunidad de hablar.

—Es una investigación compleja, señor Hicks, y varias personas nos han indicado que usted estaba obsesionado con la víctima —razoné.

—Soy alguien solitario. Sólo eso. Emma me gustaba e intenté lo que otros muchos: quedar con ella. Lo conseguía en enero de este año. Ahí terminó todo. No tuve suerte.

—Fue un poco más insistente. Tenemos mensajes y testigos. Aquí mismo hay compañeros de trabajo que han declarado que usted montó varias escenas, un tanto bochornosas, suplicando a la señora Walker que

accediese a sus pretensiones. No aceptó su rechazo —apuntó Jim.

—Memeces. Emma gustaba a muchos hombres. A mí comenzaba a hacerme caso, otra vez. Existía alguna posibilidad de que se repitiese la noche mágica en Emporia y yo sólo trataba de convencerla. Lo demás son chismorreos sin fundamento.

—¿También los insultos que le dirigió por WhatsApp?

La pregunta que le formuló Worth dejó a Hicks noqueado. Durante unos segundos pareció regresar al pasado y estar reviviendo aquel breve idilio. Percibí que seguía enamorado de ella, que esa famosa noche en Emporia había sido una de las mejores experiencias de su vida

insípida.

—Seguimos con las bobadas. Acaso uno se convierte en asesino por perder los papeles un par de veces... Entonces vayan deteniendo a la mitad de la población del país. ¿Han entrado alguna vez en Twitter y han leído lo que allí suelta la gente? Empiecen a ahorrar en esposas, porque se van a aburrir de leer animaladas.

La actitud del funcionario era desafiante y hosca, muy alejada de lo que había esperado. Nunca me miraba a los ojos y sólo muy de vez en cuando se dirigía a Worth. La mayor parte del tiempo hablaba contemplando las paredes, mientras un tic hacía que su cabeza se balancease como un tentetieso.

—No está ayudando a que lo tachemos de la lista de sospechosos —comenté, tranquilo—. Todo lo contrario, su conducta resulta de lo más incierta.

—¡Váyase a la mierda, agente especial del FBI! Estoy cansado. Usted acaba de llegar, pero yo llevo con esto más de tres meses y no sabe lo que es que le señalen con el dedo, sin parar, y de un acto tan execrable. Estoy cansado. Muy cansado de ustedes. Hagan su maldito trabajo y encuentren al malnacido que mató a Emma. Aquí sólo pierden el tiempo.

¿Qué había podido ver la señora Walker en aquel individuo? No sólo me provocaba un rechazo indescriptible su aspecto físico, también su

comportamiento dejaba mucho que desear. ¿Siempre había sido así o el trauma provocado por el crimen le había afectado al carácter?

—Parece no comprender que no está en condiciones de decirnos lo que tenemos o no tenemos que hacer. Y también, parece, que le importa poco la impresión que pueda causar su actitud tan antipática —dije, en un último intento por hacerle entrar en razón.

—¿Tienen alguna orden?

—No. Es una visita de cortesía, y contamos con su colaboración —murmuró Jim, que ya se olía lo que venía a continuación.

—Pues punto final. Déjenme en paz. Tengo mucha faena y ustedes están más

perdidos que en mitad del Laberinto de Creta.

Lucas Hicks se levantó y abandonó la sala sin despedirse. Estaba irritado y ofendido. Aquel temperamento iracundo despertó todas las alarmas de mi olfato como agente de la Unidad de Análisis de Conducta.

—Simpático el chaval, ¿verdad? — preguntó el detective, socarrón.

Saqué mi Moleskine y subrayé varias veces el nombre del funcionario. A su lado escribí: *estudiar en profundidad*.

—Si ahora mismo tuviera que elegir a un culpable, Jim, me quedaba sin lugar a dudas con este impertinente. Pero las apariencias engañan y los dos somos profesionales —respondí, con

contención.

—No me engañas. Te ha sacado de quicio. Estaba deseando que lo conocieras. Ya ves que tenemos gente *encantadora* por aquí. Para que luego te quejes del resto.

—Ayer te dije que Boyd era inocente. Hoy te puedo garantizar que sí Hicks no lo hizo... al menos lo pensó, llegó a planificarlo. Ese tipo es un psicópata. Lo que sucede es que la mayoría de los psicópatas no son asesinos.

—¿Cómo? —inquirió Worth, como si acabase de salir de la academia y fuera un pipiolo que aún no ha tenido contacto con la cruda realidad de las calles.

—Lo que escuchas. Que uno no sienta empatía por los demás no le convierte

en un despiadado homicida. Es un tipo que puede llegar a ser peligroso, un manipulador, un mentiroso sin remordimientos... pero la gran parte ni llegan a hacer uso de la violencia física en toda su vida.

Me quedé esperando delante de la portezuela del copiloto del SUV del detective, pero él me hizo un gesto, como animándome a seguirle.

—Emma venía muchos días en coche, pero otros lo hacía dando un paseo de media hora. Su casa está a una milla y media. Si bajamos por Cedar Street hasta el cruce con la 9 nos toparemos con la casa de Brianna Shaw.

Hacía cada vez más calor, pero la idea de hacer el mismo recorrido que la

víctima me sugestionaba. Fui corriendo hasta donde se encontraba Jim, antes de pensármelo dos veces.

—Venga. Llegaremos empapados de sudor pero habrá merecido la pena.

—Tú llegarás sudando —murmuró el detective, riendo—. Yo estoy en mi salsa.

—Por cierto, el cruce con la 9... ¿Todos los sospechosos vivían en las inmediaciones del hogar de la señora Walker?

—Bueno, de la lista de 24 que dejamos reducida a 6 nada menos que 4 sí cumplen con esa premisa. Pero Audrey vive en Baldwin City y *tu amigo* Boyd reside en Paola. Aun así están muy cerca de aquí. Tampoco es que Ottawa sea

Nueva York, claro.

Paseamos con parsimonia por Cedar Street, que era una calle tranquila, con bonitas casas rodeadas de jardines mimados con esmero y árboles altos y frondosos que nos permitieron escapar del Sol de mediodía que amenazaba con derretirnos. La última vez que había abandonado Quántico para participar de forma directa en una investigación había sido para viajar a finales de otoño hasta el gélido y despoblado estado de Montana; el contraste no podía ser más brutal.

Al alcanzar el cruce con la nieve a nuestra izquierda se abría una zona de césped espeso y bien rasurado; sin embargo el detective me indicó la casa

de enfrente, que era una construcción moderna, de madera, en cálidos tonos verdes y con un enorme porche, en el que podía imaginarme sentado leyendo el periódico junto a Liz y con nuestro pequeño correteando con los amigos.

—Esto es lo bueno de vivir en estos lugares, Jim. Por el precio de un apartamento minúsculo en Washington aquí tienes una preciosa casa — comenté, como si alguna vez fuera capaz de dejar de ser *carne de gran ciudad*.

—Al final acabarás pidiendo el traslado a Kansas y seré tu jefe. Entonces sabrás lo que es que te aprieten las tuercas — replicó, entre carcajadas, mi buen amigo.

Pero no, jamás pedí un traslado y aquí

llevo ya más de dos décadas, en Washington, casi como si me hubiera criado entre Maryland y Virginia desde que nací. Poco queda en mis entrañas del chaval californiano que añoraba el viento del Océano Pacífico, la ciudad en la que reinaba la tolerancia o el Valle, donde había estudiado mi grado en psicología, en el que se gestaban las ideas más increíbles del planeta.

—Quizá algún día.

Encontramos a Brianna Shaw en casa. Era una mujer alta, que vestía con gusto y que llevaba el cabello como si hiciera sólo un rato que se lo hubieran arreglado en la peluquería. Pero su hogar olía a soledad y su rostro reflejaba una ira contenida, una medida frialdad que me

hizo recelar desde el principio. Worth jugó su papel de poli bueno, y como al resto de sospechosos le explicó los motivos de la visita, de mi presencia en Kansas y de vernos obligados a importunarla de nuevo. Shaw, de un modo increíble, parecía disfrutar con todo aquello. Me dejó pasmado.

—En el fondo estoy encantada de poder ayudar. Emma era mi mejor amiga y hasta que no encuentren a su asesino no descansaré.

El detective repasó su expediente y los muchos indicios que la señalaban. Eso sí, me dejó la mejor parte: el descubrimiento que había realizado Henderson de que de adolescente había estado enamorada perdidamente del

señor Walker. Aguardé mi turno con paciencia.

—No es bonito acosar a través de la Redes Sociales a la que señalas como *tu mejor amiga* —musitó Jim, mostrando una carpeta que contenía un rastreo de la actividad de Shaw en La Red.

—Estaba enojada. Nada más. Me comporté como una chiquilla, lo reconozco. Pero eso lo hace mucha gente.

—Sí, algunos adolescentes. Pero señora Shaw, usted ya ha cumplido los cuarenta. No es lo que se espera de una mujer sensata, ¿verdad? —preguntó Worth, alargando mucho la pronunciación de la última palabra.

—Quizá no he madurado lo suficiente.

Quizá me quedé anclada en los dieciséis años —respondió, empleando un tono casi veleidoso.

Jim me había dejado en bandeja usar nuestro *as en la manga*. Después de media hora de charla había llegado el momento de apostar alto.

—Y Connor, ¿qué tiene que decirnos acerca de él?

Mi pregunta la dejó muda durante un instante. La risa forzada y los ademanes estudiados se desvanecieron y surgió, de la nada, el rostro sobrecogido de quien no ha calculado bien su estrategia.

—Agente Bush, ¿no?

—Exacto.

—No llego a comprender del todo...

—Sí, Brianna —murmuré, tuteándola—.

Ha entendido demasiado bien, tanto como para quedarse petrificada. Tenemos dos opciones: nos cuenta usted la verdad o lo hacemos nosotros.

—¿La verdad?

Shaw se llevó las manos a las mejillas y las mantuvo en esa posición forzada casi medio minuto. Estaba montando una historia, estaba buscando una escapatoria que le dejase en buen lugar. Yo le permití aquel ejercicio, porque su rostro me indicaba mucho más que cualquier cosa que pudiera decir.

—Sí, la verdad, Brianna —musité, al fin.

—Ya se han enterado. Sí, estuve enamorada de Connor. De eso hace mucho tiempo. Como ha dicho el

detective Worth ya he cumplido los cuarenta. No soy una muchachita.

—Hace sólo unos minutos ha comentado que quizá se quedó clavada en los dieciséis años. A veces eso es lo que pasa, que uno se queda atrapado en un instante de su vida y no es capaz de avanzar, de escapar de él —reflexioné, pensando en mí mismo, en la muerte inhumana de mi padre y en la ciudad de San Francisco.

—Me he explicado mal.

—No. Lo ha hecho genial. Ya ha cometido un delito: acoso en Internet. No es bonito. En el FBI estudiamos mucho esos comportamientos, y en más ocasiones de las que se imagina la gente pasa del mundo virtual al real. Y acaba

perpetrando un crimen...

Shaw ahogó un grito y de nuevo, con aquellas gesticulaciones medidas, se llevó las manos al rostro. Deseaba expresar pavor, pero en el fondo yo sólo veía a alguien realizando un espectáculo.

—Está sugiriendo que yo... ¡No es posible!

—Deseo descartarla. Mi colega también. ¿Qué hizo la noche de la desaparición de Emma?

—Ya lo saben. No tengo coartada. Estuve aquí sola, leyendo y perdiendo el tiempo hasta la hora de cenar. Me acosté pronto y al día siguiente ya medio Ottawa sabía que Emma había desaparecido. Eso es todo lo que puedo

contarles.

—¿Nada más? —inquirí, seguro de que me mentía. Aquella mujer me estaba mintiendo porque sus ojos me lo indicaban, porque sus manos me lo indicaban, porque sus labios me lo indicaban y porque todo su cuerpo me lo estaba gritando a voces.

—Nada más. Me duele mucho la cabeza. Pueden hacer el favor de abandonar mi propiedad...

Yo salí casi a escape. Yo también sufría una cefalea, aunque los motivos eran distintos. Worth se quedó cinco minutos en el interior de la casa. Lo oí hablando de un modo taimado en el interior, pero aguanté afuera y supe apaciguar mi ansiedad.

—Ya has tenido que fastidiarla. La tenías ahí, acorralada, y no le has dado un respiro —dijo el detective, cabreado, mientras regresábamos caminando por Cedar Street en busca del SUV.

—Sí lo he hecho, Jim. Lo que sucede es que nos estaba engañando, nos engañaba sin que se le moviese un pelo de su cuidado cabello. Se estaba riendo de nosotros en la cara y no lo podía pasar por alto.

—Cada día te pareces más a Juliet. Hablas más de percepciones que de hechos claros e irrefutables. Salimos con las manos vacías.

—No. Salgo con la certeza de que esa mujer nos miente. Lo que no tengo claro es qué trata de ocultar.

—Genial. Dos visitas esta mañana y según tu *sexto sentido* tenemos a dos asesinos, ¿me equivoco?

El calor era ya insoportable. El Sol estaba en el cénit de aquella jornada y la sombra de los árboles era escasa. Además la brisa nos llegaba de espaldas, por lo que no servía para refrescarnos. Me iba a dar una lipotimia en cualquier instante.

—Estoy agotado. Lo mejor es que regresemos a Topeka y pongamos en orden las ideas.

Llegamos al Departamento de Policía y empleamos un panel de corcho para ir poniendo en folios los nombres de los sospechosos. En el centro se situaba el de la víctima. Intentamos, con no

demasiado éxito, hacer una reconstrucción de los hechos, partiendo del jueves por la noche, momento en el que la señora Walker sale de su hogar, saluda a su asqueroso vecino Hunter, algo que sí encajaba, y va al encuentro de Boyd. Según él después ha quedado con otra persona y ahí se le pierde la pista.

—Hunter no puede ser, porque ha sido sincero. Ella subió por Mulberry Street para verse con su examante —musitó Worth, rascándose el mentón.

—O no. Nos cuenta eso, porque intuye que es el recorrido que va a seguir, cuando en realidad la está esperando al noroeste de la ciudad —repliqué.

—Entonces estás dando por bueno el

testimonio de Boyd, y quizá todo sea una patraña. A lo mejor se pelearon en el coche, la cosa se le fue de las manos, dejó inconsciente a Emma y más tarde le destrozó el rostro.

—Y el escenario más surrealista. Ambos dicen la verdad y un tercero, Audrey, Connor, Shaw o Hicks, había quedado con ella y fue el que la asesinó —dije, golpeado con mi bolígrafo la mesa de reuniones.

—¿En serio te imaginas al señor Walker haciendo esa salvajada?

—No, me cuesta mucho. Pero tampoco veo a Audrey o a Brianna matando a martillazos a su hermana o a su amiga, conservando el cuerpo en sus casas y, después, trasladándolo sin ayuda de

nadie hasta Miola Lake, donde lo encontraron.

—¿Lucas Hicks? —preguntó el detective, señalando con su dedo índice el papel en el que habíamos escrito a mano su nombre.

—Ahora mismo es el que mejor se acopla al relato. Y además es un cretino de los que ganarían un primer premio entre millones de imbéciles —respondí, meditabundo y poco convencido.

—Toca investigarlo a conciencia.

El silencio se adueñó de la sala, como si mi buen amigo y yo estuviéramos rumiando con cautela aquellas hipótesis. No habrían transcurrido ni cinco minutos cuando Henderson irrumpió, de manera abrupta y con el pelo revuelto. Parecía

recién llegada de una zona de conflicto.

—Vamos a tener que solicitar a Ross que nos facilite una muestra de ADN. Hasta ahora se había negado, pero ya no le va a quedar más remedio.

Worth me miró, estupefacto, y después se dirigió a la investigadora.

—Olivia, nos haces el favor de explicarte...

Henderson tomó asiento y dejó una fotografía sobre la mesa. Las manos le temblaban y algunas gotas de sudor le perlaban la frente.

—El detective Griffin, que la verdad está siendo un gran compañero, ha estado esta mañana visitando primero a Audrey Ellis y después se ha acercado hasta el taller de Hunter Ross. Aunque

ya lo habíamos inspeccionado el muy bobo ha cometido un error garrafal, imagino que porque piensa que somos imbéciles.

—Al meollo —dijo Jim, exasperado.

—Ha encontrado un martillo junto a otras herramientas con unas manchas de lo que, a primera vista, parecía sangre. Ya os puedo confirmar que lo es. Aquí tenéis una imagen. Lo he mandado a analizar con la máxima urgencia. Creo que hemos finiquitado el caso.

Capítulo XVI

Aquella tarde-noche fue un caos. Entre preparar la autopsia del día siguiente, confirmar la llegada de Liz, meter prisa a los analistas para que nos aportasen conclusiones en tiempo récord, mandar a dos agentes y a un investigador a recoger la muestra de ADN de Ross y realizar mil gestiones asociadas a todo ese jaleo se nos echó encima la madrugada. Worth decidió, cuando comprobó que todos estábamos rendidos, que era mejor dejarlo por unas horas y que pudiéramos descansar un

rato. Estaríamos más lúcidos.

Cuando llegué al hotel no pude dormir nada. Mark me había enviado varios correos poniéndome al tanto de su trabajo con los dispositivos de la señora Walker, aunque aún no tenía nada definitivo o interesante. Me volqué en mi *Moleskine* y puse por escrito todas las ideas que se me pasaban por la mente, que eran muchas y desde las más lógicas hasta las más alocadas. Cuando amaneció tenía la sensación de haber invertido sólo una hora desde que Jim me había dejado en la puerta del Hall. Desayuné con ganas y antes de regresar al Departamento de Policía fui hasta la habitación de Juliet, para darle las gracias y rogarle que regresase a

Nebraska. Ya no nos hacía falta su colaboración y tampoco deseaba robarle más tiempo.

—¿Habéis dado con la mujer? — preguntó la médium, tras aceptar que era posible que ya no pudiera aportar nada nuevo.

—¿Cómo? ¿De qué mujer me estás hablando?

Juliet me miró, sorprendida. El que estaba confundido era yo, porque la pregunta de la espiritista no tenía ni pies ni cabeza.

—No lo sé, Ethan. Me has dicho que el caso está casi resuelto y he imaginado...

—Ya, Juliet, pero el sospechoso es un hombre. El vecino de la señora Walker, ¿comprendes? Y tú, de repente, me

hablas de una mujer. Nunca me habías comentado nada sobre una mujer; de hecho jamás habías dado detalles sobre el asesino —musité, tratando de no desquiciarme.

La médium me posó la mano sobre el pecho, de esa forma tan espacial con la que solía hacerlo, como si fuera una amiga de toda la vida o un familiar cercano.

—Ha sido un sueño, de esta misma noche. Emma sigue atrapada en el ataúd, sin poder descansar, sin rendirse. Esta vez no gritaba aquel horrible «¡No cerréis mi tumba!».

Tenía ganas de correr, deseaba alejarme del hotel y ponerme a departir con personas sensatas que no me hablasen de

muertos que chillan desde sus sepulturas. Pero yo había recurrido a Juliet y ahora me tocaba escucharla.

—Ya, entiendo. Y qué es lo que decía...

—Suplicaba que la encerrásemos. Que la metiésemos entre rejas y que le hiciéramos justicia. Ethan, hablaba en femenino, no en masculino. Quizá sólo era una pesadilla de una mujer ya mayor que empieza a desvariar, que no sabe ni lo que se dice.

Me encargué que los del Capitol Plaza hicieran todas las gestiones para que Juliet pudiera dejar la habitación y regresar a Nebraska sin más dilación. Pese a ello, mientras recorría la Avenida Kansas dando enormes zancadas no dejaba de pensar en aquel sueño de la

médium y en lo que podía suponer. Hubiera necesitado una ráfaga de aire fresco para despejarme, pero a primera hora de aquel día el viento brillaba por su ausencia y ya hacía un calor insoportable.

Cuando me metí en la sala de reuniones la encontré atestada: no sólo se hallaban allí Worth y Henderson, también estaba Griffin, dos agentes del Departamento de Policía de Topeka, el sheriff del condado de Franklin y el ayudante del sheriff del condado de Miami. Todos estaban dispuestos a poner toda la carne en el asador con tal de resolver por fin un caso que los llevaba de cabeza más de tres meses.

Me enteré de que Hunter Ross estaba en

un calabozo, por precaución, y que los analistas de Kansas City habían asegurado que aquella misma tarde tendríamos resultados tanto del ADN encontrado en la vagina de la señora Walker como de la sangre que teñía el martillo requisado en el taller mecánico. Aquello me sonaba a serie de ficción de la CBS, pero en 2018, si se dedicaban los recursos necesarios, era posible lograr aquella proeza. Parecía, como tantas otras veces, que todo se aceleraba, que la montaña rusa en la que me había montado había dejado de ascender con parsimonia y ya me deslizaba a toda velocidad por los *loops* y los *rolls* más espeluznantes.

Después de una hora en la que apenas

podía seguir el curso de todo lo que comentaba Worth, aunque para mi sorpresa el resto asentían con normalidad, los agentes, Griffin, el sheriff y el ayudante del sheriff se largaron como alma que lleva el diablo y nos quedamos a solas mi buen amigo, la investigadora y yo.

—Juliet ya está camino de Nebraska — musité, como si aquello fuera relevante.

—Genial. Era en eso en lo que pensabas, Ethan... Porque apenas me has prestado atención —dijo Jim, echándome una pequeña reprimenda.

—Sí, pensaba en eso. Me ha hablado de una mujer. Ha tenido un sueño y según ella la persona que mató a la señora Walker es una mujer.

Henderson no pudo contener la risa, aunque un gesto contundente del detective la atajó de inmediato.

—Tienes que estar de broma. Y si es una broma, tal y como están las cosas, es de muy mal gusto.

—No, no es una broma, Jim. Ojalá — repliqué.

—¡Maldita sea! La culpa la tengo yo...

Worth golpeó con rabia el tablón de corcho y todos los folios sujetos con chinchetas se agitaron al unísono. En efecto, él me había animado a ponerme en contacto con la espiritista.

—Podemos pasar de ese comentario. En unas horas tendremos los resultados de la autopsia y los análisis del ADN. Ninguna médium me va a volver loco a

estas alturas —murmuré, inseguro.

—Agente Bush, ¿y luego soy yo la pipiola que corre peligro y que necesita más experiencia? —inquirió Henderson, cruzando los brazos, a la espera de una respuesta coherente.

—Esa mujer, Juliet, es un tanto peculiar —respondí, en voz baja—. Por suerte y por desgracia ya me ha asombrado en el pasado. Pero no siempre acierta, de modo que dejemos que los profesionales, es decir, nosotros y nuestros colegas, determinen quién es el culpable. Aun así, le tenía que contar a Jim el sueño de la médium.

Siempre el teléfono móvil acudía en mi auxilio en los momentos más comprometidos. Mark me llamaba y eso

era importante. Hice un gesto para indicar que por favor me dejaran escuchar con atención.

—Walker se comunicaba en secreto con un celular.

—¿En secreto?

—Sí. Joder, y lo hacía de un modo bastante rudimentario. Pero sin la colaboración de mi nuevo colega no hubiera dado con ello. Cada día que pasa soy más torpe.

—Deja de lloriquear y cuéntame —dije, en un tono seco y directo.

—Empleaba un *launcher* para ocultar la aplicación, Telegram, muy similar a WhatsApp pero, digamos, más discreta y segura. Luego ese *launcher* lo tenía oculto desde el propio panel de

configuración de Android. Mierda, cualquier hacker de 13 años sabría hacer esto, y me la han colado.

Mark estaba cabreado, pero a mí me importaba un bledo su orgullo y lo que deseaba conocer era qué narices había logrado.

—Genial. Cuando regrese a Quántico te pago un curso acelerado en Rusia para que te pongas al día, allí hay gente muy buena. Ahora dime de una vez qué habéis descubierto.

—Poco y mucho...

—Me quieres volver loco, ¿no?

—Los mensajes están encriptados, y otros han desaparecido. Telegram permite esa función. ¿Te suena Snapchat?

—No, Mark, no tengo ni idea. Ni siquiera uso un maldito iPad, ya me conoces, tengo un Smartphone casi por obligación y gasto al año decenas de libretas. Deja de marearme y céntrate.

—Bueno, pues muchas de las conversaciones ya no existen y no las podremos recuperar. Otras sí, pero nos va a llevar algo de tiempo descifrarlas.

—Bien...

—El otro teléfono lo estamos rastreando. Es complicado, muy complicado. Pero es de alguien de Ottawa, o por lo menos que pasaba allí mucho tiempo. Ya sabes que las compañías no nos lo ponen fácil, y además está el tema del uso, que

dificulta el posicionamiento.

—¿El uso? —pregunté, confundido.

—Ya hemos tratado este tema varias veces. Deberías ser un experto.

—Pues no lo soy. Borro la información que ya no me sirve. Ni me acuerdo de la mitad de los casos que he llevado en los últimos cuatro años...

—Cuando alguien llama o manda un mensaje emplea varias antenas, o una muy cercana indica que la señal es potente. Pero cuando el teléfono está sin actividad es complicado saber dónde se encuentra con exactitud, porque sólo manda una débil señal para indicar que sigue encendido. Por último, si lo apagamos o, peor, lo destruimos, no hay manera de localizarlo.

—Y todo esto nos lleva...

—A que Walker mantenía conversaciones secretas con alguien, desde dos o tres meses antes de su asesinato. Es decir, que contactó con esa persona en febrero de este año.

—Interesante —murmuré, aunque necesitaba más, mucho más.

—Y que ese celular, el de nuestro *desconocido*, aunque no tenía actividad, se encontraba el domingo de madrugada en la zona de Miola Lake, en sus proximidades.

—¡Cómo! —exclamé, sobresaltando a Worth y a Henderson, que intentaban seguir el hilo de mi conversación.

—Ya ves. Mucha casualidad, ¿no?

—Ninguna, Mark. Mueve cielo y tierra.

Tienes mi autorización. Habla con Peter, al que ya mismo estoy mandando un mail, y consigue descubrir de quién diablos es ese teléfono móvil. Y trata de saber qué se decían por... ¿Telegram?

—Sí.

—OK. Pues qué se decían la señora Walker y ese sujeto misterioso.

—Estamos en ello, Ethan.

Me despedí de mi colega del FBI. El corazón me latía desenfrenado y tuve que tranquilizarme para recuperar el aliento. Mi buen amigo y la investigadora aguardaron, y les conté todo como pude, pues yo no era un genio de la tecnología, todo lo contrario.

—Quizá ahí tengamos a Ross. Chantajeaba a Emma y bien pudo

ingeniar un sistema para ocultar su extorsión —planteó Henderson.

—O es alguien que no hemos contemplado. O peor, que se encuentra en el listado original de 24 sospechosos que teníamos cuando Ethan llegó aquí —dijo Worth, mirándome.

—No tengo ni idea, Jim. No quiero especular. Sigamos trabajando, sigamos en contacto con todo el mundo y esperemos los resultados de los múltiples análisis forenses.

Al cabo de una hora pude ver a Liz, pero sólo nos dimos un beso y nos abrazamos. Debía estar presente en la segunda autopsia de la señora Walker y por la noche tendríamos tiempo para hablar. Había traído consigo una cámara

muy extraña.

—¿Qué es eso?

—Me lo ha dado Mark. Es para que tome fotografías del rostro de la víctima. Dice que con un programa puede saber si el martillo es el que buscamos y cuántos golpes, más o menos, recibió.

—Terminarán haciendo todo nuestro trabajo los ordenadores —reflexioné en voz alta.

—No. Los ordenadores acabarán siendo muy inteligentes, pero carecerán de algo muy especial que los seres humanos poseemos.

—¿Qué?

—Intuición.

Al regresar a la sala en la que estaban Worth y Henderson trabajando pensé en

Juliet, pensé en ella gritando *¡No cerréis mi tumba!* y en la pobre Emma.

Comimos unos sándwiches fríos y nos dedicamos a ir recibiendo noticias de los agentes y detectives que estaban trabajando por todo el área comprendida entre Ottawa y Paola. Las manecillas del reloj avanzaban muy despacio, y nuestra paciencia fue puesta a prueba, hasta límites insospechados. Nos sentimos unos inútiles en mitad de la vorágine.

A final de la tarde llegaron los resultados de los análisis de ADN realizados, en tiempo récord, en el laboratorio de Kansas City. El esperma en la vagina de la señora Walker era de Hunter Ross y el martillo encontrado en su taller estaba plagado de sangre de la

víctima. Hurra.

Sin embargo, ya por la noche, mientras acorralábamos al mecánico e intentábamos sacarle una confesión, Liz llegó al Departamento de Policía para adelantarnos alguna de sus conclusiones tras la autopsia. Según su opinión, las relaciones habían sido consentidas y el ADN hallado en el cuerpo de la señora Walker no era relevante. Y, lo más importante, lo que hacía descarrilar el caso, es que la persona que había golpeado a Emma hasta destrozarle el rostro no era alguien fuerte. Tenía que tratarse de un hombre débil o de una mujer. Esa era su opinión, aunque necesitaba tiempo para darnos un informe más detallado.

Cené en el hotel con Liz. Fue un poco desagradable. Ella estaba enfadada conmigo, con mi comportamiento, con el hecho de que la hubiera dejado sola en Washington con nuestro pequeño de sólo unos meses y con mi manía de regresar, una y otra vez, a Kansas.

—Sé lo que pasa, Ethan. Lo sé.

—No te entiendo.

—Me entiendes, pero prefieres comportarte como un estúpido.

Capítulo XVII

Al día siguiente me despedí de Liz, que tenía que regresar a Washington. Seguía de malhumor y yo no encontré el modo de apaciguarla. Era muy lista y yo un necio.

Llegué hasta el Departamento de Policía de Topeka dando un paseo suave. El calor nos concedía una tregua y aquella mañana el cielo estaba un poco nublado y una brisa que descendía del norte refrescó la ciudad. Worth ya estaba metido en una sala con Hunter Ross, explicándole la situación y casi

rogándole que se dejase de marear la perdiz y que confesase. Cuando me incorporé los dos se encontraban extenuados.

—Hunter, cuenta lo que sabes. Ya nos mentiste una vez. Hazte un favor —dije, en un tono agradable.

—Llevo desde ayer repitiendo lo mismo. Sí, me acosté con Emma esa mañana. Y luego la vi pasar por delante de mi casa, como ya le conté hace unos días. Eso es todo.

—Tenemos su ADN, que resulta que estaba en el cuerpo de la víctima. Tenemos un martillo que estaba en su garaje y que resulta, vaya casualidad de nuevo, que está lleno de sangre de la víctima.

—Ese martillo no es mío. Pregunten al dueño, pregunten al resto de empleados. Ese martillo lo colocó alguien allí. Me han tendido una trampa. Quizá hasta hayan sido ustedes, vete a saber. Necesitan ya un culpable, y desde el principio yo era ideal.

Di una palmada sobre la mesa. Los ojos claros de Ross estaban húmedos, pero apretaba los labios, como un boxeador medio noqueado que se niega a tirar la toalla y sigue en el ring, peleando.

—Esto se acaba, Hunter. Y nunca terminas de contar todo. Siempre salta una nueva sorpresa. Vas a acabar pasando el resto de tus días en el *corredor de la muerte*, ¿lo sabes?

—¿Quiere una última confesión? —

preguntó Ross, desafiante.

—Sí, venga, es lo que estamos esperando. Acabemos de una vez — respondí, levantándome y acercando mi rostro al suyo.

—Connor vino a verme poco después de acostarme con Emma. Me dijo que lo sabía todo. Me comentó que no era tan estúpido como toda la comunidad imaginaba y que un día se tomaría la justicia por su mano. Es un pobre diablo y no le hice ni caso.

—¡Ahora nos vienes con estas! — exclamó Worth, alterado.

—Sí. Ahora. No tenéis ni idea. Seguíis metiendo la pata una y otra vez y alguien os la está jugando. Alguien se está meando en vuestros pantalones mientras

me tenéis aquí encerrado.

—Entonces crees que Connor mató a su esposa —dije, sosegado, para relajar la situación.

—¡No! ¡Qué tontería es esa! ¿Connor? Es un desdichado. No le corre sangre por las venas. Sólo es para que os deis cuenta de que no os enteráis de nada. De nada.

Un agente devolvió a Ross al calabozo y el detective y yo regresamos a la sala de reuniones. Henderson estaba hablando por teléfono y nos quedamos en una esquina, para no molestarla.

—Nos conocemos. ¿Qué piensas, Ethan?

—Estoy muy confundido, Jim. Y si Hunter, Liz y Juliet tienen razón...

—¿Razón? Hablas como si los tres

tuvieran una teoría sobre el asesinato de Walker.

—Fue una mujer, Jim.

—Joder, Ethan. Sólo había cinco mujeres en la carpeta, y de un plumazo descartaste a tres. Ahora tienes que responderme... ¿fue su hermana o su mejor amiga?

—Cómo voy a contestar... Estoy tan perdido como tú, pero acariciamos la verdad. Al menos todo lo de verdad que podemos llegar a conocer —reflexioné, recordando que Liz, hacía mucho tiempo, ya me había convencido de que jamás se sabe todo lo que hay detrás de un caso. Los asesinos, los testigos y, en especial, las víctimas, se llevan consigo, para siempre, muchas de las respuestas.

—Pues yo ahora tengo entre ceja y ceja a Ross. Todo apunta hacia él. Pero vamos, que no descarto a Connor. Y tú ayer te volvías medio loco entre Hicks y Shaw. No sé si estamos acariciando esa *verdad* de la que hablas.

—Y casi estamos olvidando a Audrey Ellis.

—Sí, la hermana atolondrada. La manirrota que ha salido muy beneficiada con la muerte de Emma.

—¡Eh! Tenemos mucho trabajo. Esto ha vuelto a dar un giro. Su amigo Mark es un genio, lo reconozco. Además, piensa como yo que no vale tanto como la prensa va comentando por ahí —gritó Henderson, que había terminado su llamada.

—¿Mark? ¿Qué sucede con Mark?

—Creo que ha resuelto el caso. Bueno, todos hemos resuelto el caso, ¡qué demonios! Jim, los sheriff y agentes de los dos condados, Liz, Griffin y, quizá, un poco usted, agente Bush. También yo, claro —dijo la investigadora, entre risas—. Pero Mark ha puesto la guinda del pastel. No pienso ser yo la que le reste ningún mérito.

—Olivia, por favor, estamos destrozados, tenemos la cabeza como un globo aerostático y ya no sé si puedo soportar más incertidumbre, ¿comprendes? Deja la cháchara para cuando celebremos en un bar, mientras bailamos música *country*, de esa que tanto te gusta, que hemos atrapado al

asesino, y suelta la *bomba* de una vez — suplicó Jim, apoyándose contra la pared del fondo de la estancia y mostrando que su paciencia tenía también un límite.

—Brianna Shaw. La *amigueta del alma* de Walker. Ella es la culpable. No cabe ninguna duda.

Capítulo XVIII

Mark y su colega habían logrado rastrear el teléfono móvil con el que la señora Walker mantenía conversaciones secretas: pertenecía a una tal Avery Shaw, una mujer que había fallecido en enero de 2018 a los 74 años de edad y que, casualidad, era la madre de Brianna. La señora Shaw, viuda desde hacía una década, vivía sola en una casa medio en ruinas a las afueras de la pequeña población de Wellsville, a sólo 15 millas de Ottawa. Su única descendiente heredó todas sus

propiedades, que no eran muchas. Quizá la pérdida de su progenitora había sido el *estresor* que había desatado en Brianna toda la ira que llevaba acumulando durante años.

Mark había podido descryptar parte de las conversaciones y precisamente el último mensaje era la confirmación de una cita entre la asesina y su víctima la noche del jueves, en Ottawa, en el cruce de la calle 8 con Cedar Street, es decir, muy cerca de la residencia de Brianna y del lugar en el que Boyd había visto por última vez a Walker. La primera se las había ingeniado para crear un chat privado con Emma, con la excusa de preparar una gran fiesta para celebrar el cumpleaños de Connor, a primeros de

junio. La idea no podía ser más macabra.

Shaw había sido lista al no dar de baja el celular de su madre y al emplear un servicio de mensajería robusto como Telegram, pero cometió algunos fallos que Mark y su colega no pasaron por alto. Por ejemplo ser tan torpe como para llevar el móvil encendido, aunque no lo usara, hasta las proximidades del lago, el domingo que se deshizo del cuerpo de Emma.

No resultó complicado obtener una orden para poner patas arriba la vivienda de la madre de Brianna. En el sótano se encontraron planos del condado de Franklin y del condado de Miami. Miola Lake estaba rodeado con

un círculo, realizado con un estridente rotulador de color rojo. Resultaba pavoroso. También había fotografías de la víctima quemadas, rotas y a las que les faltaba el rostro. En casi todas ellas estaba al lado de Connor. Casi todas las había realizado e impreso en su propia casa Shaw, lo que daba una idea de lo enferma que estaba su mente.

Gracias a las fotografías de la autopsia Mark confirmó lo que Liz sospechaba: que la primera vez se habían confundido, y que los golpes no habían sido tan potentes como el forense había imaginado. En realidad lo que había sucedido es que eran muchos, muchos más, uno sobre otro. Era complicado ponerse en el lugar de alguien tan

perturbado como Brianna Shaw.

Las marcas, aisladas a través de un complejo software, sí vincularon el martillo con el hallado en el taller mecánico de Hunter Ross. Pero, tal y como él había asegurado, jamás había pertenecido a las herramientas del mismo. El fabricante, por suerte, mantenía un estricto control de calidad sobre las partidas que salían de su factoría, y también tenía una relación de los establecimientos en los que se vendía. Sólo dos lo hacían en un radio de 50 millas alrededor de Ottawa, uno estaba situado en Lawrence y el otro en Gardner. Aunque Shaw había pagado en efectivo, una de las cámaras de seguridad del ubicado en Lawrence

había registrado que ella había adquirido ese martillo sólo una semana antes del asesinato. Por fortuna para nosotros, y gracias a que los discos duros de aquel entonces ya permitían grabar muchas horas de vídeo, la empresa no borraba aquellos registros, por temas de seguridad, y lo que hacía era almacenarlos durante dos años antes de destruirlos, un tiempo prudencial por si algún cliente o empleado había realizado algún chanchullo y necesitaban pruebas de peso. Lo peor es que había una placa en el mostrador que advertía de esa política por parte del establecimiento; información a la que Brianna no prestó atención alguna. Pese a todas esas evidencias, aún el

caso no estaba cerrado y precisábamos de algo más concluyente. Un equipo de analistas forenses, llegados desde Kansas City, empaparon de luminol el vehículo de Shaw, el de su madre y las dos viviendas. Lograron positivos, en sangre, en el coche y en una de las habitaciones de la casa de la difunta, donde seguía instalado un moderno aparato de aire acondicionado. Por las manchas se dedujo que Brianna atacó primero a la señora Walker en el vehículo, quizá nada más verse o en las proximidades de Wellsville, y después acabó con su vida en la morada de su madre. Aunque había empleado lejía y otros productos no logró ocultar por completo aquel disparate, y mucho

menos las manchas de sangre de proyección que mostraban cómo y dónde había golpeado con el martillo a la pobre de Emma. Todos quisimos hacernos a la idea de que la dejó fuera de combate en el coche y que cuando le propinó los infinitos martillazos que la desfiguraron y acabaron con su vida había perdido el conocimiento y por lo tanto apenas sufrió. Eso fue lo que comunicamos a los familiares y lo que dejamos por escrito en los informes. Lo que los analistas confirmaron es que todo el material genético hallado era de la señora Walker. Por fin teníamos el caso bien atado para que todo fuera sobre ruedas en el juicio.

Quedaron preguntas sin responder.

Algunas para mí eran importantes, aunque Jim trataba de restarles importancia, como hubiera hecho Liz en su lugar.

—No son relevantes. La hemos atrapado y Emma ya puede descansar en paz. Hemos hecho justicia —me repetía mi buen amigo cada vez que le planteaba una duda.

Pero seguía sin saber cómo había puesto Brianna el martillo en el taller de Ross. La teoría más lógica era que había aprovechado un momento en que sólo estaba uno de los empleados más jóvenes y disfrazada con una peluca y unas enormes gafas de sol lo había distraído, hasta colocar el arma del crimen en el lugar más indicado, pues

Hunter desde el principio, como él mismo comentaba, era el sospechoso ideal al que *cargarle el muerto*.

Sin embargo lo que más me martirizaba era descubrir de qué manera una mujer, aunque fornida, como Shaw, había manejado el cadáver de la señora Waker, pese a que esta era menuda. Transportar un cuerpo humano sin vida es mucho más complicado de lo que la mayoría de la gente imagina. Hace falta mucha fuerza y también cierta pericia — el caso de Montana confirmaba esta teoría, donde se habían combinado ambas facultades—. Al no haber ningún rastro alrededor del cadáver de Emma en el Miola Lake la imaginación tendía a desbocarse. ¿Podía haber contado

Brianna con un cómplice? ¿Se había valido de una carretilla o un artilugio similar y las cosas eran más sencillas de lo que yo suponía?

Shaw jamás comentó nada y, al contrario que otras ocasiones, tampoco accedió a mantener un encuentro conmigo. Intenté ofrecerle algunos beneficios a cambio de su colaboración, pero aquella mujer era fría, insensible y se mostraba antipática y muy distante. Fue una tarea imposible.

La última noche en el Capitol Plaza, el día antes de regresar a Washington, cometí una de las mayores estupideces de mi vida. La pagaría cara, tiempo después la pagaría como merecía. Alquilé un coche por unas horas y fui

hasta Meriden, hasta la casa de Vera Taylor. Como si intuyera que había llegado salió a recibirme, sin necesidad de que pulsara el timbre. El interior olía, como siempre, a incienso y a bizcocho recién horneado. Estaba preciosa, sonriente, y su melena negra y sus ojos color violeta resplandecían. Tres años después allí estaba, y no hacía falta que ninguno dijera nada. Como de costumbre, también, sonaba una gastada y extraña canción que aún retumba en mi cerebro: *Getting away with it*, de una banda británica apenas conocida, *James*.

Pasé sólo un par de horas con ella. Volví a flotar, volví a desconectar de todo y volví a sentir que aquella pasión

irracional, alocada, se adueñaba de mi cuerpo y me permitía dejar a un lado la confusión, los traumas, el dolor, las preguntas y todo lo que me atormentaba. Dos décadas después sigo sin comprender qué tenía Vera Taylor para causar ese efecto en mí. Ni toda la experiencia acumulada ni todos mis conocimientos de psicología han servido de nada. La mente es así de retorcida y de ridícula de vez en cuando. Y yo no tuve ni las agallas ni el temple necesario como para refrenar un impulso irreflexivo.

Capítulo XIX

La despedida de Jim fue emotiva. Siempre me costaba horrores separarme de aquel hombre extraordinario. Henderson no nos acompañó hasta el aeropuerto.

—No le hagas caso. Es joven, y tampoco es que tú pongas de tu parte para caerle bien a todo el mundo. Irá madurando. Siente que la has minusvalorado.

—Jim, a lo mejor le he salvado la vida
—musité.

—Es verdad. Me tienes que explicar

eso. Ahora ya todo ha terminado.

—Otro día, ¿vale? Un día que esté de humor. No es una historia agradable.

—Siempre andas con traumas, Ethan. Disfruta de la vida. Te esperan Liz, tu pequeño y un gran porvenir. No la fastidies. Hazme caso.

Abracé a Worth, sin ganas de soltarlo jamás, y pensé que ya la había fastidiado. Nada más llegar a Washington, nada más toparme con la mirada de Liz, ya tenía claro que la había jorobado, en el peor de los términos, aunque ella optase por disimular y hacer como que todo estaba en calma, que no había nada de lo que preocuparse. Así empleaba ella el sentido común.

Peter Wharton me echó una bronca en mi despacho, apenas puse un pie en las instalaciones de Quántico. Había invertido poco tiempo en mi excursión a Kansas, pero no había cumplido con sus órdenes y sólo le había remitido tres informes. También había dejado medio abandonado a mi equipo, la unidad de la que era responsable. Para compensar aquel desliz trabajé de Sol a Sol durante todo septiembre. Conseguí ponerme al día y logré, de nuevo, que todos los que me rodeaban disculpasen mi necesidad. A fin de cuentas siempre resolvía los casos, o al menos ayudaba a que otros los resolvieran.

El otoño de 2018 discurría sin sobresaltos. Nuestro hijo ya caminaba

erguido por el *National Mall* los fines de semana, mientras Liz y yo lo mirábamos embobados, tirados sobre el césped, con el Capitolio al fondo. Era la vida que cualquiera podía soñar. Estaba tranquilo e intentaba que los casos que llegaban, algunos terribles, no me afectasen demasiado. Desde la distancia todo se ve diferente, como decía Jim, y yo me transformaba en un maldito burócrata que sentado en un cómodo sillón de piel revisaba expedientes y daba instrucciones a un equipo cada vez más cualificado.

Y en noviembre recibí la llamada de Tom. La había estado esperando, y en lugar de realizarla había preferido aguantar y que fuera él quien diera un

nuevo paso. Quizá forma parte de una terapia que me autoimponía, sin más prescripción que la mía.

—Jefe, ¿cómo va todo?

Jefe. Hacía muchos meses, demasiados, que Tom no empleaba aquel término para dirigirse a mí. Tuve claro al instante que no era la llamada que imaginaba, que la conversación iría por otros derroteros.

—Bien. No puedo quejarme. No tengo derecho a quejarme. Y tú, ¿disfrutando de mi maravillosa ciudad? —pregunté, bromeando.

—He tenido que aparcar lo de tu padre. Lo siento.

—No pasa nada. Tendrás mucho trabajo. Puede esperar.

—No, no debería, pero hay veces que todo se complica. Ya sabes.

Me dolía escuchar que la investigación del homicidio sin resolver de mi padre tendría que seguir esperando su turno, con el expediente cogiendo polvo en una caja de los archivos del Departamento de Policía de San Francisco.

—Lo sé. No tienes que excusarte — mentí.

—Jefe, te llamaba por otra cuestión.

Tom me dejó estupefacto. Ya me lo temía, pero no por eso me causó un menor impacto intuir que me iba a solicitar ayuda.

—No te andes con rodeos. Estamos entre amigos. ¿Qué es lo que sucede?

—Han asesinado a dos niñas. Las dos

tenían la misma edad, diez años, un aspecto físico parecido.

—Menuda mierda...

—Sí. Lo peor es que temo que estamos ante un asesino en serie.

—Tom... Son dos víctimas —repliqué, como si estuviera dando un seminario en la academia a los chavales que comenzaban su formación en Quántico.

—A la primera la mataron en julio —continuó Tom, sin prestar atención a mi observación—. Apareció semienterrada a los pies de un árbol una semana más tarde de su desaparición. La segunda la hallamos hace sólo unos días. El modus operandi es idéntico. Te necesito, Ethan. Si lo prefieres... te telefono cuando aparezca un tercer cadáver.

GRACIAS LECTOR

*Si te ha gustado la novela,
puedes dejar un comentario
positivo en la página del libro
en Amazon. Estarás
contribuyendo a la difusión de
la Literatura, y me estarás
ayudando a seguir
escribiendo nuevos títulos.*

*Con afecto,
Enrique Laso*

Enlace a todas mis novelas

LINK>

<http://relinks.me/EnriqueLas>

LOS CADÁVERES NO SUEÑAN

**Ya disponible la segunda
entrega de
Ethan Bush**

Cómprala AQUÍ:

<http://relinks.me/B013LXCP>

Los CADÁVERES NO SUEÑAN

Segunda novela de Ethan Bush,
protagonista de 'Los Crímenes Azules'

A woman with long, straight blonde hair is seen from behind, walking away down a dark, narrow street. The scene is heavily tinted with a blue color, creating a moody and mysterious atmosphere. The woman is wearing a dark, sleeveless top and a dark skirt or dress. The background shows the faint outlines of buildings and possibly some foliage, but they are mostly obscured by the blue tint and the distance.

ENRIQUE LASO

Autor con más de 400.000 libros vendidos

LIBÉLULAS AZULES

Ya disponible la tercera
entrega de

La serie Ethan Bush
**¿Quién mató a Sharon
Nichols?**

Cómprala AQUÍ:

relinks.me/B0174Z1RQO

LIBÉLULAS AZULES

¿QUIÉN MATÓ A SHARON NICHOLS?



ENRIQUE LASO

Autor de los BestSeller 'Los Crímenes Azules'
y 'Los Cadáveres no Sueñan'

NIÑOS SIN OJOS

Ya disponible la cuarta entrega
de

La serie Ethan Bush

El agente viaja a Arizona.

**Una pesadilla le aguarda en
el desierto de Sonora.**

Cómprala AQUÍ:

relinks.me/B01IWU2K52

NINOS SIN OJOS

Quinto aniversario

ENRIQUE LASO

www.enriquelaso.com

NOVELA REGALO – CRÍMENES DIABÓLICOS

No todo tiene explicación. La razón muchas veces no alcanza a comprender hechos y sucesos que se dan de manera ocasional y que perturban nuestros sentidos.

Algunos se aferran a sus creencias, otros a la existencia de fuerzas del más allá y unos pocos se conforman con pensar que quizá un día todo posea una lógica que en el momento actual se nos escapa.

Pero lo único cierto es que suceden cosas extraordinarias, y a veces están vinculadas con eso que denominamos «el mal». Y uno llega a preguntarse si no habrá detrás una deidad monstruosa, abominable, que siembra

*el terror desde su árida guarida: el
Infierno.*

Capítulo I

Echó de nuevo un vistazo rápido al cuerpo semidesnudo de la chiquilla que yacía sin vida en aquel descampado árido, reseco y alejado de la vivienda de cualquier vecino del condado.

—¿Le falta el corazón?

Su colega frunció el ceño y agitó bruscamente una de sus manos en el aire.

—Acaso crees que tengo rayos X o un ecógrafo en los ojos... No tengo la menor idea, pero imagino que sí. Tiene toda la pinta de ser igual a las anteriores. Esto es una mierda.

Vio llegar el vehículo del forense y se rascó la sien de manera inconsciente. Apenas había sido capaz de mirar a la joven unos segundos pero su rostro se había quedado clavado en su mente. Los ojos abiertos, la tez lívida, el torso recogido como si acabase de llegar al mundo... Y recordó que ya era la cuarta víctima. Seguro que le faltaba el corazón. Estaba convencido de que el modus operandi sería idéntico. Estaba desolado.

El condado de San Patricio era un lugar ideal para ir a pasar unas vacaciones, disfrutando de la bahía o de la agitada Portland, que en verano quedaba atestada por los turistas. Pero no era un sitio para perder la vida, mucho menos

siendo tan joven y de un modo tan extraño, tan horrendo.

—Pete...

—Sí, ¿qué quieres? —preguntó el ayudante del sheriff mientras tomaba fotografías, como si llevase toda la vida retratando cadáveres.

—Estoy pensando en proponerle algo a Tom.

Pete Sanders, ayudante del sheriff del condado de San Patricio miró al cielo y contuvo el aliento durante algunos segundos.

—John, yo creo que con lo de la médium ya has rebasado todos los límites. No pongas a prueba la paciencia de Tom.

John Hill, detective del condado asignado al caso, era consciente de que

su proceder se salía de lo corriente. Sus profundas creencias religiosas, unidas a lo singular de aquellos crímenes, le estaban arrastrando hacia un camino en el que la razón perdía peso. Era sabedor de ello, pero no podía evitar buscar soluciones un tanto estrambóticas ante hechos que requerían de un enfoque diferente al convencional.

—Hace años, cuando sólo era un policía de medio pelo en Laredo, justo en la frontera, un cura nos echó una mano.

—¿Un cura?

—Sí. Mexicano. No era un cura corriente.

—Por favor, John...

El detective posó su mano derecha sobre el hombro de su compañero. Por el

rabillo del ojo vislumbró el cuerpo de la chiquilla y se estremeció. Giró bruscamente la cabeza y la estampa serena de Matt Turner, el anciano forense de andar pesado y cansino, que ya iba a su encuentro, le tranquilizó.

—Era un exorcista. El mejor de toda América. Un hombre sabio. Me impresionó.

—¿Sirvió de algo su colaboración?

El viento revolvió el cabello oscuro de John Hill y levantó un fino manto de arena que le obligó a apretar los párpados. En su mente volvió a tener nítida la imagen plácida y sosegada del padre Salas.

—Resolvimos el caso. Lo resolvimos gracias a su ayuda.

Capítulo II

En la oficina del FBI en Dallas el agente especial Liam Anderson acababa de recibir la llamada que llevaba días esperando: por fin le confirmaban que desde Quántico enviarían a Texas a uno de los mejores perfiladores de asesinos en serie que ahora mismo estaba libre. Podía darse con un canto en los dientes. Mientras colgaba el teléfono buscó el nombre de aquel tipo en la base de datos y en Google, a ver qué podía descubrir acerca de él. No quería que le colasen a

un cualquiera, porque para eso ya contaba con un equipo formidable allí mismo, a sólo unos pasos de su propio despacho. Ya le había costado bastante tener que pedir auxilio a los sabiondos de Washington, que jamás pisan el terreno, que se dedican a formular opiniones sentados en un cómodo sillón de piel, mientras el río Potomac discurre tranquilo a sus espaldas, como para que le endosaran a un donnadie que en lugar de echar una mano se dedicase a enfangar en un caso que ya era lo bastante turbio como para quitarle el sueño al más duro de los agentes. Él mismo había empezado a tener pesadillas. No era consciente, pero Emma, su esposa, se lo recordaba

mañana sí mañana no. «Otra vez uno de esos sueños horribles. Estuviste agitándote y rechinando los dientes durante media hora. Me da miedo despertarte cuando te pones así». Pero quién diablos no tendría pesadillas con cuatro crías asesinadas en apenas tres meses en un condado que no llegaba a los 70.000 habitantes.

Pero en realidad Anderson no sufría de ansiedad por aquella ola de crímenes, que ya hubiera sido motivo de sobra; lo que le tenía congojado era la tipología de los mismos. Sobre su mesa descansaban los informes de las últimas dos autopsias, que no eran otra cosa que la repetición de otras realizadas con anterioridad: hacía falta que varios

forenses contrastasen sus conclusiones. La causa de la muerte de las víctimas estaba clara: fallo cardíaco. Los cuerpos no presentaban más lesiones, obviando los efectos que un cadáver expuesto a la intemperie sufría. Fallo cardíaco. Soltó una carcajada, la propia de un demente que acaba de ser consciente de su locura. Había un pequeño detalle, una minucia, que hacía que todo aquello fuera propio de un cuento de terror, de un delirio horripilante carente del mínimo sentido: a las cuatro jóvenes les faltaba el corazón. No tenían corazón. ¿Cómo se lo habían extirpado? Hasta la fecha ningún forense, ningún especialista, tenía respuesta para ello. Y el corazón no es precisamente un órgano

diminuto que uno pueda sacar de la caja torácica sin liar un desbarajuste en el torso de cualquier ser humano. Pero es que no había cortes externos en la piel, en ningún lugar del pecho, la espalda o las axilas, y las costillas y el esternón estaban immaculados. Las venas y arterias que se unían al corazón presentaban incisiones precisas, propias de las realizadas con un bisturí láser de última generación. Pero, ¿cómo había llegado hasta allí el instrumento?

Siguió revisando lo que encontraba de aquel agente de la Unidad de Análisis de Conducta, al que precedía una fama singular, exaltada por algunos medios de comunicación. Lo que le faltaba: una joven estrella que se deja agasajar por

la prensa. No era su estilo. En realidad no era el estilo del FBI en Texas, mucho más comedido en su relación con los medios que otras delegaciones, y no digamos ya que la gente de Quántico. No quería un circo de televisiones atestando el condado de San Patricio. Hasta el momento habían logrado mantener en secreto aquel insólito modus operandi. Pero ya tenían a un cura exorcista de camino desde la capital de México y a una famosa médium que se había acercado desde Houston. Una auténtica paranoia, pero más real y sólida que la madera de la mesa sobre la que apoyaba su codo izquierdo. El sheriff del condado así lo había querido, y él tampoco se había sentido con ánimos

para montar un numerito por aquellas necesidades. Conocía bien cómo se las gastaban en el sur del estado, de modo que mejor usar el tacto y después trabajar con profesionalidad. Aquellos estafadores siempre terminaban haciendo el ridículo y la razón y el método científico salían triunfantes. Era cuestión de tiempo.

Resopló y deseó con toda su alma que aquel agente especial de la UAC no fuera un chiflado y que aportase algo que le ayudase a resolver aquel misterio sin pies ni cabeza. Esperaba que la llegada del agente Ethan Bush trajera un poco de cordura y alguna explicación basada en toneladas de estudio a destajo y experiencia.

Capítulo III

El Aeropuerto Internacional de San Antonio presentaba la agitación propia de las fechas próximas al verano, aunque todavía no estaba tan atestado como en pleno mes de julio. El detective John Hill esperaba nervioso la llegada del padre Salas. No sólo era una cuestión formal: se jugaba mucho en aquella apuesta un tanto peculiar. Haber solicitado al sheriff la participación de su buena amiga Alyssa Moore, la famosa médium de Houston, que había

colaborado en varias investigaciones por todo el país, era una cosa; pero haber hecho venir a un cura exorcista desde México DF suponía haber llegado demasiado lejos. Pese a todo le habían terminado dando la autorización y ahora sólo cabía esperar que el padre Salas demostrarse que era una persona realmente especial, como bien él sabía.

Después de media hora aguardando la figura del mexicano, un hombre alto, fornido, de escaso pelo y rostro agradable, surgió de entre la multitud. Apenas lo vio el detective se abalanzó sobre él.

—Padre Salas, ¿me recuerda? Soy John Hill. Ha pasado mucho tiempo, pero nos ayudó a resolver aquel caso en Laredo.

—Claro que le recuerdo. Lo que había olvidado es que hablase tan bien el castellano —respondió el cura, sonriente.

El detective había usado el español por cortesía. Y sí era verdad: se había criado, crecido y formado en la frontera, y manejaba bien el idioma. Allí casi todo el mundo dominaba el inglés y el castellano, más o menos. Pero él apenas tenía acento, algo muy infrecuente.

—Es un honor que se haya molestado en venir. Un hombre tan ocupado...

—Ya no estoy tan atareado. Hace tiempo que no ejerzo. Su jefe, el sheriff, se puso en contacto con la Archidiócesis Primada de México y hasta a ellos les costó localizarme. Imagine...

John Hill se había fijado en que el mexicano iba vestido de paisano y que no portaba el alzacuello. Pero sus palabras le habían desconcertado todavía más.

—¿Ha dejado el sacerdocio? —
inquirió, con preocupación.

—Técnicamente, como se suele decir, no he colgado los hábitos. Pero estoy un poco de retirada. Me voy haciendo mayor y he tenido que enfrentarme a demasiadas situaciones estresantes a lo largo de mi vida, ¿comprende?

La voz del cura sonaba suave. El detective sentía la paz interior que albergaba aquel hombre y que de forma veloz se contagiaba.

—En tal caso debo estarle doblemente

agradecido. No estaba al corriente. Lo siento.

El padre Salas agitó su mano derecha en el aire, restando importancia al asunto.

—No diga tonterías. En cuanto el sheriff me explicó lo de esas chiquillas no me lo pensé dos veces. Aquí estoy, para lo que pueda ser de utilidad.

Hill trató de llevar la única maleta que había traído consigo el mexicano, pero se negó. El cura debería de tener poco más de sesenta años, pero se mantenía en plena forma. En lugar de un sacerdote parecía un boxeador retirado que todavía imparte clases en algún gimnasio y que es capaz de tumbar de un directo a chavales de veinte años.

—Tenemos dos horas de viaje. Tiempo

suficiente para ponerle al día de lo que sabemos.

—Perfecto. Pero le ruego que me hable en inglés. Lo tengo un poco oxidado y no creo que todo el mundo en San Patricio se maneje tan bien en español.

El detective tomó la interestatal 37 hacia el sur y fue repasando los pormenores del caso. Cuatro víctimas. Niñas de entre 14 y 16 años. Todas pertenecientes a familias desestructuradas, problemáticas y que pasaban buena parte del día en la calle. Eran secuestradas a las afueras de poblaciones pequeñas, a plena luz del día, y sus cuerpos sin vida, sin señales de violencia, aparecían pocos días después. Sólo les faltaba una parte del

cuerpo: el corazón. Ningún forense hasta la fecha: ni el del condado, ni uno venido desde San Antonio, ni un equipo llegado desde Houston ni los expertos del FBI en Dallas habían sido capaces de explicar cómo extraían el órgano de las chiquillas. Algo tan insólito como aterrador.

—¿Había tenido noticia de algún caso semejante en todo el mundo? —preguntó el detective, sabiendo que el padre Salas era uno de los exorcistas más reputados del planeta y que contaba con una dilatada experiencia.

—Jamás. De extracción del corazón sí, pero de un modo tan sorprendente... nunca.

—Ya, me hago cargo. Nosotros también

tenemos en la base de datos decenas de casos de extracción de órganos, incluido el corazón; pero el modus operandi suele ser mucho más cruento, más salvaje —murmuró el detective, recordando algunas fotografías que había tenido que ver en los archivos y que helaban la sangre. Eran obra de perturbados que no controlaban sus impulsos más primarios. Nada que ver con lo que estaba sucediendo en su condado.

—En el Vaticano también hay mucha información. Intentaré mover algunos hilos y quizá nos puedan orientar. Nunca se sabe.

Las palabras del sacerdote aliviaron a John Hill. Él era católico practicante y

saber que quizá el Vaticano podía colaborar en aquella investigación fue como recibir un soplo de aire fresco en una tórrida tarde de verano en mitad de la nada.

—De verdad que le estoy muy agradecido.

—Como vuelva a darme las gracias damos media vuelta, me lleva hasta el aeropuerto y regreso al DF de inmediato

—musitó medio en broma el cura, dando un leve golpe con la palma de su mano derecha en el salpicadero del coche de policía.

Tal y como había pronosticado el detective, en apenas dos horas estaban aparcando en la avenida Rachel, frente a las modestas oficinas del sheriff del

condado de San Patricio. Hill llevó al sacerdote hasta el despacho del sheriff, Tom Parker, para presentarle al mexicano.

—Señor, este es el padre Salas — murmuró, con solemnidad.

El sheriff se incorporó de su silla, dejando de lado algunos expedientes que tenía sobre la mesa, y se acercó hasta el cura, estudiándolo con detenimiento.

—Padre, me alegro de que esté aquí para colaborar, que se haya tomado tantas molestias. John ya me ha puesto al tanto de su reputación, y por eso he aceptado que participe en la investigación. Pero si le soy sincero yo no soy un buen cristiano, ya me entiende, y tampoco es que crea mucho en el

Infierno y esas cosas.

—Es un placer poder tratar de ayudar a esclarecer estos crímenes, señor. Y no se preocupe por su fe: yo tampoco soy un buen cristiano y también albergo dudas y me hago preguntas de manera constante.

Tom Parker se quedó boquiabierto, mientras estrechaba la mano del sacerdote. En toda su vida se hubiera esperado aquella réplica. Desde luego descubrió de inmediato que no tenía delante a un hombre convencional.

—Perfecto. El detective Hill se encargará de acompañarle en todo momento. Le hemos reservado una habitación en un hotel a las afueras. Sinton es una población pequeña y no

tenemos alojamientos de lujo, pero es un lugar limpio y bien atendido.

—Se lo agradezco. Y no tengo problemas con el lugar en el que descansar. Un colchón siempre me ha bastado para ser feliz.

Después de un rato más de charla, el detective llevó al cura hasta su despacho: una diminuta estancia en la que apenas había espacio para su mesa, un archivador y dos sillas. En una de ellas se encontraba Alyssa Moore.

—¡Alyssa! ¿Cómo no me has avisado de que te encontrabas aquí? —preguntó Hill, incómodo.

—No te preocupes. He llegado hace poco más de una hora y me dijeron que no tardarías en aparecer, que estabas de

camino desde San Antonio. Esta mañana estaba en Houston desayunando, pensando en esas pobres niñas, y en un arrebato he cogido el coche y he decidido que lo mejor es estar aquí, a vuestro lado en todo momento. Ya tengo una habitación en el Motel 6, junto a la 77.

—Vaya, van a ser vecinos. Sólo les separará la estación de servicio Shell — manifestó el detective, animoso.

—¿Quién va a ser mi vecino? — preguntó la médium, observando al sacerdote con atención.

—Disculpen. Este es el padre Salas, el exorcista más reputado de toda América. Y esta es mi buena amiga Alyssa Moore, una de las médium, si no la mejor, más

prestigiosas del país. Ya ha participado, con éxito, en algunas investigaciones. Siempre está dispuesta a colaborar.

El mexicano estrechó la mano de la espiritista. De inmediato notó que un calor profundo y penetrante emanaba de la palma de la mujer. Se sintió confundido.

—Es un placer conocerla.

—Para mí también, padre Salas. Conozco su trayectoria. Creo que en mi casa de Houston tengo por ahí archivados algunos de los casos más relevantes en los que ha participado. Espero que no le moleste mi presencia.

—En absoluto.

—No se enoje, pero ustedes los católicos no se han llevado

históricamente bien con mi gremio.

El padre Salas no pudo contener que una amplia sonrisa se dibujara en su rostro.

—Es usted muy comedida en sus apreciaciones. No se preocupe, no tengo problemas con ninguna creencia. No tengo problemas ni tan siquiera con los ateos, imagine.

—Desde luego emana usted una energía que me era desconocida hasta la fecha. Es alguien muy especial.

—No me halague, si es lo que pretende. También yo he sentido el calor de su mano. En fin, era cuestión de tiempo que Dios cruzase nuestros caminos —dijo el cura, bromeando.

John Hill decidió que ya estaba bien de perder la mañana y que tenían que

ponerse manos a la obra. Sacó varios informes y los desplegó sobre su mesa. De un modo sucinto repasó el historial de las víctimas, que era bastante similar. La médium y el sacerdote, pese a estar acostumbrados a hechos semejantes e incluso cosas peores, no pudieron disimular su consternación.

—Es terrible. Son sólo unas criaturas inocentes. ¿Quién sería capaz de semejante cosa? —preguntó la médium, consternada.

—Y lo más relevante, ¿con qué finalidad? —musitó el mexicano.

—Padre, ¿de verdad cree que hay motivos para esto? Es obra de un malnacido que no sabe ni lo que hace —replicó el detective.

—Ojalá fuera tan sencillo. A un demente ya lo hubieran localizado. Aquí hay algo muy profundo, y nos va a costar desvelar las intenciones y los métodos de este asesino.

—Mañana por la tarde se incorpora un agente especial de la Unidad de Análisis de Conducta del FBI venido desde Quántico. Dicen que es un maestro en su disciplina. Él arrojará un poco de luz.

—Lo que no tengo tan claro es cómo se va a tomar nuestra presencia en Sinton. ¿Está avisado de lo que se va a encontrar? —inquirió Alyssa.

—Yo no he hablado con él. Apenas lo hago con Liam Anderson, el agente especial responsable de la oficina del FBI en Dallas —respondió Hill,

meneando la cabeza—. Pero no creo que un tipo de Washington sea demasiado espiritual.

—Tener diferentes puntos de vista siempre enriquece el proceso de reflexión. Si es un hombre inteligente, y no tengo la menor duda de que lo es, se adaptará a las circunstancias —dijo el padre Salas, con esa voz suave que sonaba como el murmullo del viento agitando las copas de los árboles de un frondoso bosque.

—Ojalá tenga usted razón, Padre —replicó el detective, nervioso.

Después de divagar un rato acerca de distintas hipótesis el mexicano se excusó y solicitó que el detective le indicase dónde estaban los aseos. Nada más

quedarse a solas con la médium esta se dirigió a su amigo con apremio.

—¿Lo has notado?

—Notar... Alyssa, no te comprendo.

¿Qué debería haber notado?

—No sé; tú lo has recogido, tú lo habías tratado en persona hace años...

—Será mejor que te expliques, porque me estás volviendo loco. No entiendo nada.

—¿Te ha parecido cambiado?

—No, no mucho. Está casi igual que la última vez que lo vi. Es un sexagenario en magnífica forma. ¿Qué mosca te ha picado?

—John, ese hombre no está vivo. No sé si es así desde siempre o si ha cambiado recientemente. Pero aunque parezca una

persona de carne y hueso, lo que tenemos delante es sólo un espíritu.

Capítulo IV

El agente Liam Anderson observaba incómodo cómo Ethan Bush deshacía su pequeña maleta en la modesta habitación del Best Western de Sinton.

—Lamento que tenga que alojarse aquí, pero es lo mejor en varias millas a la redonda. Imagino que no estará acostumbrado...

—Anderson, relájese, por favor. He estado en sitios peores, se lo garantizo. Este hotel es perfecto. No se me van a caer los anillos.

Pero en realidad el agente de Dallas sí que pensaba que aquel tipo llegado de la capital, con su formidable expediente, su grado en psicología por Stanford y su acicalada presencia, propia de un actor cotizado de Hollywood, tenía que estar maldiciendo su suerte en algún lugar recóndito de sus entrañas.

—Genial. Espero que se adapte también a las excentricidades de esta zona del país. ¿Había estado en Texas antes?

Ethan Bush dejó su tarea y se quedó mirando fijamente a los ojos de su interlocutor. Notaba que se encontraba algo violento, pero no tenía demasiado claro el motivo de aquella actitud.

—No, no había pisado este estado en mi vida. Y tampoco tengo la menor idea de

a qué rarezas se refiere.

—Bueno... La oficina del sheriff ha pedido la colaboración de una médium y de un cura mexicano que realizaba exorcismos —musitó Anderson, casi avergonzado.

—Vaya, sí que es inaudito. Ya me he topado con alguna espiritista en el pasado, pero jamás había intervenido un sacerdote en una de las investigaciones en las que me he visto implicado.

El agente de Dallas se acercó hasta la ventana de la habitación y contempló la pequeña piscina, ubicada con poco acierto en mitad del parking. Más allá la circulación por la autopista 77 era tranquila.

—¿Ha leído los informes que le

remitimos?

Bush se mordió el labio inferior. Tenía la odiosa manía de echar sólo un vistazo a los dossieres cuando sabía que le iba a tocar estar sobre el terreno. Creía que podían *contaminar* su percepción de los hechos.

—Apenas he tenido tiempo. Todo ha sido muy precipitado y tenía asuntos que dejar bien amarrados antes de tomar el vuelo —mintió.

—Me hago cargo. De todos modos comprenderá que todos estemos un poco perplejos. Yo no apruebo, desde luego, que un sacerdote católico y una charlatana se impliquen en este asunto, pero entiendo que el sheriff esté desesperado. A esas niñas les extirparon

el corazón y todavía nadie ha sido capaz de explicar cómo diablos lo hicieron.

—Siempre hay una lógica detrás de todo. La cuestión es cuánto tardaremos en dar con ella.

Anderson se apartó de la ventana y regresó junto al agente de la UAC. Ya había terminado de ordenar todo y estaba colocando sobre una mesa un par de libretas *Moleskine* de tapas negras y un elegante bolígrafo.

—Sólo deseaba ponerle en antecedentes. Mañana tendremos la primera reunión de todo el equipo de trabajo y estarán presentes esas dos personas. Le ruego que sepa contenerse.

—Descuide. Lo haré. Eso sí, siempre y cuando no perturben el normal devenir

de la investigación.

—No creo que suceda, pero si fuese así yo mismo lo hablaría con el sheriff. En realidad tengo entendido que la idea no partió de él.

—¿No? —inquirió Bush, extrañado.

—Creo que es iniciativa del detective, un tal John Hill. Trabajó durante años en la frontera, es católico y, según su versión, resolvieron un caso en Laredo gracias a la intervención de este mismo sacerdote.

—Vaya. Estas cosas cuando las lees desde un despacho en Washington te las tomas a broma e incluso haces algún chascarrillo con algún colega. Pero cuando te topas de frente con ellas...

—Tienes que manejarlas con

delicadeza.

—Sabré comportarme.

Mientras hablaban el agente de la UAC había tomado asiento y había comenzado a escribir en uno de los cuadernos. A Anderson le parecía anacrónico ver a aquel tipo con tan buena reputación usando papel y bolígrafo, pero cada cual tiene sus manías.

—Esperamos mucho de usted. Le soy sincero: era reticente a solicitar la ayuda de Quántico, pero me he visto forzado a ello.

—Trabajaremos en equipo, se lo garantizo.

—¿Tiene una idea del perfil del asesino?

—Es prematuro —respondió Ethan

Bush, que apenas había echado un vistazo por encima a los informes y que no deseaba precipitarse.

—Lo sé, pero me gustaría saber si se está formando alguna idea.

—Bueno, no es un chiflado. Es un asesino muy organizado. No actúa por impulso y sabe perfectamente qué es lo que desea. Es muy inteligente. Nos va a costar bastante cazarlo.

Capítulo V

El anciano regresaba corriendo hasta su pequeña casa, en Tradewinds, una localidad de apenas 200 habitantes, por un camino polvoriento sin asfaltar, flanqueado por campos de cebollas y lechugas de toda índole, cuando percibió que algo había cambiado en el paisaje. Al principio fue sólo una intuición. Estaba acostumbrado a recorrer a buen trote aquellos parajes cada tarde, desde hacía casi una década, de modo que hasta el más mínimo

detalle, la más insignificante de las variaciones, su cerebro la detectaba de inmediato.

Detuvo la marcha y se apoyó en las rodillas para recuperar el aliento. Estaba en buena forma, pero los años no pasaban en balde y cada vez le costaba más completar aquellas 8 millas a buen ritmo. Se irguió y miró en derredor suyo: no había nadie a la vista. Sin embargo estaba claro que algo no marchaba bien; lo sentía, como un dolor agudo y penetrante en el entrecejo.

Siguió avanzando muy despacio. El sol ya estaba muy bajo y la tenue luz no facilitaba sus pesquisas. Y entonces creyó ver algo a su derecha, a poca distancia de donde se encontraba, en

mitad del campo de cebollas. Era una tela blanca.

«Maldito tarado, cualquier cosa te hace perder el sosiego», se dijo, mientras se acercaba a buscar aquel paño que posiblemente alguno de sus vecinos habría perdido mientras trabajaba. Pero conforme se aproximaba se percató de que no era un trapo; se trataba de un vestido. Pudo distinguir ya un discreto estampado de flores silvestres y los bajos rematados con un elaborado bordado. Dudó si era preciso dar un paso más. El miedo le atenazaba, un temor a lo desconocido y, casi seguro, a lo que pudiera terminar conociendo. Al fin se decidió y llegó hasta aquella prenda que parecía haber sido

arrastrada por el viento. Pero no. En realidad vestía el cuerpo de una chiquilla. Era evidente que estaba muerta. Nadie tiene los ojos abiertos de par en par de esa forma tan singular, tan horrible. Ahogó un grito con sus manos y cayó de bruces sobre la tierra. Conocía a la niña. Era la pequeña de los Wright, una cría de apenas 15 años. Jade, o Jane... no recordaba bien su nombre. Apretó los puños sólo de imaginar la reacción de su madre cuando alguien le comunicase la terrible noticia. Desde luego no sería él el encargado de aquella tarea tan dolorosa como ingrata. Se alejó del cadáver a toda prisa. El agotamiento había desaparecido por completo. Corría como un adolescente.

Necesitaba llegar lo antes posible a su casa y telefonar a la oficina del sheriff del condado. Una nueva víctima que sumar a las cuatro anteriores. Pero esta vez la conocía de cerca. Esta vez él había sido el que la había hallado y tenía muy claro que aquel suceso le marcaría para lo poco que le restase de vida. Ya no volvería a saber lo que es la paz y la tranquilidad.

Capítulo VI

La sala de reuniones de la austera oficina del sheriff del condado de San Patricio se había quedado pequeña para tanta concurrencia. Tom Parker trataba de poner orden, aunque él mismo no conseguía disimular el temblor de manos que le acuciaba desde última hora del día anterior, justo cuando le habían comunicado que un vecino de Tradewinds había hallado a una quinta víctima a las afueras del pueblo. Sin dudarle se había desplazado hasta el

lugar, había acordonado la zona y allí mismo se había puesto a rezar en silencio para que todo aquello no fuese más que una maldita pesadilla.

—Somos muchos para una estancia tan exigua, pero les ruego que tomen asiento y que nos pongamos a trabajar. No estamos en condiciones de perder ni un segundo.

Nada más terminar pensó que debería trasladar pronto aquel lugar de encuentro al salón de actos de la escuela de secundaria, un espacio mucho más amplio y confortable. Pese a todo, le incomodaba la idea de utilizar un edificio destinado a la enseñanza y la educación.

—Tenemos un mapa con los lugares en

los que han sido encontrados los cinco cuerpos de esas pobres niñas —dijo el detective John Hill, señalando hacia un enorme panel de corcho—. Es bastante significativo. Nuestros colegas del FBI en Dallas ya están trabajando intensamente con varios programas de localización, y pronto tendremos resultados que nos permitirá centrar las pesquisas en poblaciones concretas.

Hill fue repasando las poblaciones en las que los cadáveres habían sido localizados: Edroy, Taft, Odem, Mathis y Tradewinds. El modus operandi era siempre muy similar: secuestraba a las chicas, las mantenía dos o tres días en algún lugar para extraerles el corazón y después abandonaba sus cuerpos en un

descampado cercano a sus lugares de origen. Sólo en el último caso, el de Jane Wright, el asesino había variado su forma de actuar: la niña había sido vista con vida por última vez a primera hora de la mañana del día anterior y su cadáver fue hallado al caer la tarde.

—¿Podríamos enfrentarnos a un imitador? —preguntó el sheriff.

—Si le han extraído el corazón del mismo modo, dudo que sea así. La prensa no está al tanto de los detalles, y no creo que en este condado tengamos a dos personas que casualmente son capaces de semejante proeza quirúrgica. Parker miró en dirección a Matt Turner, el forense del condado, que estaba sentado al lado de Jacob Baker, otro

forense venido desde Houston, que contaba con mucha más experiencia en aquellos quehaceres, en lo referente a crímenes.

—Mi colega y yo no hemos tenido tiempo de realizar la autopsia todavía, pero sí que hemos podido hacer una ecografía —murmuró Turner, en respuesta al gesto del sheriff.

—¿Y?

—Le falta el corazón. No deseamos precipitarnos, pero es casi seguro que nos encontremos con lo mismo que en los anteriores casos —contestó Baker, apesadumbrado.

—Señor Anderson, vamos a necesitar más personal —dijo, contundente, el sheriff.

—Me tiene a mí aquí, tenemos dos agentes echando una mano y hasta hemos logrado que se incorpore un agente de la UAC venido desde Washington. No podemos destinar más recursos a esta investigación. Pida la colaboración de otros condados —replicó el agente de Dallas.

—Todo está sucediendo dentro de los límites de San Patricio. Es insólito. Pero sí, voy a dirigirme a la gente de Bee y de Nueces para que nos presten algunos agentes. No somos muchos habitantes, pero este es un condado grande y la gente está muy dispersa, salvo en la zona de la bahía. Y algo me dice que nuestro hombre no reside allí.

—No lo creo —murmuró Ethan Bush.

—Eso, señor Bush, bienvenido al equipo. Todos esperamos mucho de usted. ¿Qué opina?

—Anoche me quedé trabajando hasta tarde en mi habitación, repasando los informes y los expedientes que me han hecho llegar desde la oficina del FBI en Dallas. No contaba con esta quinta víctima, y eso aporta nuevos datos, claro...

—Es evidente. Pero ahora mismo necesitamos algo para orientar la labor de nuestros hombres.

—Sólo he podido elaborar un perfil muy preliminar, y no quisiera confundirles — dijo el agente de la UAC, un poco comprometido por las circunstancias.

—No tenemos nada que perder. Quizá

salvar la vida de una inocente chiquilla —insistió el sheriff, guiñando un ojo.

—Nuestro hombre es alguien muy bien formado. Inteligente. Solitario. Está obsesionado con el corazón, pero todavía no tengo muy claro el motivo. Es educado y aunque apenas se relaciona con sus vecinos o con otras personas cuando lo hace no levanta sospechas. Seguramente resida aquí mismo, en Sinton, o en sus proximidades.

—¡Dios santo! —exclamó el ayudante del sheriff, Pete Sanders, que no daba crédito a la última apreciación del experto de la UAC.

—Por desgracia coincido bastante con esas primeras valoraciones que acaba de hacer mi colega —dijo Anderson,

para disipar cualquier duda.

—Tenemos que saber qué tenían en común todas esas chiquillas. El asesino las busca a ellas por un motivo concreto. Cinco víctimas son ya muchas, y nos conceden datos suficientes como para establecer un patrón muy marcado — sentenció Ethan Bush.

En ese instante la secretaria del sheriff irrumpió en la estancia, sobresaltada y con el rostro lívido. Llevaba un folio en la mano y estaba temblando de la cabeza a los pies.

—Señor, disculpe, estaba ordenando las fotografías de los rostros de las pequeñas, tal y como me pidió esta mañana, cuando me he topado con esto. Me he dado un susto de muerte. Si

alguien nos quiere gastar una broma creo que tiene muy mal gusto —masculló la asistente, que apenas podía mantenerse erguida.

Tom Parker recogió la hoja impresa que le tendía su secretaria. La mujer estaba fuera de sí y no consideró oportuno recriminarle, mucho menos en público, que hubiera entrado sin avisar, de un modo tan abrupto. Tenía que haber una razón muy sólida, pues conocía a Samantha desde hacía años y no era su manera habitual de comportarse. Tras un instante de vacilación, en el que apenas distinguía las imágenes, se fijó bien en aquellos rostros. Ya no eran los de unas adolescentes en la flor de la vida: alguien había cambiado sus cabezas y en

su lugar había colocado las de un animal, algo parecido a un perro o un chacal. La mezcla de la testa de aquellas fieras integrada en el cuerpo de las víctimas, como si fueran todo uno, resultaba tan repugnante como pavorosa.

Capítulo VII

Había sido una jornada larga y agotadora. Ethan Bush repasaba las notas que había ido tomando a lo largo del día. Había conocido a tres de las familias de las víctimas, había estado en dos de los lugares en los que fueron localizados sendos cadáveres, había charlado con media docena de agentes locales, con los dos forenses, con el detective asignado al caso y con alguna que otra persona cuyo testimonio había considerado baladí. Estaba rendido, aturdido y confuso, y pese a todo se

calzó las zapatilla de correr y se dispuso a rodar un rato. Necesitaba estirar las piernas y despejar la mente. Nunca se había enfrentado a un caso similar. Todo le parecía un auténtico disparate. Según un experto informático no encontraba rastro de manipulación en las fotografías de las cuatro chiquillas, esas en las que aparecían con la cabeza de un chacal. Habían mandado los archivos a la oficina del FBI en Dallas para que estudiaran los metadatos en profundidad. Esperaba que al día siguiente, aunque fuera a última hora de la tarde, les llegasen noticias de que efectivamente algún ser inhumano se había atrevido a mancillar la memoria de aquellas jóvenes con una payasada

que no tenía la menor gracia. Ojalá lo descubriesen pronto. Casi tenía ganas de ponerle las manos encima al desgraciado que se había atrevido a cometer semejante felonía. Al menos las familias no serían informadas del incidente y jamás tendrían acceso a las instantáneas.

Nada más abandonar su habitación del Best Western sintió una ráfaga de aire caliente y seco. Lo sensato era haber dado media vuelta y dejar el entrenamiento para mejor día, pero ya estaba resuelto a correr, aunque sólo fuera un par de millas. Su cuerpo precisaba realizar algo de ejercicio, romper a sudar y quizá, sólo quizá, dejar atrás toda la porquería que había tenido

que asimilar en unas pocas horas. Terminaría de gastar las pilas y caería roto sobre la cama.

—Usted también ha salido a dar un paseo.

Aquella voz, aunque agradable, le había sobresaltado. Cuando se giró descubrió que era el sacerdote católico que la oficina del sheriff había traído desde la capital de México.

—Vaya, a usted también lo han alojado aquí, padre...

—Salas.

—En realidad voy a correr un rato. Ha sido un día extenuante, en el plano mental, y quizá rodar un rato sea bueno.

—El ejercicio es sano. Yo antes lo practicaba, pero hace ya muchos años

que lo dejé.

—Pues todavía se le ve en buena forma.

—Puras apariencias. Fachada. Soy como uno de esos viejos automóviles a los que arreglan la carrocería pero no le cambian el motor.

—Ya veo que no le falta el sentido del humor.

—He pasado por muchos momentos difíciles. Momentos en los que hay que ponerse muy serio. Para compensar uno tiene que reírse un poco, aunque sea de sí mismo.

El agente de la UAC se sintió extrañamente cómodo con el cura. De inmediato percibió que era un sujeto que estaba curado de todo espanto y que afrontaba la realidad, por complicada

que fuese, con mucho sosiego.

—Yo, siendo sincero, no soy nada creyente. Pero agradezco que se implique. Según tengo entendido ha ayudado a mucha gente por todo el mundo.

—En realidad yo nunca he hecho nada. Ha sido Dios el que me ha dado fuerzas, el que me ha concedido las herramientas para combatir el mal.

—Imagino que el concepto del mal que tenemos usted y yo dista demasiado.

—¿Cuál es su concepto del mal? — preguntó el padre Salas, mostrando un franco interés.

—Personas que realizan actos terribles. Pero siempre hay detrás una explicación. Mi labor es desentrañar

esos motivos para encontrar a los culpables.

—En tal caso pensamos lo mismo.

—Bueno, con todos mis respetos, yo no creo en dios, ni en el infierno, ni en todas esas cosas...

El cura se quedó unos segundos mirando fijamente a los ojos de Ethan Bush, como escarbando más allá de sus pupilas, en el interior de su mente.

—Pero ya ha sido testigo de hechos que no tienen una explicación racional, ¿verdad?

El agente recordó un par de sucesos que no distaban demasiado en el tiempo y que seguían, a día de hoy, sin tener una interpretación lógica.

—Sí, como todo el mundo. Pero no me

lanzo en brazos de las supersticiones. Tarde o temprano todo termina por aclararse.

—Yo no soy de ideas férreas, no se confunda. He tenido profundas crisis de fe. Pero lo que es seguro es que pasan cosas extraordinarias. Tanto buenas como malas.

Ethan Bush se rascó la cabeza, meditando, sin desear dar una réplica que el mexicano pudiera interpretar como un ataque o una falta de respeto.

—Será mejor que salga a correr ya. Se está haciendo tarde y mañana nos espera una jornada tan dura como la de hoy.

—Espero que le vaya bien en su entrenamiento por las lindes del cementerio.

—¿Cómo?

—Lo que tenemos a la espalda del hotel es el cementerio de la localidad. No deja de ser curioso.

—No tenía la menor idea.

—¿Le preocupa?

—En absoluto. Los muertos jamás me han dado miedo. Temo a los vivos, que son los que realizan actos criminales.

—¿Cuándo está muerta una persona?

La pregunta del padre Salas había sido formulada en un tono quedo y confidencial, casi personal. Ethan Bush de inmediato pensó en su padre, enterrado en el cementerio de Mariposa, en California.

—Cuando la olvidamos... —respondió el agente, taciturno.

—Ya ve, la muerte no es un proceso tan radical como uno imagina. Le deseo un buen entrenamiento. Yo me limitaré a rodear la gasolinera caminando y volveré a mi habitación. Con ganas le acompañaría. Hasta mañana.

El agente de la UAC echó a correr en busca de County Road, la carretera que daba acceso a Sinton desde la autopista 77. Poco después giró a la izquierda, tomando Cemetery Street. Apenas había completado media milla cuando se topó con la verja del cementerio. La oscuridad ya se había ceñido sobre el condado de San Patricio, pero a apenas unos pasos de donde se encontraba podía divisar todavía las relucientes lápidas. La cancela que daba paso al

interior del cementerio estaba abierta. Tras ella se extendía un largo camino de tierra, flanqueado por árboles. Guiado por el instinto se internó por aquel sendero, como si una fuerza le impeliera a ir en busca de algo que hubiera perdido entre las incontables tumbas que lo rodeaban.

«¿Qué narices estás haciendo, Ethan?», se recriminó, deteniendo la marcha, pensando que había llegado demasiado lejos y que tenía que regresar al hotel. Quizá las últimas palabras del cura mexicano le habían perturbado un poco y de ahí su extraño proceder.

Recordó a su madre, que seguía viviendo en California, de donde él era oriundo, y en lo abandonada que la

tenía. De hecho residían cada uno en un extremo opuesto del país. Ella había sufrido el mazazo de la pérdida de su marido, tanto como él la de su padre. Pero la tenía desamparada, apenas la telefoneaba y mucho menos iba a visitarla. Estar con ella era como volver a abrir las heridas, como sacar a flote una verdad que él se negaba desde hacía años a aceptar: su padre, su mejor amigo, había muerto y aquello ya no tenía remedio.

Cuando se giró, cabizbajo, para volver al Best Western, vio a una niña que se encontraba en mitad del camino, a apenas veinte yardas de distancia. Un escalofrío le erizó la piel. No podía ser, hacía apenas tres minutos que había

pasado por aquel mismo lugar, y no había absolutamente nadie. La chiquilla parecía llevar un vestido fluorescente y le observaba, con el rostro levemente ladeado. Ethan Bush se frotó los ojos, por si el agotamiento le estaba jugando una mala pasada y todo era fruto de su imaginación. Pero cuando despegó los párpados la pequeña seguía allí, esperándole.

«Deberías haberte quedado a dormir en el hotel. Estás reventado y no sabes ni lo que te haces».

El agente del FBI se armó de valor, pensando que era un estúpido por tener miedo de una chiquilla que con seguridad vivía cerca de allí y se había perdido mientras jugaba. Sólo tenía que

pedirle que le indicara dónde residían sus padres, acompañarla hasta su casa y asunto resuelto. Pero cuando llegó a la altura de la niña comprendió que no era un ser humano *normal*; que ni su rostro, ni sus ojos, ni su piel, tenían el aspecto natural de cualquier persona. Lo que terminó de helarle la sangre fue reconocer, vagamente, la cara de la joven: *¡era una de las víctimas del caso que estaban investigando!*

—¿Qué haces aquí sola a estas horas?

—preguntó, tartamudeando, sin tener claro si estaba soñando o teniendo alucinaciones.

—No estamos muertas —respondió la niña, serena, en un susurro.

Ethan Bush se quedó atónito. Tenía que

salir de aquel atolladero lo antes posible. El cansancio estaba jugando con su cerebro y no le estaba gustando nada aquel divertimento.

—Disculpa, pequeña, ¿qué quieres decir?

El rostro de la chiquilla cambió bruscamente. Era como si tuviera la capacidad de transformarse. Pareció haberse enojado. La piel se le oscureció como por arte de magia y sus pupilas se dilataron, hasta ocupar casi toda la órbita de los ojos. Después abrió mucho la boca, como si estuviera gritando con todas sus fuerzas, pero su voz no sonó hasta unos segundos más tarde.

—¡Que no estamos muertas!

Capítulo VIII

Anderson pasó a recoger en su vehículo al padre Salas y al agente Ethan Bush por el Best Western para llevarlos hasta la escuela de secundaria de Sinton, donde tendrían lugar a partir de ese momento las reuniones multitudinarias, pues la oficina del sheriff se había quedado pequeña para las decenas de personas implicadas ya en la investigación.

—Qué les sucede... parece que les ha comido la lengua el gato —comentó,

intentando que el breve trayecto sirviese para estrechar lazos y relajar un poco la evidente tensión.

—Creo que el señor Bush tuvo ayer una especie de revelación, ¿me equivoco?

—inquirió el sacerdote, en un tono discreto y cordial.

El agente de la UAC se vio sorprendido por la observación del mexicano. No le había contado a nadie su extraña experiencia de la noche anterior, y de facto estaba meditando si era necesario hacerlo o por el contrario era mejor mantener la boca cerrada para siempre.

—Salí a correr un rato y sucedió algo incomprensible, es verdad. ¿Cómo lo sabe usted?

—Yo no sé qué ocurrió, pero desde que

nos hemos visto esta mañana he notado que estaba meditabundo, aturdido, como presa de incertidumbres. He inferido que algo sucedió mientras entrenaba cerca del cementerio.

El agente de Dallas aminoró un poco la marcha. Deseaba dejar resuelta aquella cuestión antes de incorporarse a la reunión matutina. No comprendía muy bien qué estaba sucediendo, pero tenía claro que el cura y el hombre de Washington sí hablaban el mismo lenguaje. O al menos lo intentaban.

—¿Qué pasó?

—Es algo absurdo. No creo que tenga importancia. Estaba agotado, salí a correr y es posible que sufriese una alucinación.

—Yo, al contrario, considero que puede ser vital para la investigación. Ethan, deje a un lado sus prejuicios y cuéntenos lo que sucedió —murmuró el padre Salas, tuteando al agente Bush y hablando como lo haría el pastor de una iglesia a un feligrés que desea confesar un pecado, pero que no termina de decidirse.

Liam Anderson aparcó el coche en el parking diminuto de una tienda de conveniencia *Stripes*, junto a una estación de servicio *Valero*, ubicada en Sinton Street. Justo enfrente había una enorme tienda de antigüedades y algunos negocios que habían echado la persiana. Un hombre se les quedó mirando, como si jamás hubiera visto en toda su vida un

Infiniti QX70 con las lunas tintadas.

—No podemos entrar así en la escuela de secundaria. No me entero de nada, pero me gustaría saber de qué diablos están hablando. Le ruego, agente Bush, que no se ande por las ramas y nos cuente qué aconteció ayer, si es que resulta de interés.

Ethan Bush apretó los labios. Le costaba horrores tener que describir lo que sus ojos habían visto, aunque su razón le indicara que todo era una mala pasada de su imaginación.

—Salí a entrenar. El cementerio está justo detrás del hotel, ya me lo había comentado el padre Salas momentos antes de comenzar. Cuando llegué hasta la entrada del camposanto la hallé

abierta y vi que un camino de tierra se adentraba en él. No me apetecía seguir rodando por asfalto, de modo que pensé que no era mala idea seguir aquella senda. Al poco noté algo extraño, me giré y vi a una niña en mitad del camino. Había surgido como de la nada, y tenía un aspecto fantasmagórico.

—Vaya, no me extraña que le costase hablar del asunto —manifestó Anderson, sorprendido.

—Por favor, Ethan, continúe —le animó el padre Salas, posando su mano en el hombro del agente.

—Me acerqué hasta la pequeña, pensando que podía tratarse de una vecina del pueblo que se había desorientado y que llamaba mi atención

para que le ayudase a volver a casa. Cuando estaba a su altura me cercioré de que en verdad no era un ente normal, por decirlo de algún modo.

—No le sigo, Bush —musitó Anderson, que no sabía si su colega de Washington le estaba tomando el pelo, si había perdido la cabeza o si hablaba completamente en serio.

—Su piel, sus ojos, el vestido que llevaba... Todo resplandecía de un modo antinatural, como si fuera fluorescente.

—¿Le habló? —preguntó el mexicano, que no dudaba de que todo lo que le estaba narrando Ethan Bush era absolutamente veraz.

—Sí. Me repitió la misma frase dos

veces. La primera lo hizo de un modo dulce, suave. La segunda se enojó y me lo gritó. Su rostro se había transformado, parecía una bestia, algo inexplicable. Después desapareció. Se esfumó delante de mis ojos.

El agente especial de Dallas no pudo evitar lanzar un suspiro. Cinco víctimas a las que les faltaba el corazón, un sacerdote católico, una médium y ahora un agente de la UAC, que se suponía venía para poner cordura y orden, decía que hablaba con fantasmas: demasiado para primera hora del día.

—¿Qué le manifestó la pequeña? —
inquirió el padre Salas, como si en el interior del vehículo estuvieran a solas él y Ethan Bush.

—Que no están muertas —susurró el agente de la UAC, golpeando con su mano la ventanilla del coche, enfurecido.

—Que no están muertas... ¿Quiénes no están muertas? —preguntó Anderson, recuperando el interés en la conversación.

—Imagino que ellas, las cinco víctimas. No tengo la menor idea.

—Ethan, la niña, ¿se dirigió a usted en primera persona del plural? —interpeló el mexicano.

—Así es. Parece como si hubiera estado allí conmigo.

—No, pero no es la primera vez que me encuentro con una situación parecida. Por eso puede darle la impresión de que

voy por delante de sus contestaciones. Sólo deseo confrontarlas con mi dilatada experiencia.

El agente especial de Dallas no sabía si arrancar bruscamente el coche y buscar auxilio en las personas que les aguardaban en el salón de actos de la escuela secundaria o si bajarse del vehículo y respirar un poco de aire fresco antes de continuar con aquel despropósito.

—Será mejor dejarlo estar. No comentemos este episodio a nadie más. Quedará entre nosotros. Está claro que sufrió una alucinación debida al estrés, al viaje, al agotamiento propio de una jornada que se alargó demasiado...

—No entiende nada, señor Anderson. Es

muy importante lo que Ethan nos está contando. Muy importante y no debemos perder ni un segundo, si es lo que me temo.

—Padre, una cosa es que el sheriff haya admitido su colaboración en esta investigación y otra muy diferente que usted vaya a marcarnos la agenda.

—Anderson, la chica que me habló ayer, la que me gritó que no estaban muertas, creo que es la segunda víctima. Debería repasar las fotografías, pero juraría que se trataba de ella —intervino Bush, alentado por la credibilidad que el mexicano daba a sus palabras.

—Esto no puede ser verdad, no puede serlo... En tal caso, padre Salas, ¿qué es lo que deberíamos hacer según su

experiencia?

—Exhumar los cuerpos que se hallen enterrados y hacer pruebas médicas cuanto antes a las cinco víctimas. Es muy posible que todavía estén vivas.

Capítulo IX

La descabellada propuesta del padre Salas despertó un acalorado debate entre todos los congregados en el salón de actos de la escuela secundaria de Sinton. Había desde posturas radicales en contra, arguyendo que era someter a un innecesario e inútil proceso a las familias de las víctimas, aumentando además su profundo dolor; hasta algunas más proclives, como las del forense de Houston o la médium. Anderson no dejaba de preguntarse cómo narices

había permitido que una cuestión tan absurda acaparase toda la atención en un proceso de investigación tan complejo. Se le estaban yendo las cosas de las manos, y el sheriff, responsable último de todo, toleraba con su actitud que así fuera.

—Quizá el padre Salas está en lo cierto. Quizá el mensaje que recibió el agente Bush era una llamada desesperada. No he sido capaz de sentir nada sobre esas pequeñas, es como si no existiesen. Es algo que suele sucederme con los vivos, pero jamás con los que ya han pasado al otro mundo. Siempre noto alguna fuerza, aunque no reciba ningún mensaje. Y de esas niñas, pese a mis denodados esfuerzos, no he recibido ninguna señal,

ni la más mínima.

—Maravilloso, ahora una espiritista nos explica la diferencia entre la vida y la muerte. Para qué narices necesitamos forenses y aparatos clínicos, ¡las tenemos a ellas! —exclamó, airado, el agente especial de Dallas.

—Será mejor que nos calmemos. Todo esto, agente Anderson, ha comenzado porque su colega de Washington, que no es ningún devoto, anoche tuvo una... *aparición*. No lo olvide —manifestó el sheriff, intentado poner de acuerdo a los dos bandos.

—Yo, si mi colega no tiene inconveniente, me presto voluntario a realizar un examen concienzudo de los tres cuerpos que todavía están en el

depósito de cadáveres —dijo Jacob Baker, que desde el principio no había planteado objeciones a realizar una nueva autopsia.

Matt Turner, el forense del condado, asintió. Sus ojos denotaban cierta perplejidad, pero no pondría obstáculos. —Pero, por el amor de Dios, ¿de qué clase de examen estamos hablando? ¡Esas chicas no tienen corazón! ¡Están muertas, definitivamente muertas! — exclamó el agente de Dallas, llevándose las manos a la cabeza, desesperado.

—No perdemos nada por intentarlo — intermedió el detective John Hill, que en lo más hondo de su ser albergaba una peculiar luz de esperanza.

—Está bien. Continuemos. Somos

muchas personas aquí reunidas como para perder más tiempo con este asunto. Que los dos forenses hagan su trabajo. No exhumaremos ningún cuerpo a menos que el examen de los que tenemos en el depósito dé algún resultado anómalo. ¿Estamos todos de acuerdo?

La multitud asintió. Alguno de mala gana, otros enfervorizados, como si intuyesen que la aparición de la que había sido protagonista Ethan Bush cambiaría el destino de las chiquillas.

—En tal caso, vamos a repasar la lista de principales sospechosos que tenemos ahora mismo —declaró el sheriff, aliviado por haber llegado a un consenso y poder seguir avanzando. No en balde tenía delante de sí a un puñado

de agentes de policía que se habían prestado de forma voluntaria a colaborar en el caso y tenían que estar alucinando con el espectáculo de aquella mañana.

El ayudante del sheriff, Pete Sanders, usó un cañón para repasar el historial de los tres sospechosos sobre los que se había concentrado la atención de su oficina, lo que no significaba descartar a nadie. De hecho esa misma mañana una decena de voluntarios repasarían cientos de expedientes, ampliando el radio de acción a otros condados, aunque en principio se descartase que el asesino fuese alguien que no conociese muy bien la zona, sus vecinos y sus costumbres.

El primero de la lista era Oliver Smith,

un pederasta que residía en Sinton, no muy lejos de la escuela secundaria en la que mantenían la reunión. Había cumplido una condena de seis años en los noventa por abusos e intento de secuestro. Más tarde también había sido enjuiciado por un caso similar en el 2010, aunque salió bien parado gracias a su abogado y no llegó a poner un pie en la cárcel. Se había mudado a Texas hacía dos años, y aunque parecía haber sentado la cabeza la policía sabía bien que pocos de estos criminales se reinsertan por completo. Trabajaba en una tienda de antigüedades y según su propietario no daba problemas.

El segundo era Jackson Davies, otro ex-convicto, que tenía una casa a las

afueras de Mathis, donde había sido hallado uno de los cadáveres. Se había pasado diez años en prisión por violación y secuestro y posterior tentativa de homicidio. Tenía un cociente intelectual elevado, aunque presentaba desde niño un comportamiento disfuncional y una conducta agresiva. Había sufrido maltrato. Llevaba residiendo en la casa que había heredado de sus padres desde hacía cinco años y se dedicaba a cultivar un pequeño huerto y hacer chapuzas por la zona. Tampoco nadie había advertido en él un comportamiento extraño.

El último se trataba de un cirujano retirado, Caleb Collins. Vivía en una gran casa al norte del condado, en la

pequeña población de St. Paul. Había tenido que salir por patas de un reputado hospital de Houston en el 2012, debido a un escándalo relacionado con abusos a pacientes jóvenes en estado de coma o bajo los efectos de ansiolíticos. Había llegado a un acuerdo extrajudicial con las víctimas y el hospital también había hecho lo posible por enterrar el asunto y que los medios de comunicación no se hiciesen eco del escándalo. Ya no podría ejercer nunca más la medicina, pero tenía dinero de sobra para mantener un ritmo de vida holgado. Apenas se relacionaba con nadie de la comunidad, llevaba una existencia casi monacal y sólo se le conocía una amistad, una mujer de San Antonio

propietaria de una cadena de agencias inmobiliarias repartidas por todo el estado. Su currículum era impresionante y su cociente intelectual estaba por encima de la media.

—¿Nadie más? —preguntó un detective, llegado desde el vecino condado de Nueces.

—El resto de la lista tienen coartadas sólidas para al menos dos o tres de las víctimas. Eso los hace ocupar un lugar secundario en la lista —respondió el ayudante del sheriff, con decisión.

—Podemos estar ante una banda organizada. Traficantes de órganos, por ejemplo. Por aquí no tenemos muchos casos, pero en México es frecuente. Hay gente dispuesta a todo con tal de saltarse

las listas de espera. A pagar una auténtica fortuna. En el mercado negro puedes comprar un riñón, segmentos de hígado o de pulmón, pero no corazones. Nadie puede seguir viviendo sin corazón.

—Pero para eso están ustedes aquí, para que volvamos sobre nuestros pasos y encontremos a alguien que quizá se ajuste al perfil. Se nos puede haber escapado algún detalle. Somos un equipo pequeño, y este asunto se ha vuelto demasiado grande. ¿Cuál es su opinión, señor Bush? —inquirió el sheriff.

El agente de la UAC esperaba la pregunta. Había intentado escuchar con atención las detalladas explicaciones de

Sanders, pero seguía conmocionado por lo acontecido la noche anterior y le costaba concentrarse. Pese a todo, su experiencia le permitía elucubrar hasta en esas penosas circunstancias.

—No creo que se trate de una banda organizada. Esto es fruto de una única persona. Es pronto para emitir un juicio de valor en profundidad, pero el primero y el segundo no encajan demasiado bien en el perfil preliminar que he esbozado. Sin embargo el doctor, o ex-doctor, Collins, sí que parece un candidato idóneo. Me gustaría poder mantener una entrevista con él.

—No hay problema. Cuenta con todos los recursos de mi oficina, aunque sean limitados, a su disposición —manifestó

Tom Parker, animoso. Estaba deseando escuchar algo así desde hacía semanas. Dedicaron la siguiente hora a repartir funciones, y poco a poco todos fueron abandonando la estancia. Finalmente sólo quedaron en el salón de actos Anderson, el padre Salas, la espiritista y Ethan Bush.

—Lo lamento, pero no me gusta el curso que está tomando la investigación. Al menos en este último tramo de la reunión hemos actuado como personas racionales, como auténticos profesionales —dijo el encargado de la oficina del FBI en Dallas, mientras se aflojaba la corbata.

—Pero, señor Anderson, ¿de verdad usted considera que nos enfrentamos a

un caso convencional? —inquirió el padre Salas, que comprendía al agente especial, pero que no compartía su punto de vista.

—No, tiene sus particularidades, ¡como todos a los que me enfrento cada día!

—Chicas a las que les falta el corazón, sin que nadie tenga la menor idea de cómo se les extirpó. Apariciones en mitad de un cementerio. ¿Esto es muy frecuente? —preguntó, irónica, Alyssa Moore.

—Venga, no me fastidie.

—Y usted, señor Bush, está muy callado. Me encantaría conocer su parecer —murmuró, respetuoso, el sacerdote mexicano.

—Estoy confundido. Quiero, al igual

que mi colega, poner orden y lógica en nuestra manera de enfocar el caso y en la forma de dirigir a todos los implicados. Deseo pensar que lo de anoche sólo fue una mala jugada de mi cerebro, así de sencillo. En el desierto personas que se pierden sufren alucinaciones después de un par de días sin beber ni comer. También gente que consume drogas, que sufren síndrome de abstinencia o que llegan a la extenuación.

—Pero esas no fueron las condiciones en las que usted se hallaba ayer —apuntó la espiritista.

—Estaba un poco cansado, pero nada más... No dejo de darle vueltas a lo ocurrido. Tiene que tener alguna

explicación.

—Y la tiene, Ethan, no tenga la menor duda. Confíe en mi experiencia —musitó el padre Salas, con su voz reconfortante y suave.

Anderson intentó apartar a los presentes de aquel debate y centrar la atención sobre los expedientes y sobre algunos informes que le habían remitido desde su oficina en Dallas. En ellos se apuntaba que la probabilidad de que el asesino residiese en Sinton era muy alta, aunque también podía hacerlo en St. Paul y en alguna otra población. Eso señalaba con más fuerza en la dirección del cirujano. Tenían que ir a hacerle una visita. El agente de Dallas y Ethan Bush pensaron que era mucho mejor aparecer

en su casa, sin anunciarse, de un modo natural y espontáneo, en lugar de citarlo en la oficina del sheriff. De ese modo podrían calibrar mejor sus reacciones *en caliente*.

Siguieron un par de horas más trabajando. El padre Salas y la médium de cuando en cuando emitían alguna opinión, pero en general se limitaban a escuchar a los dos agentes especiales del FBI. Ya les llegaría su momento.

De súbito, el zumbido del teléfono de Anderson les sobresaltó. Atendió la llamada y conforme la conversación avanzaba su rostro se iba palideciendo poco a poco. Cuando colgó estaba desencajado.

—¿Quién era? ¿Qué ha sucedido? —

preguntó el padre Salas, el único que se atrevió a abrir la boca.

—Era el sheriff. Nos solicita que acudamos a su oficina con urgencia. Ha pasado algo extraordinario.

—Por favor, no nos mantenga en tensión. Le ruego que se explique —dijo Alyssa Moore, nerviosa, intuyendo lo que podía haber ocurrido.

—Los forenses han estudiado a fondo dos de los cuerpos...

—¿Están vivas? —inquirió, algo perturbado Ethan Bush.

Anderson tardó varios segundos en responder a la pregunta. Era como si no la hubiese escuchado. Su mente estaba lejos de allí, en algún lugar remoto y extraño, donde sólo habita la propia

conciencia. Por fin, se decidió a contestar.

—No, no están vivas. Pero tampoco están muertas. El proceso normal y natural de descomposición, de putrefacción, no se ha iniciado. No hay variación en la temperatura corporal, no hay rigor mortis, no se ha paralizado la ordinaria función del sistema inmune, de tal suerte que tampoco se ha descontrolado, como sería lo habitual en estos casos, la actividad bacteriana. Necesitan realizar más pruebas, porque tampoco ellos entienden nada. Pero lo único cierto es que esas niñas, técnicamente, no han fallecido todavía.

Capítulo X

Los siguientes diagnósticos confirmaron la primera hipótesis: las pequeñas no estaban vivas, pero tampoco muertas. Las familias de las dos niñas que habían sido ya enterradas dieron su consentimiento para la exhumación de los cuerpos y los análisis ratificaron que se encontraban en la misma situación que las tres que se hallaban en el depósito.

Con la mayor discreción, pues ya se temía que el caso despertase una oleada

de conjeturas sin fundamento y la llegada de decenas de medios de comunicación de todo el país en busca de carnaza, se invitó a un experto de la Universidad de Dallas a participar en la exploración y análisis de los cuerpos. Se conocían casos extraños en los que la sintomatología era análoga, bajo condiciones extremas de hipotermia. Desde luego no era el clima del condado de San Patricio en unas fechas próximas al verano. También eran múltiples, a lo largo de la historia, las referencias a ese singular trastorno, la catalepsia, que ha conducido a enterrar en vida a no pocas personas (muchas de las cuales fallecieron de un modo horrible, asfixiadas y extenuadas después de

pasar un tormento inenarrable confinadas en el ínfimo espacio que concede un ataúd). Pero desde luego no había documentado ninguno en el que se detuviese el proceso de descomposición del cuerpo... en ausencia del órgano vital más importante: el corazón.

Las niñas no respiraban, y el flujo sanguíneo parecía haber quedado en suspenso, al igual que cualquier actividad cerebral. La piel estaba un poco pálida y las córneas presentaban un aspecto ligeramente rígido, pero nada fuera de un rango tolerable. Pero la temperatura del cuerpo de todas ellas era de, más o menos, 36°C, y los órganos internos presentaban un aspecto impecable, como si el tiempo se hubiese

detenido desde el momento de la supuesta muerte; como si hubiera quedado una imagen estática de las pequeñas, sin que pudiesen recuperar el aliento vital pero tampoco avanzasen hacia la putrefacción.

Los padres no fueron informados de la situación real en la que se encontraban sus hijas. Se inventó un pretexto: quizá el asesino había dejado rastros de ADN que antes no habían sido localizados pero que ahora, mediante nuevas técnicas y el uso de aparatos muy avanzados, estaban siendo analizados. Ninguno se sentía demasiado satisfecho de dar aquella versión a los familiares, pero asumieron que no cabía otra posibilidad.

Anderson aceptó que quizá el sacerdote y la espiritista podían jugar un papel más relevante en la investigación, y les permitió quedarse a solas en el depósito con las cinco víctimas. A través de una cámara seguía sus movimientos. Sólo les veía meditar, tocar de vez en cuando la frente de las chiquillas y observarlas con un detenimiento encomiable. Después de un par de horas el padre Salas abandonó la estancia y fue en busca de los responsables de la investigación: tenía algo que comunicarles.

El sheriff reunió sólo a Anderson, su ayudante, el detective John Hill, Ethan Bush y el padre Salas en su despacho. Ya habían decretado que la información

sería filtrada con cuentagotas al resto de implicados en la investigación.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Tom Parker, inquieto, al mexicano.

—Tengo una intuición —respondió el mexicano.

—¿Una intuición?

—Sí, basada en mis conocimientos y en mi experiencia. No crea que sus afamados doctores se mueven en ocasiones por otro motivo que no sea el instinto, el olfato profesional.

—Está bien. Por favor, le escuchamos.

—El señor Bush es el más indicado para completar el perfil, pero de repente he tenido una idea. Creo conocer el móvil del asesino.

Ethan Bush se aproximó hasta el

sacerdote. Su actitud había cambiado desde su encuentro en el cementerio. Los hechos posteriores sólo habían acrecentado sus dudas, y aumentado también su confianza en las palabras del padre Salas.

—¿Qué es lo que busca?

—Algo que el ser humano ha tratado de lograr casi desde que tiene uso de razón. Un motivo tan poderoso que incluso explica la influencia que la religión conserva en la sociedad actual. Ese hombre ansía una cosa con angustia e impaciencia: *la inmortalidad*.

Capítulo XI

El sheriff tuvo que abandonar su despacho, reclamado por su secretaria, pero rogó al resto que continuasen debatiendo mientras se ausentaba. Quizá habían llegado a un punto clave para la investigación y su presencia no era imprescindible. Lo que menos convenía era dilatar los plazos cuando estaban en juego las vidas de las pequeñas de su condado, de las hijas de sus propios amigos. Todos aceptaron la propuesta sin rechistar. El único que se sentía

profundamente violento era el agente Anderson. Pese a las evidencias, seguía pensando que aquella investigación seguía un rumbo errático, marcado por las ocurrencias de un exorcista mexicano y de una médium que atendía a excéntricos multimillonarios en su consulta de Houston.

—La inmortalidad... Considera, acaso, que sufre una grave afección cardíaca y que por eso acumula órganos de adolescentes —argumentó el agente especial del FBI en Dallas.

—No, aunque tampoco lo descarto. ¿Saben algo de la muerte y el paso a la otra vida en el antiguo Egipto? —preguntó el cura, mirando a los rostros de los presentes con ansiedad.

—Yo poco más de lo que he visto en algún documental. El rollo ese del embalsamamiento —se adelantó a contestar John Hill.

—Exacto. Y, ¿recuerdan esas imágenes de las pequeñas con la cabeza de un chacal?

—Claro, ¡cómo podríamos sacárnoslas de la mente! Era algo espantoso —declaró Anderson, dando un golpe a la mesa del sheriff.

—Pues mientras estaba en el depósito, contemplando a esas pobres niñas, he recordado el arduo proceso de momificación al que sometían a los faraones para lograr un tránsito exitoso al Inframundo.

—Sí, es verdad. Ahora que lo recuerdo

hay un dios egipcio que tiene la cabeza de un perro o de un chacal. Aparece en muchos dibujos —murmuró Ethan Bush. —Anubis. Es el maestro de la necrópolis, el patrón de los embalsamadores. Durante el proceso de embalsamamiento siempre había un sacerdote con su máscara. Y el corazón juega un papel esencial en el tránsito al otro mundo. En Juicio de Osiris el corazón es pesado, y eso determina qué sucederá con el difunto: pasará al paraíso y disfrutará eternamente de los campos de Aaru o, por el contrario, será arrojado para que Ammyt lo devore y pierda para siempre jamás su condición de inmortal y fallezca ya de un modo irreversible, definitivo.

—¿Qué clase de pirado cree en esas cosas hoy en día? —inquirió, disgustado, Anderson.

—Hoy en día el 90% de la población mundial cree en deidades. Yo asumo, desde hace mucho tiempo, que todas están emparentadas; hasta las de raíces más antiguas —respondió el padre Salas.

Ethan Bush se acariciaba el mentón, mientras dejaba a su imaginación maquinarse, ajeno a las disputas entre su colega y el sacerdote. En realidad estaba completando el perfil del asesino. Sacó una de sus libretas *Moleskine* y se puso a escribir en ella con agilidad, como si las ideas fluyesen desde su cerebro hasta la punta de sus

dedos con un ímpetu frenético. Quizá había dado con algo bueno de verdad para resolver el caso.

—Es alguien mayor. Pensaba que se trataba de una persona de mediana edad, pero no. Quizá incluso se trate de un anciano. Desea aferrarse a la vida o prepara su muerte y necesita de un corazón que no esté corrompido. En su mente esas pequeñas significan, por algún motivo, la pureza, la inocencia.

—Bush, habla como un chalado más. Al final nos vamos a volver todos locos — manifestó Anderson, poniéndose en pie y yendo en busca de la única ventana de la estancia, como si necesitase respirar aire fresco para no desfallecer.

—Sí, eso encaja bien, Ethan. Estamos en

sintonía. Me alegro mucho de que escuche mis palabras, de que me preste atención. Le aseguro que yo valoro mucho su trabajo —murmuró el mexicano, aliviado.

—En tal caso, estamos errando el tiro. Vamos a tener que avisar a todos los equipos que están ahora mismo trabajando con un perfil equivocado —dijo el detective John Hill.

—Es un perfil más detallado. Necesito elaborarlo un poco más. Me gustaría mantener una reunión con usted, con el padre Salas y con la médium.

Anderson regresó a la mesa. No se le había escapado el detalle de que el agente de Washington no había mencionado su nombre.

—Y yo, ¿me puedo marchar a Dallas?

—preguntó, molesto.

—En absoluto. Entretanto tenemos que descubrir algo que es también fundamental —respondió Bush, con naturalidad, restando importancia al tono airado que había usado su colega.

—Soy todo oídos.

—Tenemos que saber qué tienen en común esas adolescentes —dijo el agente de la UAC, mientras repasaba las anotaciones de su libreta—. Todas residen en este condado, en San Patricio; todas tienen edades parecidas; todas forman parte de familias desestructuradas o con problemas; todas son caucásicas y a todas, por lo visto, les encantaba salir a pasear solas por

los alrededores de sus respectivas poblaciones. Cuanto más sepamos de ellas, de lo que las une, más sabremos del asesino. Encontrar esos nexos es una labor idónea para un agente de su talla. Y no tiene nada de sobrenatural. Actuaría de la misma manera en cualquier otra circunstancia.

Anderson asintió. No era descabellado lo que le indicaba Bush, y era una forma de no quedarse al margen de la investigación, al mismo tiempo que eludía participar en las elucubraciones surrealistas de las que estaba siendo testigo.

—Tendré que coordinarme con el sheriff, pero es una propuesta fabulosa. Lo más juicioso que he escuchado en

días.

—Sí, y me encantaría que fuésemos juntos a ver a Caleb Collins. Ahora mismo es el perfil que mejor encaja.

El agente de Dallas abandonó la estancia y fue en busca de la médium, que seguía en el depósito. Al cabo de unos minutos Alyssa Moore se incorporaba a la reunión. Le pusieron en antecedentes y la espiritista demostró un gran conocimiento de la cultura egipcia, de sus costumbres y del modo en que los faraones y los individuos más pudientes de la sociedad —se trataba de un proceso muy costoso— eran embalsamados para su viaje al inframundo. El corazón jugaba un papel principal, y, al contrario que el resto de

órganos, que eran conservados en vasijas una vez extraídos del torso —el cerebro era desechado, pues no se le tenía en gran aprecio ni, desde luego, se conocían sus funciones—, se momificaba junto al resto del cuerpo del difunto. Todos observaban a la médium con gran interés, hasta que llegó un momento en que ella realizó una pausa prolongada en su discurso.

—Un momento... ¿Por qué me han llamado en este instante?

—Porque sus conocimientos pueden ser muy valiosos, ahora que hemos logrado este avance en la investigación —respondió el padre Salas, animándola.

El detective Hill había comprendido mejor que el mexicano el sentido de la

pregunta de su amiga. Apartó su mirada de ella y esperó a que fuese el agente de la UAC el que le diese una respuesta.

—Considera que sospechamos de usted...

—No al principio, pero es como si me hubieran tendido una trampa. Soy una mujer de cierta edad, creo en la otra vida y acabo de demostrar, como una estúpida, que conozco los rituales del antiguo Egipto como si me acabasen de traer de vuelta de hace tres mil años. Tampoco soy tan ingenua.

—No le negaré que acabo de anotar su nombre en mi exigua lista de sospechosos. Pero confío en que el curso de la investigación nos llevará por otros derroteros. En mi perfil las

probabilidades de que el sujeto se trate de una mujer están en sólo un 10%, de modo que tampoco me preocuparía demasiado. A menos que de verdad tuviese motivos para ello —dijo Ethan Bush, guiñando un ojo a la médium.

—Yo no soy ninguna asesina. Desde ya me presto voluntaria para someterme al polígrafo y para que revisen mis coartadas. Mi residencia está en Houston, a más de tres horas en coche de este condado.

—No se ofenda, por favor. Dejemos que el tiempo ponga las cosas en su sitio. Tenemos a otro candidato que quizá encaje mejor que usted en el perfil. De momento está colaborando, y eso no es lo que se espera de un asesino en serie

—mintió el agente de la UAC, que sabía de sobras que eran infinidad los casos de asesinos que se implicaban, algunos de un modo muy activo, en la investigación de sus horrendos crímenes.

—Me quedo más tranquila. Por un momento he creído... No le demos más vueltas y sigamos. Tenía que disipar esa duda antes de continuar —manifestó la médium, no del todo conforme pero más relajada.

En ese instante la secretaria del sheriff llamó a la puerta y le solicitó al detective Hill que le acompañase. Había un testigo que estaba dispuesto a darle cierta información. Había carteles pegados por las paredes, las farolas y

los postes de la luz de todo el condado, de modo que no era extraño que alguien se acercase hasta la oficina del sheriff para facilitar la labor de la policía. La mayor parte de las veces para comentar una nadería, con la mejor intención; pero nunca se sabía si detrás de aquellos testimonios podía estar la pista que les llevase hasta el culpable.

—Bueno, ahora que nos hemos quedado en la intimidad y que sabemos que el señor Bush ha podido vivir en sus propias carnes un fenómeno paranormal creo que ha llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa —dijo Alyssa Moore, usando un tono de voz confidencial.

—¿De qué narices está hablando? —

preguntó el agente de la UAC, temiéndose lo peor.

—Tenía ganas de soltarlo, casi desde el día en que le conocí —continúo la médium, clavando sus ojos en el mexicano—. Pero quizá hasta ahora no he encontrado las fuerzas o la oportunidad.

—¿Qué es lo que sucede?

—Usted lo sabe, padre Salas. No es un ser humano, no forma parte del reino de los vivos, al igual que esas pequeñas que hemos estado viendo en el depósito. Le ruego que se sincere, porque a mí no puede engañarme: ¿qué clase de ente es usted?

Capítulo XII

Anderson, Hill y Bush estaban frente a la puerta del doctor retirado Caleb Collins. Habían preparado la reunión en la oficina del sheriff y sería el agente de la UAC el que llevaría la voz cantante. Los tres estaban nerviosos. Acudían sin ninguna orden, de modo que el ex-cirujano podía incluso oponerse no ya a mantener un encuentro, también a que cruzasen el umbral de su vivienda. Por suerte no fue así. Se mostró atónito ante la comitiva, pero no puso el menor

reparo en responder a una serie de preguntas *rutinarias*.

—Imaginamos que está al tanto de los horribles crímenes que se han sucedido en las últimas semanas en el condado —dijo Bush, tras unos prolegómenos protocolarios tendentes a rebajar la posible tensión.

—Sí, algo he escuchado por ahí. Lo cierto es que no salgo mucho de casa ni dedico tiempo a navegar por internet. Imagino que ya soy demasiado mayor para esas cosas.

—Señor Caleb, iré directo al grano; no deseamos andarnos con rodeos. Hemos creado un perfil y usted encaja en él. Sería de gran ayuda que repasásemos qué hizo los días en los que las chicas

desaparecieron y que nos permitiese echar un vistazo a su casa. El objeto de esta visita es descartarle. Lo estamos haciendo con varios vecinos del condado y todos nos están prestando su máxima colaboración, como era de esperar —mintió el agente de la UAC, mientras fingía repasar en una de sus libretas un supuesto listado de sospechosos.

El doctor se puso nervioso. Desde el principio no le había gustado nada que dos agentes del FBI y un detective de la oficina del sheriff se presentasen de improviso en su casa, pero quizá habían llegado demasiado lejos.

—Creía que estaban aquí por si había visto algo. Ahora ya me doy cuenta de

que en realidad piensan que yo he podido matar a esas niñas, ¿me equivoco?

—Esto es una formalidad —respondió Anderson, echando un cable a su colega—. Nadie le está acusando de nada. Sólo estamos descartando nombres, antes de ir un paso más allá.

—Y, si no les importa, ¿qué les hace sospechar de alguien como yo?

—Bueno, su pasado en Houston nos obliga a celebrar esta reunión. Pura rutina, pero hay que cumplir con los protocolos.

Caleb Collins agachó la cabeza y hundió sus dedos en su espeso cabello blanco. Murmuró alguna palabra, pero resultó ininteligible para el resto de las

personas que estaban con él en el salón de su casa.

—¿Podría echar un vistazo por la vivienda? —preguntó el detective Hill, mientras ya se dirigía hacia un largo y estrecho pasillo.

—Haga lo que quiera. Aquello fue una patraña. No había ninguna prueba en mi contra. Una joven denunció y después se sumaron algunas más que en la vida habían abierto la boca. Hasta la madre de una de ella declaró haberme visto manoseando a su hija. Es asqueroso. Tuve que zanjar el asunto con mucho dinero, y retirarme a vivir aquí. Si de verdad hubiese abusado de aquellas adolescentes, ¿cree que unos buenos padres hubiesen admitido cerrar el pico

a cambio de un puñado de dólares? Destrozaron mi prestigio y mi carrera profesional. No tienen ni idea...

—Ese es un motivo más que razonable para que se geste un odio profundo contra las adolescentes. ¿Quizá estas cinco chicas eran también unas mentirosas? —inquirió Ethan Bush, sabiendo que estaba metiéndose en la boca del lobo.

—¡No las conocía de nada! —exclamó el doctor, exasperado.

—Pues en tal caso repasemos sus coartadas.

Caleb Collins fue explicando dónde se hallaba cada uno de los días en los que las víctimas desaparecieron. Tuvo que echar mano de su agenda, pues alegó no

poseer tan buena memoria. Salvo en el caso de la tercera, que según su versión se encontraba con una amiga en San Antonio, el resto de días se hallaba solo en casa, y por tanto nadie podía atestiguar en su favor.

—No me gustaría molestar a mi amiga.

—Pues tendrá que hacerlo, señor Collins. Es muy importante. Descartarlo de una de las víctimas puede hacer que tachemos su nombre de la lista —musitó Anderson, como si le ofreciese la mano para cerrar un trato—. Ahora mismo lo tiene mal.

—Está bien. Haré lo que me dicen. Maldita sea, ¡no me dejan en paz ni en el último rincón del país!

El detective apareció de nuevo en el

salón. Había estado trasteando por la casa y traía un grueso libro entre las manos.

—Señor Collins, he encontrado esto en su habitación. ¿Está usted muy interesado en la muerte y en el antiguo Egipto?

John Hill alzó el volumen, para que todos lo viesen: se trataba de un amplio tratado acerca de *El libro de los muertos*, el texto funerario que se usaba en los tiempos de los faraones.

Capítulo XIII

El padre Salas estaba orando en su habitación. Aquella médium había sido capaz de ver más allá de su piel, donde el resto de los mortales no llegaban. Él tampoco se explicaba lo que le había sucedido, y se había visto obligado a contárselo a ella y al agente Bush. Era una historia fascinante, pero nadie con dos dedos de frente la podía dar por verídica. Sólo los más osados, sólo aquellos que saben que existen fuerzas enigmáticas que actúan sobre este

mundo.

El último recuerdo del sacerdote lo ubicaba en un templo en la ciudad de Madrid, la capital de España. Allí se había citado con el mismísimo Belcebú. Después decenas de diminutas serpientes negras se habían injertado en su cuerpo, a través de su boca, oídos y ojos. Todavía recordaba el dolor intenso que aquellos pequeños ofidios le habían provocado. Y de repente perdió la noción del tiempo.

Despertó semanas más tarde, tirado en mitad del altar de su pequeña y humilde iglesia en Coyoacán, en México DF, de donde había partido hacía muchos años preso del pánico y decidido a no practicar ningún exorcismo en lo que le

restase de vida.

Confundido, se prestó voluntario a echar una mano al nuevo sacerdote encargado del templo, que no tardó en reconocerlo, al igual que muchos de sus antiguos feligreses. Pero él se negaba a officiar misas, a asumir ninguna responsabilidad. No se sentía con fuerzas, no sabía si seguía siendo un fiel sirviente de Dios o se había transformado en otra cosa.

Cada vez que regresaba a la habitación de un cochambroso hostel ubicado en una de las zonas más deprimidas de la gran urbe mexicana se miraba en el espejo y el cristal le devolvía un reflejo horrible de su propio rostro: la cabeza de una mosca gigantesca y deforme,

surcada por decenas de serpientes que entraban y salían a su antojo por los dos enormes ojos compuestos que habían sustituido a los suyos.

La médium le había formulado una pregunta que ni siquiera él podía contestarse. ¿Qué era? ¿En qué se había convertido? No tenía la seguridad de continuar siendo un humano, ni tampoco de seguir con vida. Desde luego era un ente, de eso no cabía la menor duda, pero quizá se había transformado en un aliado del Maligno, o en una prolongación terrenal de sus muchos tentáculos. Pero si así era, ¿cómo es que estaba rezando? ¿Cómo podía sostener crucifijos, tocar agua bendecida o seguir sintiendo piedad de los más débiles?

Aquellas preguntas atormentaban día sí y día también al cura. Cuando fueron capaces de localizarle para ayudar a salvar a unas niñas, algo que ya había logrado en el pasado, no se lo pensó. Sería la prueba definitiva para saber si estaba del lado del bien o, para su desgracia, era una herramienta insignificante a la espera de que su propietario, Baal, jugase con ella.

El sonido del teléfono de la habitación sobresaltó al padre Salas, sumido como estaba en sus reflexiones. Era Pete Sanders, el ayudante del sheriff, que se dirigió a él con la voz agitada.

—Me alegro de encontrarle. Necesitamos que venga cuanto antes.

—¿Ha sucedido algo? —preguntó el

mexicano, sabiendo que era evidente que la respuesta sería afirmativa.

—El doctor Baker estaba con las pequeñas, realizando algunas pruebas, y de repente todas se han incorporado, le han señalado con el dedo al unísono y después han vuelto a desfallecer.

Capítulo XIV

La sala de reuniones de la oficina del sheriff de Sinton era un hervidero de nervios y emociones. Por tercera vez Pete Sanders reproducía la grabación que la cámara ubicada en el depósito de cadáveres había registrado: el forense Jacob Baker se movía entre los cuerpos, intentando extraer algún rastro biológico, utilizando diversos reactivos, y de súbito las cinco niñas, al mismo tiempo, se erguían, lo señalan con su dedo índice durante un par de segundos

y volvían a caer inertes.

—Es espeluznante —comentó el detective Hill, que contemplaba casi hipnotizado la pantalla—. Esto ya no tiene ningún sentido.

En la estancia se encontraban Anderson, Sanders, Bush, Parker y el padre Salas. El agente de Dallas notó que un sudor frío empañaba su frente. No se imaginaba redactando un informe acerca de lo que sus ojos acababan de ser testigos.

—¿Cuál es su opinión, padre Salas? —preguntó Ethan Bush, que ya se había rendido a la capacidad del mexicano para enfrentarse a situaciones tan anómalas.

—Es arriesgado emitir un juicio. En una

posesión, que no es el caso, me estaría indicando quién es el culpable de que los demonios hayan penetrado en el cuerpo del inocente, ya sea de un modo voluntario o involuntario. Pero de ahí a inferir que el doctor Baker ha asesinado a esas pequeñas va un trecho.

—Se nos multiplican los sospechosos. Un agente está comprobando la coartada de Caleb Collins, otros están investigando a fondo a Davies y a Smith, y un par han viajado a Houston en compañía del forense para registrar su vivienda —comentó el sheriff, desplomándose sobre una silla, abatido—. Y lo peor, y le ruego me disculpe, padre, es que estamos en manos de un exorcista y de una médium.

La secretaria del sheriff llamó a la puerta y después le entregó a su jefe una carpeta. Parker le echó un vistazo y esperó a que su ayudante se hubiese marchado para comentar el contenido de aquellos papeles.

—Bueno, ya tenemos un informe detallado de todo lo que tenían en común las pequeñas.

—Es importante. Nos puede llevar directamente hasta el asesino —dijo el agente de la UAC.

El sheriff repasó los folios y se encontró con una hoja a modo de resumen al final.

—Ahora si quieren les paso la carpeta, pero podemos comentar lo principal, por si se nos ocurre algo. Además de lo que ya sabíamos, las cinco jóvenes eran

vírgenes. Todas solían ir a misa puntualmente, todas sacaban malas notas pero no planteaban problemas en la escuela. Y, creo que esto es muy revelador, todas habían manifestado problemas de afectividad que habían sido señalados por sus profesores o por los sicólogos de los centros donde cursaban estudios.

—¿Novios? ¿Amigos comunes? — preguntó Anderson.

—No, que se sepa.

—¿Han podido rastrear sus móviles y tener acceso a sus redes sociales? — inquirió Ethan Bush.

—No, nada de eso. Lo normal en las redes sociales. Y los móviles se los dejaron en casa. No han servido para

localizar los puntos aproximados en los que fueron secuestradas.

—Esas niñas eran puras. El asesino es alguien corrupto, o al menos así se siente. En su cabeza, ansía la vida eterna, pero teme el Juicio de Osiris. Necesita ser embalsamado con un corazón que esté en equilibrio con Maat, o será devorado y perecerá. Desea confundir a los seres del Inframundo — murmuró el padre Salas, como si en realidad estuviese pensando en voz alta.

—Padre, puede hablarnos en cristiano, por favor —dijo Tom Parker, que todavía se sorprendía de que aquel exorcista estuviera siendo determinante en la resolución de un caso de asesinatos.

—En el *Libro de los Muertos* de los egipcios hay una serie de claves y sortilegios para alcanzar la vida eterna, sorteando los obstáculos y vericuetos en el peligroso viaje por el Inframundo; pero un momento determinante es el Juicio de Osiris, donde el corazón es pesado en una balanza. Debe quedar en equilibrio con la pluma de la verdad. Si el órgano pesa más, el sujeto es condenado y entregado a la bestia Ammyt, que lo engullirá y zanjará para siempre la existencia del difunto.

—El tipo al que buscamos tiene que estar completamente chiflado —replicó el sheriff.

—Yo creo que debemos descartar a Davies y a Smith. No encajan en toda

esta historia —apuntó John Hill.

—Sí, es cierto. Debemos centrarnos en Baker y en Collins. No olvidemos que todavía no hemos descubierto cómo diablos les ha extirpado los corazones. Tiene que ser alguien con grandes conocimientos de medicina. Un forense y un cirujano. Ambos de cierta edad. Tiene que ser uno de ellos —dijo Anderson, animándose, tratando de pensar que el caso estaba cercano a su resolución.

—Yo incluiría a tu amiga, John, la médium. Aunque sea una mujer también podría encajar en el perfil. Al menos no tenemos que descartarla —manifestó Parker, con tacto.

—Alyssa está colaborando. Tiene su

residencia en Houston. Es sólo cuestión de horas que demuestre que tiene coartadas sólidas para todos los días de las desapariciones —dijo el detective, ofendido.

—Está bien, dejémonos de especulaciones y volvamos al trabajo. Ya hemos visto la grabación y ya tenemos claras las motivaciones del asesino. Sigamos adelante. Todo lo relacionado con este asunto no hace falta que les aclare que requiere de la máxima confidencialidad. Al final las piezas del puzle encajarán y seguro que la historia cobrará sentido —murmuró el sheriff, aun a sabiendas de que aquello jamás encontraría una explicación racional.

Nada más abandonar la estancia el padre Salas tomó del brazo a Ethan Bush y lo guio hasta el exterior de la oficina del sheriff. El agente de la UAC se dejó arrastrar, confundido, pensando que el mexicano deseaba expresarle algo sin la presencia de testigos.

—¿Qué es lo que pasa ahora?

—Esta noche debe regresar al cementerio.

—No entiendo. ¿Qué quiere decir? No deseo volver a poner un pie en ese lugar en todo lo que me resta de vida — replicó Bush, soltando una patada al aire. Le entraban escalofríos sólo de imaginarse recorriendo de nuevo aquella senda flanqueada por dos hileras de árboles.

—Es preciso que vuelva allí. Esas pequeñas están buscando la manera de comunicarse con nosotros. Todavía estamos a tiempo de salvarlas — manifestó el sacerdote, desesperado.

—A tiempo de salvarlas... ¡Pero si les han arrancado el corazón! —exclamó el agente, que deseaba despertar de la pesadilla en la que se había sumido desde su llegada a Texas.

—Pues ya ve usted, ahí siguen, entre la vida y la muerte. Tiene que confiar en mí.

—Si tan seguro está de eso, ¿por qué no va en persona al cementerio?

—En mí jamás confiarían. Ya se lo confesé. Ya le conté mi historia. Las almas de esas pequeñas sólo verán en

mí lo mismo que yo veo cada vez que me miro al espejo: un ser abominable, monstruoso, salido del mismo Infierno...

—¿Y qué sucederá si regreso?

—Quizá le anuncien el nombre del culpable. Merece la pena intentarlo.

Capítulo XV

A última hora de la tarde los reportes de los diversos agentes confirmaban que Jacob Baker, Alyssa Moore y Caleb Collins tenían coartadas sólidas para al menos el día de alguna de las desapariciones. Si todo era obra de un único sujeto, tal y como sostenían los agentes del FBI, debían descartarlos de la lista. Además, los tres habían aceptado someterse de forma voluntaria al polígrafo, lo que no era habitual en alguien que se sabe culpable de varios

homicidios, a menos que esté muy perturbado.

Ethan Bush, Anderson y el detective John Hill se habían quedado en un despacho repasando informes, revisando expedientes y haciendo especulaciones que tenían más cimientos basados en la intuición que en las evidencias y en las pruebas.

—En toda mi carrera profesional jamás me había sucedido nada igual. Voy a tener que tomarme unas largas vacaciones cuando todo esto termine. Mi siquiatra se va a hacer millonario sólo conmigo —dijo el agente de Dallas, intentando poner una chispa de humor, ahora que ya estaban agotados.

—Será mejor dejarlo por hoy. Mañana

estaremos más lúcidos y tendremos los cinco sentidos puestos en el trabajo. Soy incapaz de leer una línea más —admitió el detective, resoplando.

Anderson asintió y le hizo un gesto a su colega de Washington, indicando que le acercaría hasta su hotel. Ambos fueron en busca del padre Salas, que según un agente estaba fuera, en la calle, rezando. —Si no le importa padre, por hoy hemos terminado. Si quiere le llevo al hotel en mi coche —sugirió Anderson.

El sacerdote aceptó y los tres hombres se plantaron en unos minutos en el parking del Best Western. El agente de Dallas les dijo que pasaría a recogerles a primera hora de la mañana del día siguiente.

—¿Qué decisión ha tomado? —preguntó el mexicano, nada más quedarse a solas con Ethan Bush.

—No tengo más remedio que hacerlo. Usted sabe lo que se dice mejor que yo. A mí me han preparado a conciencia para estudiar la mente criminal, no para enfrentarme a sucesos paranormales.

—No debe tener miedo.

—Pues lo tengo. Estoy aterrado. No sólo temo por mi vida, temo por mi salud mental.

—Ya ve que no todo lo que sucede tiene una explicación racional.

—La tiene, pero en ocasiones se tardan siglos en descubrirla. Los eclipses, la lluvia, los cometas, los terremotos o las auroras boreales... Todos fenómenos

que han sido considerados fruto del capricho de los dioses ahora sabemos que tienen una lógica.

—No pretendo convencerle de nada, Ethan. Y puede que tenga razón. Quizá algún día también seamos capaces de comprender lo que sucede. Pero de momento le ruego que no se demore y vaya al cementerio.

El mexicano tenía muy claro que él no sería útil en aquella misión, de otro modo de buen grado hubiera ocupado el puesto del agente del FBI. Pero no le había contado toda la verdad a Ethan Bush: sí cabía la remota posibilidad de que sufriese un percance. Él rezaría desde su habitación y trataría de proteger al agente de cualquier peligro.

Ethan Bush se cambió de ropa y se calzó las zapatillas de correr. Imaginando que todo debería suceder del mismo modo que en su primer encuentro, salió del hotel y tomó County Road, en busca del cementerio. Rodó muy despacio. La oscuridad era casi total, y sólo el pálido resplandor de una Luna menguante le permitía guiarse. Pese al calor, el agente tenía el vello de sus brazos erizado.

Como la otra vez, la cancela del camposanto estaba abierta. El largo sendero se adentraba, hasta confundirse con una espesa negrura. Las dos hileras de árboles parecían aquella noche bestias amenazantes, con cientos de

brazos que se agitaban suavemente, aguardando con paciencia el momento oportuno para capturar a su presa.

El agente dejó de correr nada más poner el primer pie en el cementerio. Algunas lápidas refulgían, como si fueran fluorescentes, devolviendo la tenue luz que la Luna esparcía sobre el terreno. Cada nuevo paso era un suplicio. El terror se apoderó de Ethan Bush. Sólo antes, en una ocasión, había sentido tanto pánico: pero era debido a una amenaza real, tangible. Sin embargo, en ese instante, ¿qué le atemorizaba?

Recorrió un pequeño trecho y de repente sintió que tenía *algo* pegado a su espalda. Ese *algo* estaba frío, casi congelado, porque podía notar cómo le

helaba la piel de los gemelos, del dorso y de la nuca. Se detuvo y pudo oír un gemido, suave, nítido, como el quejido de una persona que apenas tiene fuerzas suficientes para hablar. Bush estaba paralizado, era incapaz de moverse; el terror se había adueñado de sus músculos y estaban bloqueados. Un espeso vaho le rozó el rostro, pasando por el lado izquierdo de su cara. Sabía que debía girarse, que no le quedaba más remedio. Para eso se había metido en el cementerio, por eso el padre Salas había sido tan insistente. Fuera lo que fuese, lo que había ido a buscar se hallaba a sólo un par de pulgadas de él, justo detrás de su cabeza. Viró muy lentamente su cuerpo, con los ojos

cerrados. El gélido aliento le heló el mentón. Estaba temblando de miedo, estaba tiritando de frío. Por fin se decidió a separar los párpados y se encontró con una imagen espeluznante: el espectro deforme, como en estado de putrefacción, de una de las niñas, flotaba en el aire, de modo que tenía las cuencas de unos ojos que no encontraban fin justo delante de los suyos. Quiso gritar, deseó correr, pero seguía inmovilizado, como si unas gruesas cadenas le impidiesen realizar el más mínimo gesto. Entonces aquella cosa, que estaba con la boca abierta todo el tiempo, expulsando aquel vaho denso y glacial, le habló:

—Nos dijo que un familiar se

encontraba mal. Que teníamos que acompañarle. Nos montó en su coche y nos llevó a un sótano donde nos arrancó el corazón. Tiene que hacer algo. ¡Ya no nos queda tiempo!

Capítulo XVI

Ethan Bush había solicitado al sheriff del condado que le dejase la sala de reuniones para que él y el padre Salas pudieran ir recibiendo, en la intimidad, a cada uno de los sospechosos. Tanto Parker como Anderson se habían mostrado reacios a aquella idea, pidiendo al agente de la UAC que diese más explicaciones.

—Si les detallo mi plan lo más probable es que gestionen de inmediato mi ingreso en un hospital psiquiátrico.

La investigación era tan singular y estaba tan estancada que el sheriff accedió, con la condición de que si en 48 horas no había obtenido ningún resultado terminaría con aquella extravagancia.

El agente de la UAC dispuso una mesa con dos sillas a un lado, una para él y otra para el padre Salas, y otra enfrente, para que la ocupase cada uno de los sospechosos que había en un listado elaborado entre todos los implicados en el caso. Sólo había una decena de nombres, de modo que no les llevaría mucho tiempo. Allí estaban incluidos, por si acaso, hasta los que contaban con alguna coartada para alguno de los días de las desapariciones de las víctimas.

Los que las tenían sólidas para tres o más días habían sido excluidos de aquella maniobra, al menos de momento. —¿Qué es lo que pretende? —preguntó el padre Salas, antes de que entrase el primer citado, el doctor Caleb Collins.

—No lo sé. Usted me suplicó que fuese al cementerio, sólo me estoy guiando por la intuición, nada más. Por eso le necesito a mi lado —respondió Ethan Bush, mientras colocaba una instantánea de cada una de las cinco víctimas, tal y como habían sido halladas en los descampados, encima de la mesa.

—Y esas fotografías, ¿son indispensables?

—Sí. Lo son. Las pequeñas desean comunicarse, y lo están intentando por

todos los medios. Si esto no funciona mantendremos los encuentros en el depósito de cadáveres. Espero no tener que llegar tan lejos.

Uno tras otro los sospechosos fueron pasando por la sala. El agente del FBI y el mexicano formulaban preguntas de toda índole al sospechoso, sin perder ojo de las fotografías. También registraban en un cuaderno las reacciones y las respuestas que pudieran llamar más su atención. Al caer la tarde ya habían acabado. Nada digno de mención había sucedido.

—Ya no queda nadie más. ¿Ha servido de algo? —preguntó el detective Hill, que se había encargado de hacer los trámites.

—Posiblemente de nada —respondió el padre Salas, abatido.

—Al menos lo hemos intentado...

Ethan Bush notaba una especie de comezón en la boca del estómago. Una idea luchaba por brotar no de su cerebro sino desde lo más profundo de sus entrañas. Y entonces de súbito se encendió la bombilla.

—¿Dónde está Matt Turner, el forense del condado?

—Casi seguro en el edificio de enfrente. Todavía no se habrá marchado a casa. ¿Necesita comentar alguna cosa con él?

—inquirió el detective, extrañado.

—Lo hemos tenido delante desde el principio. Esas pequeñas conocían a su captor, confiaban en él. Lo habían visto

por el condado, era alguien de quien podían fiarse. He sido un estúpido, un necio.

—Señor Bush, no estará pensando que Matt...

—Hill, le ruego que vaya a buscarlo cuanto antes. Ponga cualquier excusa, pero no le comente nada acerca de mis sospechas. No tenemos ni un segundo que perder.

Diez minutos más tarde el anciano forense estaba sentado delante de Ethan Bush y del padre Salas. Tenía la expresión amable de alguien que sólo ha hecho el bien a lo largo de toda su existencia. No era de extrañar que el detective estuviese tan consternado. Era la última persona de la que hubiera

sospechado en todo el condado de San Patricio.

—Señor Turner, ¿cree que debe ponernos al corriente acerca de algún aspecto relativo al caso? —preguntó el agente del FBI, con calma.

—No mucho más de lo que he indicado en mis informes. Están al tanto de todo.

—Le ruego que mire estas fotografías —indicó el padre Salas, acercando las instantáneas al lado de la mesa que ocupaba el forense.

—No comprendo...

—¡Mírelas! —exclamó con rabia Ethan Bush.

Matt Turner, a regañadientes, dirigió su vista hacia las fotografías. De repente el rostro de las niñas se transformó, como

si hubieran cobrado vida en el papel. Los globos oculares de las cinco chiquillas se volvieron completamente negros y sus bocas se abrieron de un modo desproporcionado, como si intentaran lanzar un desesperado grito de auxilio.

Capítulo XVII

Como siempre suele suceder, las piezas del puzle fueron encajando una detrás de otra; una vez has encontrado la más difícil, esa que da sentido al conjunto, todo resulta en apariencia sencillo.

Indagaron en las propiedades del forense y encontraron una que estaba situada a las afueras de Sinton y que había pertenecido a su madre. En el sótano, decorado con motivos de *El Libro de los Muertos*, hallaron un arcón en el que el anciano mantenía los

corazones de las cinco niñas. Por increíble que pareciera, no habían sufrido ningún deterioro y un equipo de expertos cirujanos de Houston reimplantó los órganos a las pequeñas, que casi de forma milagrosa regresaron a la vida, si es que alguna vez estuvieron muertas.

El sheriff, Anderson y Ethan Bush redactaron un extenso informe que obviaba los sucesos paranormales de los que habían sido testigos directos, y adornaron la investigación, dotándola de unos procedimientos y de unas bases sólidas y racionales que en verdad habían brillado por su ausencia. Ninguno deseaba dar por zanjada su carrera profesional, y menos después de

haber resuelto un caso tan llamativo y aterrador. Pese a todo, resaltaban que el trabajo ímprobo del detective John Hill y la desinteresada colaboración de la reconocida médium Alyssa Moore y del sacerdote mexicano padre Salas habían sido de gran ayuda para alcanzar el éxito. El forense de Houston Jacob Baker estampó su firma en un documento que daba una explicación científica a todo lo acaecido, olvidando señalar los aspectos que podían despertar los recelos de la comunidad científica. Nadie sabría jamás que las chiquillas habían pasado semanas sin su corazón. Matt Turner fue juzgado por secuestro e intento de homicidio. El forense del condado de San Patricio aceptó su

condena sin rechistar. Fue recluido en la Penitenciaría del Estado de Texas, en Huntsville, pero apenas pasó encerrado en la misma un par de meses. Un funcionario de prisiones encontró una mañana en su celda una pluma de golondrina y una serie de signos jeroglíficos dibujados en la pared. Según una experta en egiptología, se trataba de un sortilegio de los primeros capítulos de *El Libro de los Muertos*, que servía para transfigurar a un sujeto y convertirlo en una golondrina. La investigación sobre el incidente fue archivada y Matt Turner se halla en la actualidad en busca y captura.

Anderson regresó a Dallas y Ethan Bush a Quántico, donde pudo añadir un nuevo

éxito a su larga carrera de brillantes participaciones en investigaciones sobre el terreno. Ningún otro agente de la UAC abandonaba con tanta frecuencia el área de Washington y colaboraba de manera directa con las delegaciones del FBI en diversos estados y con las oficinas del sheriff del condado. Se había convertido en su especialidad y cada nuevo logro acrecentaba su fama y hacía casi obligatorio pensar en él cuando se presentaba un caso peliagudo. El padre Salas, por su parte, regresó a México DF, a la delegación de Coyoacán. Ahora que la Archidiócesis Primada de México lo volvía a tener localizado temía que le acosasen, invitándole a participar de nuevo en los

casos de exorcismo más extremos, aquellos en los que sólo los sacerdotes más experimentados pueden hallar el camino de la salvación de las almas. Pero el mexicano seguía viendo su espantoso reflejo en los espejos, en los cristales de los escaparates y en las lunas de los autos. Buscando una solución intentó volver a contactar con el padre Gabriele, un maestro exorcista de la diócesis de Roma que ya le había ayudado en el pasado y que había oficiado a lo largo de su vida nada menos que 70.000 exorcismos. Por desgracia le comunicaron que el santo ya había abandonado este mundo para reunirse en los cielos con Dios Padre Todopoderoso. Pese a todo su ayudante

le comunicó que había dejado una nota a su nombre, pero que al no tener una dirección a la que remitir el mensaje la misiva seguía sin abrir. El padre Salas autorizó al asistente del padre Gabriele a rasgar el sobre y leerle el contenido a través del teléfono. No deseaba esperar, y quizá en aquel mensaje estuviese la respuesta a sus muchas preguntas.

—Es muy extraño lo que pone. En sus últimos días el padre Gabriele deliraba y es posible que fruto de la enfermedad y del agotamiento no supiese bien lo que se decía —manifestó el ayudante, con la voz quebrada.

—Le ruego que me lea la carta. Estoy preparado para recibir la verdad.

El asistente vaciló durante algunos

segundos. Dudaba si era una buena idea leer aquellas palabras a un sacerdote mexicano de reconocida fama que se hallaba a 15 horas de avión del Vaticano. Al fin optó por transmitir el mensaje y olvidar el asunto.

—Cuídese, padre Salas. Le advertí acerca de los riesgos que corría. Busque a un gran exorcista y expulse al demonio que se ha adueñado de su cuerpo. No se demore. Baal está cada vez más cerca de arrastrarlo con él al Infierno y de condenar a su alma para toda la eternidad.

Table of Contents

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

LOS CADÁVERES NO SUEÑAN

LIBÉLULAS AZULES

NIÑOS SIN OJOS

NOVELA REGALO – CRÍMENES

DIABÓLICOS

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)